

Año XI Tomo XXVII Núm. 111

# Atenea

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



## SUMARIO

<b>Enrique Molina</b>	<i>Puntos de vista Intercambio cultural entre las Universidades de América.</i>
<b>Félix A. Núñez</b>	<i>Academia</i>
<b>Arturo Torres Rioseco</b>	<i>El caso de Edgar Allan Poe en la literatu- ra hispanoamericana.</i>
<b>Mariano Picón-Salas</b>	<i>El intelectual y la humana discordia</i>
<b>Pedro Prado</b>	<i>Camino de las horas</i>
<b>E. Rodríguez Mendoza</b>	<i>Oro de Indias</i>
<b>Ricardo Dávila Silva</b>	<i>Portales</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — LOS LIBROS — ASTERISCOS  
LIBROS RECIBIDOS

**Precio \$ 2.50      Septiembre de 1934**

# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

## Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA. —LUIS D. CRUZ OCAMPO  
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que edita desde este año, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

## LIBRERÍA NASCIMENTO

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XI

Septiembre de 1934

Núm. 111

---

---

## Puntos de vista

### Política e intelectuales

*En Francia las revistas literarias han planteado en sucesivas encuestas el estado político y la posición del escritor después de los sangrientos sucesos de Febrero en París. Hay diferencia, por cierto, entre la pasividad de torre de marfil de los escritores americanos y la de estos intelectuales franceses que abandonan por un instante su postura eminentemente pacífica y se consagran a examinar el porvenir en sí mismos. Aquellos sucesos no fueron como se ha creído, simples hechos de policía. Los cables como siempre trataron de suavizar la escoriadura que las reacciones violentas de la izquierda francesa, había hecho crecer en la superficie del fenómeno político de Francia. Había algo más. Latía una dura, una formidable interrogación en el fondo de aquellos sucesos. No se ha desvanecido, entre tanto, el peligro de la reacción fascista, con la llegada del viejo Doumergue al gobierno. Francia va hacia el fascismo, aseguran los observadores. Su porvenir de nación libre, va a ser quebrantado por la implantación de un régimen que ahoga todas las libertades y somete el individuo al rango de una cifra más del estado absorbente y señor.*

*Mejor que nosotros hablarán los propios escritores que respondieron a la encuesta abierta por LA NOUVELLE REVUE. Alain, expresa de este modo su pensamiento. «Fuera del sistema parlamentario, es decir, fuera del libre debate y del libre control, no hay*

más que el muy antiguo sistema del despotismo con su cortejo de favoritos, de queridas, de pretorianos y de financieros. Entonces la prensa nos engañará, porque la mandan. Los poderes reales: el dinero, la policía, el ejército y la religión, maniobrarán bajo la vigilancia ilusoria de un dictador absolutamente aislado de toda palabra libre. Si en tal caso no se le engaña, sino gobierna para un pequeño número de privilegiados será porque es un hombre extraordinario, más que un hombre. La política sabia prevé hombres medios, cuya sapiencia necesita de ayuda.

Thibaudet, el conocido autor de «La Fisiología de la Crítica», preconiza la filosofía del activismo. Es decir, ideas netas, objetivos precisos. Una ruptura con los viejos partidos un «no» inicial a algo, a un orden prescrito; una manera de comienzo absoluto, con el que, desde luego simpatizará ese comienzo absoluto que fabrica espontáneamente la duración humana, y que está hecho de la generación nueva; un activismo se crea y se recluta en la juventud. En resumen, hay que ser activista o de la derecha o de la izquierda. Lo importante es saber serlo y desde luego, en contra de la reacción fascista.

Benjamín Cremieux, otro de los más interesantes críticos de la hora, es partidario de la socialización de los monopolios, de hecho capitalistas. En primer término los medios de crédito, los bancos, manteniendo, provisionalmente, el régimen liberal, para el resto de la economía; la creación de un parlamento económico sindical al lado de la Cámara política; la atribución de la formulación de las leyes a un consejo de Estado bajo las directivas del Parlamento; un plan de grandes trabajos y la valorización del dominio colonial; la constitución de élites no hereditarias, por el empleo de los mejores. Y todo sin tocar las libertades, aumentándolas por medidas apropiadas. Agrega Cremieux que si las potencias de conservación ponen obstáculos a ese plan de socialización de la libertad, todos aquellos que temen «una nueva edad media», no tendrán más que decidirse a vencer o morir del lado de los que sufren».

La posición de Ramón Fernández es de franco repudio al

fascismo. Dice: En efecto, la servidumbre que nos amenaza no será solamente económica. Se nos quiere encuadrar y subordinar: encuadrar en instituciones condenadas por el espíritu, subordinarnos a algún principio trascendente, Dios o nación, que regulará hasta el pensamiento e impondrá consignas a la inspiración. De ello resulta hoy el acercamiento necesario de los intereses del proletariado y los intelectuales. Antes estos últimos se hallaban relativamente protegidos contra la presión social, por el liberalismo, que era una especie de elasticidad política. Pero ahora el liberalismo está en crisis. Por eso el terrible error de los intelectuales italianos y alemanes fué apostar sobre el liberalismo».

Este problema que se han planteado en Francia los escritores que forman en el grupo de la Nouvelle Revue, ¿no es el problema que con variantes ligeras, gravita sobre las sociedades de Hispanoamérica? En América también las crisis políticas han llevado al liberalismo a la crisis y se perfilan ya en el horizonte, nuevas y peligrosas formas de gobierno, generadas por la lucha entre un poder centralizador que aspira a dominar no sólo la economía sino el espíritu y un poder que defiende los últimos reductos de la libertad. Se comprende en Francia esta inquietud puesto que allí la libertad de expresión nunca ha encontrado obstáculos. En América las tiranías han brotado como fermentos de la propia exuberancia de la tierra. Aunque educados estos países en la tradición política francesa, no han sabido mantener el don de la libertad y en muchos de ellos, se ha perdido. Triste trayectoria.

### La saturación


Libros tras libros. La densidad lleva aparejado el descontento, la hartura. Cada semana aparecen tres, cuatro volúmenes. No hay paciencia ni tiempo para leer todo lo que las prensas arrojan, incansables y tenaces. Nunca Chile había pasado un período de mayor abundancia libresca. Nunca como ahora también el ambiente se encuentra en un estado de mayor inercia. Parece una paradoja.

*Y es que el libro sale a la calle en busca de lectores y encuentra sólo unos curiosos displicentes que están enfermos de dispepsia cerebral. Unos seres agotados que no saben como entendérselas para devorar tanto libro. El tiempo corre y el tiempo sorprende los volúmenes semiabiertos, las hojas vírgenes, algunas puntas dobladas sobre la última página leída. La desesperación de publicidad ha hecho que se publiquen libros que nunca debieron salir del dominio inviolable del anónimo. Mejor hubieran quedado en los cajones reservados que cada aspirante a escritor, tiene en su mesa de trabajo. La revisión lenta que aconsejaba el autor latino, meses o años después de producido el gran fenómeno de la creación, habría servido para liquidar engendros anodinos, como se hace con los papeles inútiles. Acaso algunos hubieran salvado con éxito la prueba. Esto es indiscutible.*

*Pero lo cierto es que la indigestión comienza a hacer su efecto. En una población de escasos recursos intelectuales, de escasa solidez espiritual, esta aparición continua de libros se transforma en un mal, en una enfermedad. Muchos leen sin saber qué leen. Muchos ni recuerdan el título del libro que leyeron. Otros ni siquiera el autor. Es una especie de hartazgo, de voracidad impremeditada, hecha al azar, sin sujeción a norma alguna, sin método, como si dijéramos a la desesperada. Los males orgánicos, las dolencias intestinales dejan en los ojos una especie de estupor. Una piel seca, un aire de dolor de estómago permanente. ¿Y los libros? ¿Y el estupor cerebral? En muchos cerebros hay la misma angustia que en el estómago de los enfermos. Dolor, repulsión, sensación de vacío, de inminencia de síncope.*

Enrique Molina

## Intercambio cultural entre las Universidades de América (1)

a idea del intercambio cultural entre las universidades de América es una de aquellas cosas en favor de las cuales no es menester aducir razones que la justifiquen. Lo que debe llamar nuestra atención y estimular nuestras iniciativas es que, no obstante la claridad con que la conveniencia de esas relaciones universitarias se impone a nuestra mente, se haya hecho hasta ahora tan poco para fomentarlas.

El alejamiento que existe entre las universidades americanas marcha a la par con el mutuo desconocimiento que impera entre los respectivos pueblos. Aunque estemos muy lejos de odiarnos de la manera que afirma Keyserling en sus antojadizas *Meditaciones sudamericanas*, la verdad es que los americanos nos mantenemos unos respecto de otros en un estado de

---

(1) Trabajo presentado a la Segunda Conferencia Interamericana de Educación.

gran ignorancia. París, Madrid, Londres, Berlín, Leipzig se hallan espiritualmente más cerca de nosotros que las capitales y ciudades universitarias americanas, sin exceptuar respecto de los chilenos aun los mismos centros de la República Argentina que son nuestros vecinos más inmediatos. Así ocurre que son mayores las influencias que recibimos de aquellas metrópolis que de los hogares intelectuales de nuestra raza y de nuestra lengua.

Nuestras universidades deben contribuir a que concluya ese estado de ignorancia recíproca en que viven los pueblos americanos, con lo que servirán al incremento de sus actividades espirituales, a su propio acertado desarrollo en general y al progreso de nuestras naciones.

Considero indispensable señalar ciertos puntos de vista relativos particularmente a las universidades hispanoamericanas.

Soy gran admirador de las universidades estado unidenses y en las páginas de más de un libro han quedado vibrando las emociones que me han inspirado. He admirado no sólo sus espléndidos edificios e instalaciones, la magnífica generosidad de sus fundadores y protectores y el conmovedor afecto con que sus ex alumnos las rodean durante toda su vida, sino también el valor intelectual y moral de sus profesores y la sólida labor docente y científica que éstos llevan a cabo. En algunas de las disciplinas que más relación tienen con mis aficiones y estudios, como ser la historia, la



sociología, la psicología y la educación, estimo que las universidades norteamericanas pueden figurar con brillo entre las primeras del mundo y que, si se quiere estar al día en esos ramos del saber, no es posible prescindir de las investigaciones y obras de los profesores norteamericanos. No digo que no sea dado hacer la misma afirmación respecto de la labor que se realiza en otras ciencias, pero no me encuentro suficientemente autorizado para afirmarlo.

Así entiendo que del intercambio con las universidades norteamericanas, las hispanoamericanas no pueden obtener sino ventajas. Pero me parece que sin perjuicio de ese intercambio, las universidades iberoamericanas tienen que perseguir primordialmente ciertos fines entre ellas mismas. Una de esas finalidades se refiere a la necesidad de saber conservar el tesoro inmenso que tenemos en nuestro idioma castellano. Sería una desgracia de proporciones incalculables que nuestra hermosa lengua común empezara a descomponerse en sistemas más o menos nacionales por obra del exceso de criollismos y regionalismos innecesarios.

La otra finalidad dice relación con la urgencia de seguir cultivando un espíritu favorable a la unión iberoamericana. La semilla de esta unión lanzada por Bolívar y que en los últimos años de su vida, años de desesperanzas y amarguras, el héroe creyó perdida, no se ha secado y no se extinguirá jamás en este continente. A las universidades sudamericanas corresponde continuar preparando el terreno para que fructifique pronto. Si

no se divisara la posibilidad de una sola unión, como es lo más seguro por ahora, es aconsejable que los esfuerzos de nuestros pensadores y conductores de pueblos se encaminen a que se formen varias según las vayan indicando las relaciones geográficas y las conveniencias comerciales de las naciones que se hallan en contacto más estrecho.

Esta aspiración del espíritu de pueblos que tienen la ejecutoria fraternal de una misma raza y el órgano de expresión de un hermoso verbo común, aunque vaga y sin formas definidas hasta la hora actual, constituye un postulado a que no se puede renunciar. No es ella contraria al panamericanismo. Desde un punto de vista sentimental y cordial es más bien una condición previa. El panamericanismo se me presenta con los caracteres predominantes de una organización oficial y, por lo mismo, un tanto artificial. Su arquitectura no ha sido la obra de la voluntad de los pueblos ni siquiera de una fuerte corriente de opinión sino de habilidad de un hombre de estado norteamericano y consiste hasta este momento casi exclusivamente en una oficina norteamericana. (1). No quiero decir lo anterior que el panamericanismo no constituya un altísimo ideal. Ya lo he manifestado al expresar que no entiendo la unión de los

---

(1) Lo cual no quita que haya en los Estados Unidos instituciones como la Chile American Association, que sin carácter oficial, ostensible, trabajen con muy buen espíritu dentro de las líneas del panamericanismo.

iberoamericanos como una concepción adversa a él; pero tengo el presentimiento de que ese ideal no será una realidad en el alma de los americanos del sur sino después de que las aspiraciones de unión iberoamericana se hayan estructurado en organizaciones sólidas.

Lo que anhelamos en pro de las relaciones entre las universidades de América no obsta tampoco,—apenas hay necesidad de expresarlo,—a que ellas puedan mantenerlas también con las de otros países, como España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Portugal, Bélgica, Suiza, etc.

Algo habría que decir todavía acerca de la organización de las universidades mismas, con el objeto de que el intercambio se efectúe en las mejores condiciones posibles y sobre algunas de las finalidades que se deben perseguir; mas, para no incurrir en repeticiones y para que estos puntos sean asimismo sometidos a la aprobación de la Conferencia los vamos a incluir dentro de las conclusiones que proponemos a continuación.

#### CONCLUSIONES

1.ª Para que el intercambio se pueda llevar a cabo en forma de satisfactoria eficiencia es de desear que tanto las universidades oficiales como las particulares reconocidas por el Estado, gocen, bajo la tuición superior del gobierno nacional, de autonomía completa, o sea, que puedan:

Poseer bienes y administrarlos;

Fijar las reglas de admisión y matrícula de alumnos;  
Crear escuelas y cursos para determinar los planes de estudios y programas por que deben regirse;

Recibir las pruebas y exámenes de sus estudiantes y establecer las condiciones de la promoción; y

Otorgar grados y títulos académicos.

Los títulos profesionales serán discernidos por el Estado dentro de las condiciones que él establezca como necesarias para la garantía y el bien de la sociedad.

2.a Sin pretender agotar las finalidades que pueden perseguirse proponemos las siguientes:

a) Las universidades deben prestarse mutua cooperación en todos sus trabajos e investigaciones científicas y ayudarse para mantener en sus aulas un ambiente sereno propicio a las actividades de la inteligencia y al arraigo de las virtudes y de los valores espirituales;

b) Hacer lo que puedan en el sentido de obtener un mejor conocimiento y una mayor comprensión mutua de los pueblos americanos, trabajando por que reine entre ellos la armonía y arreglen sus diferencias por medios amistosos.

Las universidades hispanoamericanas deben, además:

c) Contribuir al mantenimiento de la pureza de nuestro común idioma castellano, evitando la introducción de términos regionales o nacionales inútiles o haciendo que aquéllos que se presenten como indispensables sean aceptados por todos los pueblos de la raza; y

f) Fomentar el sentimiento de solidaridad de los pueblos iberoamericanos, para que se pueda llegar a la or-

ganización de una unión o de varias confederaciones de ellos.

3.a Como medios de intercambio nos permitimos proponer:

a) Que cada universidad lleve un registro completo de las demás universidades americanas y dé a una de sus salas o galerías más amplias el nombre de *Galería de las universidades americanas*, cuyas paredes estarían adornadas con fotografías y grabados de éstas. En el lugar correspondiente a cada universidad se podría colocar también su bandera y la de su respectivo país. Cabría agregar todavía reproducciones de los monumentos y restos de las primitivas culturas nacionales cuando estas hayan tenido alguna significación histórica;

b) El canje de todas las revistas, publicaciones y boletines de las universidades, a fin de que estén recíprocamente al tanto de sus estudios e investigaciones y puedan así obtener de ellos mejores resultados;

c) El establecimiento de mutua validez de grados y títulos, según convenios celebrados por las universidades mismas o entre los gobiernos nacionales.

Sin que se perjudique la disciplina o la seriedad de los estudios debe tenderse a dar facilidades para la incorporación de los estudiantes de una universidad en otra;

d) Intercambio de profesores. En cada país una comisión presidida por el Ministro de Educación e integrada por los rectores o representantes de todas las uni-

versidades de la nación, determinará la forma de llevar a la práctica el intercambio;

e) Celebración de congresos periódicos de carácter general o relativos a determinadas ramas de las ciencias;

f) Envío de delegaciones de estudiantes con fines sociales, de estudio o deportivos.

---

NOTA.—La 1.<sup>a</sup> conclusión fué suprimida por acuerdo de la mayoría de los delegados chilenos. Se publica como tesis que sostiene el autor.—E. M.

Félix A. Núñez

## Academia

### I

#### LA FUGITIVA



El mórbido apetito, ni ardua concupiscencia  
pueden fijar su carne en sus lindes de oro,  
amiga de la aurora, golosa de manzanas,  
que en miles de apariencias distinta te repites.

Con poseerte, nunca por fin te he poseído.  
La tuya es calidad como la de la luz  
que exalta y deja luego a diversas criaturas:  
¡y no estás ni en ti misma definitivamente!

Fulgor cual de metáfora de captación reciente,  
como un día radiante tras una pesadumbre  
de lluvias, la sorpresa te crea en mi entusiasmo  
y sólo de sorpresa tu existir se mantiene.

Ah! sutil Fugitiva que das a luz el sueño  
y un momento te instalas en un ser que no adoras:  
carrera jadeante en pos de tí y trabajo  
para fijar tu forma es toda nuestra vida.

Abandonaste el agua maravillosamente azul  
de los ojos que un día fueron el Paraíso,  
el cabello que hacía la antorcha del olfato,  
el labio donde tuvo el placer su apoteosis.

Efímeras posadas de fría arquitectura,  
una costumbre triste hoy de otra manera  
las anima: ¡piedad que sólo uno mismo  
puede sentir de sí, afirmación soberbia,

falaz afirmación de que yo soy ya otro,  
la criatura reciente en donde sin embargo  
estamos abolidos como una extraña ley:  
¡ay! el yo es el profundo y auténtico Narciso!

Cuando el tedio de días uniformes y grises  
nos delata tu ausencia irreparable, busco  
tu gracia en estructuras de números divinos  
y construyo tu ser de impalpables substancias.

Entonces la semáfora de las constelaciones,  
el frío del nocturno asombro repentino,



la sorpresa de hallarme andando, respirando,  
rigiendo todavía enigmáticos grupos,

me apremian ¡oh Fugitiva, a seguirte de nuevo  
por el limbo inestable en que devienes siempre,  
en que te hurtas siempre a nuestra sed eterna:  
tú, onda fresca y manzana junto al labio de Tántalo!

## II

### TANTALO



LENGUA de sol furiosa bebe en la superficie  
el fluir de la vida, lo azul de la distancia,  
y las manzanas, rojas, disuelven su fragancia  
en un rumor de sombra musgosa y de molicie.

En el rumor que tienta con la ninfa imprevista,  
los puñales del seno y el nácar de la pierna:  
en la sombra propicia a la pereza eterna  
donde encienden su antorcha el olfato y la vista.

Lejanamente estaba vestido yo de ti  
como en seda de pura y mórbida camisa:

me vestía tu piel dorada, tu sonrisa  
distante, tu destello de caliente rubí.

Pero ahora aquí en la onda sueña, ríe y palpita  
deslumbrante tu cuerpo desnudo... Ahora puedo  
poner en tu epidermis la yema de mi dedo  
como para la suma comunión infinita...

Sin embargo, una malla de fulgor todavía,  
vela el sexo exquisito: un cuadro musical  
de ti se va llenando: un muro de cristal  
se alza entre tú y yo, ebrios de mediodía.

He aquí tu boca roja. Tu cuello soberano.  
Tu cuerpo esbelto y fino que la Delicia agita.  
Tu cutis de amapola. Tu juventud que grita.  
Las alas de tus cejas, que vienen del Arcano.

Todo eso tan cercano y a la vez tan distante  
para mi brazo tenso y mi boca encendida.  
¡Agua fresca, manzana, núbil cuerpo irradiante!  
¡Que cruel la Ley que me hurta al juego de la Vida!...

### III

#### REMINISCENCIA



**T**ENGO una perpetua obsesión  
de melodías imprecisas:  
son del agua en las piedras, son  
que es un secreto de las brisas.

En la llama del mediodía  
junto al álamo numeroso,  
defiendo la intensa alegría  
de mi plenitud en reposo.

Eclos azules, tenue ronda  
de indefinibles pensamientos:  
¿Para qué precisar esta honda  
música del agua y los vientos?

Remota realidad divina  
que me toca en la soledad:  
le place a mi alma peregrina  
tu melodiosa vaguedad.


Y voy colmado de murmullos  
y de sílabas misteriosas,

como el viento entre los capullos  
nuevos de las primeras rosas,

esperando feliz, a solas,  
en recogimiento inefable,  
que se entreabran las corolas  
y la Naturaleza me hable.

#### IV

#### JESUCRISTO

¿ qué proceso de luz purificándose  
te plasma, Lirio, en nuestro devenir?  
Diamante de aguas milenarias, sólo  
en lo profundo de nosotros brilla  
partícula fugaz de tu sustancia  
como harina estelar de media noche.

La energía que expresan garra y músculo  
¿qué es comparada con la fuerza ingente  
de donde brota el resplandor que sueña?  
El esquema del junco, la conciencia  
de Leonardo y Platón, la línea grácil  
que dibuja unas alas de paloma,  
la evolución coronan de milenios:

¡calidad de astros que los siglos filtran,  
fulgor logrado en la más alta ola!

Sólo el dolor profundo que endurece  
también cual a un diamante nuestras almas,  
puede sentir como la fuerza suma  
tu esencia que se nutre de nosotros . . .

Lirio, azucena, aves del campo . . .  
Ni la nivea blancura regulada  
en tipos siderales, ni las plumas  
que sostienen el trino junto al cielo  
ni las azules y auras geometrías  
precisarán tu perfección jamás.

El instinto te niega como Pedro,  
la altiva voluntad de poderío  
desata luchas y provoca espantos,  
pero la norma pura, la conciencia  
que luego ordena el caos eres Tú.

Difícil disciplina para el hombre  
la violenta dulzura de tu paz:  
más difícil estar contigo siempre  
que domesticar tigres o leones.  
Tu arista fina y dura de brillante  
parte como a un cristal el Universo,  
jardinero del mundo, que renuevas  
cada mañana el lirio y su rocío.

Arturo Torres Rioseco

## El caso de Edgar Allan Poe en la literatura hispanoamericana



**E**DGAR Allan Poe es un gran poeta. Aunque parezca superfluo, hay que hacer esta afirmación, ya que la mayor parte de las obras dedicadas al autor de *The Raven* son de carácter erudito y estadístico, lo que equivale a decir que son muy pocos los críticos que se atreven a sondear su genio poético. Poe es un gran poeta porque es un poeta puro, capaz de crear belleza,—no filosofía, moral, didáctica,—belleza rítmica, que subyuga el ánimo del lector. La forma de sus poemas tiene los atributos necesarios para cautivar el ojo y el oído, sus temas son esencialmente poéticos y en la manera de desarrollarlos pone la cantidad suficiente de misterio que los hace resistir triunfantes los ataques del análisis y de la nueva sensibilidad. Tenía también Poe un maravilloso sentido de la proporción estética; sus poemas no son ni más largos ni más cortos de lo que debieran ser; la cantidad de emoción le aleja tanto de la sensiblería como de la frialdad; entre tema y forma hay una relación lógica y

bien proporcionada. Una de las críticas más frecuentes que se hace a este poeta es que carece de profundidad. Yo, francamente, confieso que no conozco muchos poemas más profundos que *The Raven*, porque profundidad es para mí ese ambiente metafísico que crea Poe y que la razón no alcanza a penetrar. El poeta, según mi criterio, debe poseer esa gracia alada en el decir que algún crítico ha llamado «el no sé qué», debe ser original y tener una fina sensibilidad, y así se llame Villón, Ronsard, Blake, Keats, Verlaine, Poe o Darío, yo le llamo buen poeta, que para mí vale decir gran poeta. Pero, además, la poesía es un juego de temperamentos y así como a mí no me han gustado nunca poetas consagrados como Pope, Browning, Racine, Hugo, Lamartine, comprendo que haya lectores para quienes Góngora, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Whitman o Poe sean sólo espíritus decadentes y anormales.

Cierto profesor de la Sorbona dijo una vez que Edgar Allan Poe era más conocido en Francia que en los Estados Unidos. Lo cual puede ser una verdad o una paradoja. De todos modos, Poe ha tenido grandes traductores y comentadores en Francia. La traducción de los cuentos de Poe, hecha por Baudelaire, posee ya una enorme importancia histórica, y la traducción de los poemas hecha por Mallarmé difícilmente podría ser superada; desde el ensayo magistral que dedicara al poeta norteamericano el autor de *Fleur du Mal* hasta el último ensayo de Paul Valery, en que define a Edgar Poe como un precursor de las teorías de Einstein, el

formidable cuentista y poeta ha ocupado la atención de los mejores críticos franceses. Y no sólo lo han comentado sino que su influencia se ha hecho sentir poderosamente en los grandes poetas del parnaso y del simbolismo, a tal extremo que yo creo que estas escuelas habrían tomado un rumbo diferente si la obra de Poe no hubiera sido conocida en Francia. Sería muy difícil agregar nada nuevo sobre el caso de Poe, en Francia, en tanto que su influencia en otras literaturas europeas es campo virgen todavía. Hasta ayer había habido sólo estudios parciales y fragmentarios sobre el caso de Poe en las literaturas española e hispanoamericana, y éstos únicamente conocidos en los países de habla española. En los Estados Unidos, los críticos que se preocupan de Poe, y que tienen de todo menos de políglotas, ni siquiera sospechaban que existiera en español toda una escuela poeana y que desde México hasta la Argentina una legión de poetas, algunos de los cuales excelentes, se hubieran declarado orgullosamente discípulos del cantor de *Ulalume*. Pero ya el profesor de la Universidad de Nuevo México, Mr. John E. Englekirk, acaba de publicar un libro en que estudia detalladamente las fortunas del refinado bardo de habla inglesa en la América española y en España.<sup>(1)</sup>

La influencia de Poe se ha ejercido mucho más intensamente en América que en la madre patria. Mien-

---

(1) Edgar Allan Poe in *Hispanic Literature*. Instituto de las Españas, New York, 1934.



tras que los españoles conocieron a Poe a través del ensayo de Baudelaire y de sus traducciones que llamó *Histoires extraordinaires*, conocimiento en el cual había una extraña mezcla de espíritu baudelairiano y poeano, los poetas de la América española se interesaron antes que nada en el lirida y sólo en raras ocasiones le consideraron grande por sus cuentos de terror y misterio. El hecho de que los poetas modernistas de Hispanoamérica hayan sido más numerosos y hayan poseído una cultura más universal que sus hermanos españoles, explicaría en parte el entusiasmo superior que sintieron por el yanqui y la gran cantidad de traducciones que hicieron de sus poemas. Basándome en esta observación, yo me atrevo a asegurar que si el libro del Dr. Englekirk, en vez de titularse *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* se hubiera llamado *Edgar Allan Poe in Spanish America* habría perdido muy poco, acaso nada, de su valor.

La influencia de Poe en algunos poetas menores de España, como Emilio Carrere y Francisco Villaespesa, es evidente, en el exquisito poeta Juan Ramón Jiménez es demasiado vaga para precisarla; lo mismo se podría afirmar de los otros buenos poetas de hoy, los hermanos Machado, Marquina, Pérez de Ayala. Entre los grandes novelistas de la España moderna los mejores han conocido a Edgar Poe. Pío Baroja ha dicho: «Mis escritores favoritos han sido Dickens, Poe, Balzac, Stendhal, Dostoyewsky y Turguenef» en una visita que Vicente Blasco Ibáñez hizo a la casa de Poe, en Ford

ham, en 1919, dicen que exclamó: «Poe es mi padre literario y espiritual»; Miguel de Unamuno me dijo una vez en París, que de los poetas norteamericanos admiraba en primer lugar a Walt Whitman y a Poe. Y, sin embargo, el temperamento de estos prosistas castellanos es tan distinto del de Poe que yo, antes de atreverme a comentar estas influencias, como lo hace el Dr. Englekirk en su libro, habría dejado que se secara la tinta en mi tintero.

A fines del siglo XIX la América española dió a la lengua sus mejores poetas. De todas partes salían voces de ensueño y de belleza. De la pequeña Nicaragua llegó Rubén Darío, príncipe de los poetas de su raza; en México, Gutiérrez Nájera y Amado Nervo expresan la melancolía indígena de esas tierras; Argentina, más europeizada que las otras naciones del nuevo hemisferio, presenta el caso de dos poetas afrancesados: Leopoldo Díaz y Leopoldo Lugones; Colombia ofrece al nuevo movimiento que se prepara, la obra sutil y profunda de José Asunción Silva, ciudadano del crepúsculo, hermano de Poe, como le han llamado dos escritoras norteamericanas; Cuba tiene su Julián del Casal, adorador de Baudelaire y del Japón; Chile, su Pedro Antonio González, último representante de la bohemia literaria. Estos son los escritores que forman la Escuela Modernista, cuya definición se encontraría en un punto medio entre el parnaso y el simbolismo franceses, porque tanto atiende a la perfección técnica de la forma como a la vaguedad musical de sus emociones. Oficial-

mente, el Modernismo nace en 1888, año en que Rubén Darío publicó su libro *Azul*, y termina por 1915 cuando empiezan a aparecer las primeras manifestaciones de la Vanguardia. En menos de treinta años, entonces, nuestro continente da un empuje y un desarrollo inusitados a la lírica, la liberta de temas prosaicos y formas convencionales, la dignifica depurándola y despojándola del triste regionalismo que tenía en España, para hacerla entrar en la corriente de las literaturas universales. El Modernismo es, entonces, un movimiento hacia el cosmopolitismo. Se engañan los que han dicho que América abandonó la literatura española para buscar su arquetipo en la francesa. Los poetas de esta escuela aprovecharon los pocos elementos que ofrecía la lírica española de su tiempo, entre otros, los versos y la prosa de Bécquer, y si bien es cierto que imitaron a Baudelaire, Verlaine y otros modernos de Francia, no se puede negar que encontraron un gran tesoro en otras literaturas. En la portuguesa, por ejemplo, descubren a Eugenio de Castro, sobre quien escribe Darío un bello ensayo en su libro *Los Raros*; en la norteamericana se asimilan elementos de Walt Whitman y Edgar Allan Poe; en la italiana, de Carducci y d'Annunzio; en la escandinava, de Ibsen; en la alemana, de Nietzsche y Schopenhauer; en la inglesa, de Shakespeare, de los prerrafaelistas de Oscar Wilde.

El Dr. Englekirk estudia detalladamente la influencia de Poe en la América hispana. Su libro consta de quinientas páginas y por ellas atraviesan los nombres

de los poetas mayores del Modernismo: Leopoldo Díaz, Darío, Silva, del Casal, Gutiérrez Nájera, Nervo, Lugones, Jaimes Freyre, Herrera y Reissig, González Martínez. Si se me preguntara qué poetas consideraba yo influenciados por el yanqui diría que Silva y Herrera y Reissig, y sólo en *Las montañas del oro*, Lugones. Lo que equivale a decir que el Dr. Englekirk y yo tenemos un concepto diferente de lo que significa la influencia literaria. Según mi criterio, existe ésta cuando dos poetas despiertan en el lector el mismo sentimiento de belleza, iguales emociones, siendo de distinta raza, como en el caso Poe-Baudelaire; o cuando hay una similitud constante de temas poéticos, sobre todo si son temas objetivos, como sucede en *Las fêtes gallantes* de Verlaine y *Prosas profanas* de Rubén Darío; o cuando un poeta sigue muy de cerca los recursos de técnica literaria favoritos de otro, como hace Lugones en *Las montañas del oro* con respecto a Poe. Así entendidas las cosas no se puede negar que Herrera imita frecuentemente al autor de *Annabel Lee* en la parte formal y en el ambiente de sus poemas y que en *Día de Difuntos* y *Nocturno de Asunción* Silva siente el lector el mismo temblor estético y observa los mismos procesos técnicos que en *The Bells*, *To Helen*, *Ulalume*, etc.

Para el Dr. Englekirk basta que un escritor mencione el nombre de Poe para ver en ello una simpatía literaria, o que evoque lánguidamente a *Eulalie*, *Lenore*, *Ligeia*, para que descubra un caso evidente

de influencia. Por este camino puede irse demasiado lejos,—probablemente hasta la invención del paraguas—y es muy probable que se pudiera demostrar que todos los poetas modernos han sido influídos por Dante, Shakespeare o Goethe. Tomemos, para precisar, el capítulo dedicado a Rubén Darío. Para el doctor Englekirk no cabe duda de que el nicaragüense ha seguido de cerca al norteamericano, lo suficiente para dedicar al problema un largo capítulo. Entre otras cosas dice: «En el precioso mosaico del arte de Darío hay mucho que, consciente e inconscientemente ha sido imitado de Poe». Habla luego de la hiperestesia de ambos escritores, del horror de Darío por lo sobrenatural, de su interés por las ciencias ocultas. Verdad es que Darío escribió un ensayo sobre Poe y que sentía por él una verdadera admiración, pero, a pesar de la similitud de temperamento que pueda haber entre ambos, hay en su poesía un abismo de diferencia. Poe es complicado, metafísico, vago; Darío es todo sencillez, precisión, realismo. Poe es un poeta abstracto; Darío es fundamentalmente concreto. Poe tiene cierta obscuridad nórdica; Darío es todo claridad latina. El hecho de que Darío haya escrito a raíz de una lectura de Poe un hermoso recuerdo de su esposa muerta, empapado de emoción poeana, no indica una predisposición especial de imitación, sino que es un capricho pasajero que no se vuelve a repetir. En poetas como Gutiérrez Nájera, Jaimes Freire y Gonzáles Martínez, el influjo de Poe

es tan vago, tan intangible, que casi no vale la pena comentarlo.

Lo más acertado del libro del Dr. Englekirk es la parte que se refiere a las influencias de Poe en la prosa de tres grandes escritores de cuentos hispanoamericanos; Amado Nervo, Horacio Quiroga y Rafael Arévalo Martínez. Lo más acertado, porque el autor no ha tenido que torturar su cerebro en búsquedas difíciles, cuando no imposibles, sino que ha puesto el dedo en el problema inmediatamente. Horacio Quiroga, el primer cuentista de lengua castellana de nuestros días, es un desenfrenado admirador de Poe. En sus cuentos de horror y de muerte imita al yanqui y exagera la plana. Quiroga ha confesado desde su juventud que su gran ideal de artista es llegar a la grandeza trágica de Poe. Amado Nervo me comunicó en Nueva York, en 1918, que se había leído a Poe infinitas veces y que se sabía de memoria varios de sus poemas. En sus cuentos el influjo del maestro es evidente. Lo mismo puede asegurarse de Arévalo Martínez. En sus cuentos se echa de ver la técnica de Poe, en su vivisección del pensamiento, su análisis de la subconsciencia, su temperamento mórbido y su atracción del misterio. El mismo Arévalo Martínez ha confesado su gran afecto por la literatura poeana.

Expuestas ya algunas diferencias de opinión es hora de decir que el libro del Dr. Englekirk es uno de los trabajos más serios de literatura comparada que hayamos visto en estos últimos años en el campo de la produc-

ción americana. El autor se ha documentado copiosamente y ha mantenido siempre una actitud crítica de absoluta imparcialidad. El Dr. Englekirk debe de haber dedicado varios años a la preparación de esta obra, ya que la cantidad de libros, revistas y periódicos consultados es enorme. El especialista en literatura hispanoamericana sabe lo que esto significa; no se trata de estudiar la literatura de un país sino de veinte países, cuyas bibliotecas son de difícil acceso, cuyas revistas han sido de vida muy breve, cuyas librerías son pobrísimas. Agréguese a esto el hecho de que muchos de los libros usados por este autor se han agotado hace ya mucho tiempo y que es punto menos que imposible obtenerlos desde los Estados Unidos. El Sr. Englekirk ha dejado palpablemente demostrado que la influencia de Poe existe en el Modernismo hispanoamericano. Si ha pecado, lo ha hecho no por falta de datos sino por superabundancia de ellos. Por muchos años, la mayor parte de nuestra crítica venía repitiendo que Edgar Poe debía ser considerado como uno de los precursores de nuestro renacimiento poético; estaba reservada a un profesor norteamericano la demostración de este problema. Este libro viene a señalar nuevos caminos a los eruditos que se dedican a estos estudios: quedan por estudiar las influencias de d'Annunzio, Oscar Wilde, Walt Whitman en el Modernismo y muy en especial en el poeta más grande de esta escuela, Rubén Darío.

## El intelectual y la humana discordia



En una nota en que me denomina «piloto intelectual» y otras cosas que pueden parecer agradables, comenta mi amigo peruano Luis Alberto Sánchez que yo soy un «temperamento tentado por lo social, pero excesivamente retenido por lo literario y lo histórico». Si sólo se tratara de mí y no fuera el autor de dicha apostilla un tan buen compañero y uno de los claros cerebros entre las nuevas generaciones del Perú, dejaría pasar esos epítetos elogiosos o peyorativos, o bien los devolvería diciendo que Sánchez a veces no limita bien las fronteras de la obra literaria y de la meditación pura del documento de propaganda. Pero el alcance del juicio va más lejos porque acaso se refiere a lo que se nos pide a los escritores y a lo que los escritores podemos dar, en nuestro turbio mundo sudamericano. Por ello y porque el problema tiene proyecciones que rebalsan lo personal, recojo el guante que me tiende desde Lima un tan hábil escritor e inmejorable compañero. Le agradezco que su



crítica motive en mí una reflexión que puede ser útil acerca del alcance y sentido de nuestra obra, en estas tierras no bien desbrozadas.

---

La América Latina—lo he repetido y mostrado en muchos artículos, y por la reiterada corroboración no aspiro al mérito de la profecía—, la América Latina de estos años está viviendo un proceso revolucionario. Que esa revolución que en algunos países ha comenzado y en otros se incuba no nos ofrezca aún soluciones; que todavía no veamos claro en nuestro porvenir, que los impulsos de cambio sean seguidos en nuestros pueblos por movimientos de retroceso, por reacciones y restauraciones, no tiene nada de extraño si se piensa que el tiempo y la dimensión de la historia no es el mismo que el de la vida personal. Tanto o más tiempo medió entre aquellas primeras pelucas enciclopedistas que aparecieron en la América del siglo XVIII, sus papeles, sus libros y sus murmuraciones clandestinas, y la acción ya beligerante y encendida de los Libertadores. Y todavía después de Ayacucho, el Liberalismo que era la forma con que quería vestirse la Revolución, encontró y aun encuentra muchos restauradores del orden antiguo. En 1830, después del progresismo liberal de los Libertadores, desde Bolívar hasta Rivadavia, toda la América era Restauración. Los caudillos civiles y militares de 1830—Portales, en Chile; Rozas, en la Argentina—realizaban una contrarrevolución. Cualquiera

de estos ejemplos señala la lentitud aparente (aparente en relación con el individuo que contempla), de los movimientos históricos.

Pero sólo el Dr. Pangloss o el optimista obligatorio podría negar esta levadura de Revolución que desde hace años fermenta en nuestros tradicionalmente dormidos pueblos hispano-indios. Y ocurre el hecho paradójico de que por el mismo silencio y cerrazón de nuestra anterior vida colectiva, ahora parecen abrirse todas las ventanas y nos satura y penetra por todas partes un enrarecido clima de ventisca. Hasta señalaría como ejemplo de eso que está ocurriendo la circunstancia de que mi amigo Luis Alberto Sánchez que antes fué cumplido catedrático e historiador de la Literatura, crítico e intérprete de toda fineza literaria, ahora actúe y combata en la primera línea de fuego de la política activa. Ello está muy bien porque nada de lo humano debe ser extraño al escritor, siempre que se piense que más allá de nuestro dogma pueden existir otras posiciones. Sería peligroso mirar todas las zonas de la Conciencia desde una exclusiva visual. Y me pareció—quizás sólo sea prejuicio o quisquillosidad mía—, que Luis Alberto Sánchez, el biógrafo de «Don Manuel» y diestro crítico y ensayista, ahora está mirando la Literatura con excesivo calor político, o que no siempre se aleja del tumulto de la calle cuando escribe sus últimas páginas de prosa.

---

¿Cuál es el papel del hombre que piensa y escribe frente a este desatado bullicio? El conservador o tradicionalista querrá evadir la circunstancia y aislarse en sus ideas adquiridas como bajo una campana neumática que no permite colarse al tiempo. Como contraste, el revolucionario a la moda nos invitará a vociferar con la multitud y pedir con ella la Luna, cuando esta fué la consigna del día. En países como los nuestros donde la existencia nacional no se afirma sobre un sólido subsuelo de Cultura, Tradición o Historia, conocemos estos estados de alma colectiva que nos conducen de la inercia, la depresión y la frigidez al extremo contrario del delirio. Y el alma de la multitud adora hoy lo que quemó ayer, o a la inversa. El peligro de pueblos así, es que no lleguen propiamente a la Revolución que a la postre es una meta, un camino trazado, sino que se desangren y se pierdan en el inorgánico tumulto de la sublevación. Y vale la pena pensar, si entre los dos caminos: el del reaccionario que se quedó mirando hacia atrás como la familia de Lot—los primeros fabricantes de salmuera—, y el del agitador que se abalanza como el toro ante el trapo rojo, no es posible la coyuntura de una tercera y más justa posición: la del que busca una perspectiva y anhela extraer del fugitivo instante la más permanente enseñanza. Acaso el ejemplo más revelador, y para mí casi monstruoso, del papel del intelectual en la discordia de los hombres es el de Descartes que al regreso de la terrible guerra alemana se encerraba a pensar sobre el destino eterno;

y de la soledad que le dejaron sus años de nomadismo iba destilando en su caverna invernal, el «Discurso del método». O es otro ejemplo más decidor el de San Agustín que cuando veía morir la cultura antigua, trazaba el cuadro de un nuevo orden espiritual, esa esperanza en medio de la desolación colectiva, que se llamó la «Ciudad de Dios».

En apariencia esta posición puede juzgarse cómoda, pero es que yo descuento la dosis de antipatía e impopularidad que arrastra el valor de ser sereno; de situar más allá del ofuscado primer término, una perspectiva. Aquí donde las ideas se llevan por estaciones como las corbatas; donde la Política suele ser un arte de usuales trapacerías y desprovisto por lo tanto, de toda Metafísica, acaso esta tendencia a decir las verdades de uno; las que no se cotizan en el Comercio y no son voceadas por ninguna demagogia, es la manera más eficaz de captarse enemigos. (Luis Alberto Sánchez nos enseñó qué fué la apostura y el valor de González Prada en un Perú sordo, todavía colonial, petrificado en la superstición y en el prejuicio). Y precisamente todo movimiento histórico se realiza en estos dos polos del avance y de la rectificación: la Libertad es necesaria no para que cada cual haga lo que le venga en gana como supone cierto liberalismo rapaz, sino para que el grupo social, el pueblo o la Historia considerados hegelianamente, encuentren su verdadero eje. Uniformar el pensamiento para servir a Dios como lo hicieron los inquisidores de la Contrareforma o para servir a la Re-

volución como lo hacen los bolcheviques y la obcecada Alemania nacistá, es una manera de esterilizar la vida. Freud o Yung nos enseñarían que el subconciente se colma así de obturados deseos, de pasiones que no encontraron cauce y vendrán a golpear tormentosamente contra el molo de la conciencia. Lo que pudo ser asimilado o integrado en la persona y el grupo, ahora se torna en destructora voluntad demoníaca. No en balde Hegel nos enseñó que la Vida y la Historia se realizan en armonía de contrarios; y en los movimientos históricos nunca triunfó la tesis, es decir, la simple construcción doctrinaria, sino la síntesis o la idea que se acomodó a la vida.

El pensamiento considerado de esta manera no es ya la ciega obsesión del ideólogo sino reactivo vital; él permite que el hombre supere el mito diario y se proyecte más allá de las voces de la calle. Si no ocurriera así, se habría interrumpido la circulación de la Cultura; caeríamos en ese destino faraónico que fué el de los pueblos donde el individuo se perdió en la masa, y donde el pensamiento oficial—como en Bizancio—apagó todo acento diferenciado, toda voz individual.

---

En la amable apostilla que Sánchez me dedica aquellas palabras «lo literario y lo histórico», se encajan con su pimienta de reproche. Sánchez habla de «mi estilismo» y quisiera buscar en mí más inquietud a la moda y mayor ardor polémico. Pero, ¿no habíamos

distinguido ya, amigo mío, la obra del escritor de la del agitador circunstancial, nutrido por el instante? ¿O es que el Sánchez crítico también quiere servir a esta moda que nos aconseja no demarcar ya bien la frontera de las obras y los géneros; hacer política hasta en el simple grito y la expresión emocional, y reducir nuestra ideología a descarnados esquemas donde toda idea se entrega al uso y al tráfico común? No me parece mal para una acción política de masas esta simplicidad catequística. Pero cuando de la plaza pública o del núcleo de agitación se lleva esta tendencia al libro o a la obra de arte, corremos el albur de confundir todos los valores. Una demagogia primaria está produciendo así en nuestros pueblos obras triviales, ofuscadas e inconsistentes, destinadas a morir con la pasión del día. Se quiere llegar a la Cultura por el camino más fácil, y todo esfuerzo personal, toda tentativa creadora, se pone al servicio de determinada propaganda política. Cuando un poeta toma las frases de los manifiestos o las proclamas de los agitadores para meterlas en su Poesía, acaso traiciona a las Musas y a la Política. La Cultura exige formas diferenciadas; organización, demarcación. De lo contrario no habríamos salido del Caos primitivo, de la terrible confusión y el miedo salvaje. Comprimir el Arte o el pensamiento en el molde de un dogma, es negar las otras dimensiones del mundo; es ofrecer la vida como un vano telón de sombras. Tenía en mis manos, hace pocos días, dos trabajos habilidosos de estos que el cerrado fervor y el her-

metismo de una doctrina impulsa a hacer a algunos intelectuales criollos; era el primero un trabajo mexicano sobre la conquista de México y la personalidad de Hernán Cortés, donde el intérprete vertió para el juicio de aquella época lejana todas sus frescas lecturas de Bujarín y de los exégetas comunistas; el segundo, un estudio sobre la Independencia de Chile, escrito, también a la mayor gloria y honor del Marxismo. Y ambos estudios muy hábiles, les faltaba por esa sumisión a la teoría preconcebida, por el exclusivo ánimo de alegato con que fueron escritos, algo invaluable: los hechos se sumaban unos a otros como en una terrible fatalidad matemática; no sabíamos para que habían existido entonces el hombre Cortés o los hombres que realizaron la independencia de Chile; y todo se tornaba mecánico y sin vida, como si el drama de las cosas ahogara el drama de los hombres. Porque por sobre la visión marxista, católica o liberal que se haga de Hernán Cortés o de los héroes de Chile, subsiste lo arbitrario, misterioso y único que constituye una existencia humana. (Así como el intelectual mexicano tomó a Marx como cuño de su visión histórica, otros podrían interpretar la misma época partiendo de conceptos diametralmente distintos. Siempre quedará una ancha zona de realidad, una «terra incognita» no limitada ni ceñida).

Si queremos, pues, un pensamiento y un arte original en las tierras nuestras, dejemos que el individuo exprese el mundo como le venga en gana; llegue a la realidad —y a mi amigo Sánchez le interesa mucho la «reali-

dad»—, por aquel ángulo, por aquella ruta que le parezca más accesible. Así el reproche de forma que me hacía Sánchez al hablar de lo «literario» en mí y de mi estilismo, quedaría desvanecido.

Cuando Sánchez menciona—con su poquito de intención política—mi pasión histórica, se deja también conducir por ese mal consejero que se llama el racionalismo dogmático. Acaso algunos puntos de mi crítica—cuando yo he hecho crítica—, no ensamblaban completamente con la visión de nuestra realidad que él se había forjado; y achacó a uno como romanticismo histórico que me sería peculiar, el origen de las pequeñas divergencias. En efecto, creo que no puede realizarse ninguna creación política y social si ella no se injerta en el factor histórico. Las ideas que elabora el individuo o el grupo político pueden ser perfectas y ajustarse a la Lógica más rigurosa, pero sólo tienen eficacia práctica cuando se pliegan o asimilan a una realidad existente. El hombre no puede ser Dios, es decir no puede crear solamente con la palabra. La creación humana no parte de la Nada como asegura la Teología que partió la creación de Dios, sino de lo que ya existe, de eso que se nos impone a pesar de nosotros y que se llama la Historia. Hemos perdido aquel optimismo en la Razón universal; en que el Mundo había de plegarse a las luces de la Filosofía, que fué el presuntuoso sueño de los hombres de la «Ilustración», del Racionalismo diez y ochesco. Y el lado más peligroso de nuestra acción y nuestro pensamiento criollo es el olvido de esa



realidad concreta: cierto ofuscado «nominalismo»—para llamarlo con su etiqueta medioeval—que supone que basta el nombre y la palabra para crear la cosa. Así nuestra Cultura y nuestra Política se colmaba de rótulos sin contenido. Pasaron por nuestro escenario histórico doctrinas y teorías, sistemas venidos de Ultramar, que apenas motivaban la cháchara de los políticos e innovaban en el lenguaje administrativo. Y por ello, con mucha justeza, Luis Alberto Sánchez en unas conferencias que nos dió en Santiago de Chile, en 1930, quería partir de su viejo Perú, desde los Incas hasta el gamonalismo de la Sierra, pasando por los frailes, los corregidores y los caudillos, para fijar el destino y hasta la profesía de su pueblo. En el historicismo suyo quiero ampararme, por si en mis escritos encontró mucho tiempo pasado, mucha emoción de Historia. Y cerrando estos distingos quiero pensar como más allá de las divergencias de forma y de partido (divergencias inevitables porque ninguna forma ni ningún partido puede ceñir todo el complejo mundo), siempre los hombres de una misma generación terminan por encontrarse en la labor común. Con este ánimo, Sánchez y yo nos cruzamos tan cordiales reparos. Y es que por sobre toda diferencia se nos impone un destino de época y de latitud histórica, una concordancia final en el revolucionario tiempo americano que ahora vivimos.

## Camino de las Horas <sup>(1)</sup>

**E**sta es la casa, ninguna otra existe;  
en toda la ciudad no hay más que una;  
lejana y vieja, en barrio pobre y triste:  
pero es la casa; que ella nos reuna

a las vidas y vidas que vivieron  
entre estos gruesos muros, donde amarse  
es una ley antigua; ellas supieron  
ser la continuidad y continuarse.

Somos en ellas, y ellas en nosotros;  
ya son tierra y forman en estos muros  
que el amor va trabando unos con otros

y alza recios, solemnes y seguros.  
Como aquí el buen amor se ha decantado,  
Dios en el fondo brilla reflejado.

---

(1) Después de algunos años de silencio, el autor de *Alsino*, *Androvar* y tantos otros bellos libros, resume en *Camino de las Horas*, libro de sonetos, la labor del tiempo sin retorno... Madurez enjundiosa, vibración honda, volumen lleno de luz espiritual de los sonetos. Esta primicia que damos a los lectores de *Atenea* es una muestra de la pureza del libro, cargado de finas sugerencias.



*Soy el puerto, sus torres, su alborada,  
las campanas y el aire cristalino,  
la nave por canciones impulsada  
en busca de los mundos que adivino;*

*el vasto muelle, y multitud que acude  
a despedir el barco que ya zarpa;  
de un pañuelo, el amor que lo sacude;  
del viento y de las jarcias, soy el arpa;*

*y una isla al horizonte, y dulce estela...  
y lo desconocido, y lo que añoro;  
la ausencia en casa, y el rumor en vela;*

*soy toda la esperanza y lo que lloro!  
Mejor que las gaviotas con su vuelo,  
al mundo entero abrazo como el cielo!*



*Como si fuese el dueño de la casa,  
voy despidiendo a cada viejo amigo;  
adiós ¡adiós! y cada sombra pasa,  
y quedo en soledad ¡nadie conmigo!*

*Al recorrer la tierra, mi morada,  
que puebla indiferencia y su desvío,  
levanto de mi paso, a la estrellada  
altura de la noche, el eco mío.*

*Y así cruzando soledad de gente,  
despido al propio cuerpo que anonado.  
Adiós ¡adiós! le digo, voy sufriente*

*y aun te puedo hablar; después, callado,  
no habrá quien te despida ¡Adiós, hermano!  
¡Abierta en despedida está mi mano...!*



*Convaleciente, con mi herida abierta,  
recibo el sol en lánguido desgano;  
clama una voz en la mansión desierta,  
y el eco débil la devuelve en vano.*

*Atruenan golpes la cerrada puerta,  
y los dejo sonar, y no me afano;  
ya vuelve aquella voz, y queda alerta;  
retornan golpes de invisible mano.*

*No espero, ni deseo compañía;  
no sonrío anhelante, ni desdeño;  
se mece mi alma, sin saber, vacía;*

*no vivo en la vigilia, ni en el sueño.  
Me veo de mí mismo tan lejano,  
que no me busco ¡buscaría en vano!*



*De esta sonrisa que me fluye pura,  
sin deseo, ni término concreto,  
como un don de la gracia y su secreto,  
mana y asciende sin igual dulzura.*

*Son mieles que yo acopio; es la ternura  
de un poder superior. Y me someto  
amoroso, sonriente, libre y quieto  
al goce de este bien que el alma apura.*

*Al dejar a mi cuerpo sumergido,  
como ancla entre las cosas, llego donde  
principia ya el misterio. Es un tañido*

*que se resuelve en luz; fulgor que esconde  
el perfume, el color, el roce, el ruido...  
más allá del pensar y del sentido...*



*Sin salirme de mí, yo estuve fuera,  
y al exterior viví tan en mi adentro,  
que fué como un salir hacia mi encuentro,  
sin haber yo sentido que saliera.*

*Sumido en un estado de quimera  
yo rodé sin saber hacia mi centro;  
lejano me creí, y estaba dentro,  
que nunca de mí mismo me moviera.*

*Camino de estupor ¡oh maravilla!  
no me reconocí, y en mí yo andaba;  
libérrima era mi alma antes esclava;*

*yo había traspasado toda orilla.  
Ahora, al regresar donde resido,  
me parece que nunca me he movido.*

■

*Pasan los años de mi vida incierta  
con el rodar sin lógica del sueño;  
tanta verdad de un día, ahora muerta,  
de un gran misterio oculto, ahora dueño.*

*Lo que creí saber ¡cómo sonrío!  
donde la burla estaba, está el asombro;  
ya no pregonó todo lo que es mío,  
y oculto mi tesoro, y no lo nombro.*

*Cuando tú en mí esperabas, yo nada era;  
ahora que me niegas, yo comienzo;  
rasgué ya el velo de la vida entera;*

*tú no sabes quien soy y lo que pienso.  
Si digo, como ayer, las mismas voces,  
tú crees conocer, y no conoces.*

E. Rodríguez Mendoza

## “Oro de Indias”

### LA CABEZA DEL VIRREINATO



Sobre el tejido aymará que cubre la mesa de trabajo, cae esta vez un lingote de oro que lleva estampadas las carabelas del Descubrimiento y como orla, orquídeas de la zona tórrida, vicuñas pintadas de nieve, peces que huyen mordiendo una perla, tortugas acorazadas de carey embebido en luz... Es la carátula de la obra que acaba de agregarse a los grandes libros escritos en Chile.

Se dobla la fastuosa hoja liminar y aparece la empingorotada cabeza del hombre de choque que es Chocano, por más que su apellido afirme rotundamente lo contrario. Ahora, los años y las aperreaduras han pintado dos alas blancas sobre las sienes y entre ellas ha quedado erguido un copete negro y cyranesco. Es el poeta pintado por Lopez Mezquita para The Hispanic Society of América.

Lo conozco desde hace la friolera de treinta años y cuando él hacía contorsiones cívicas en «Iras San-

tas», yo dejaba caer unas gotas de absintio, administradas por Rubén Darío, en la copa desbordada de los veinte años.

Chocano—cuyo apellido niega su sino de lucha y cuyo nombre de pila es de una burguesía mansa y sedante—, nació en Lima, lo que no se consigna por amor a la historia de fe de bautismo, sino porque la sede y el momento en que el futuro portalira lanza su primer berrido, moldean su personalidad, que en un sentido es la concreción del ambiente indoespañol y en otro, la inquietud incesable del hombre sacudido por todas las pasiones y alcanzado por todos los dolores. Chocano es una alma saturada con los atavismos de la época de gran estilo en que Balboa acuchillaba al Pacífico y en que Pizarro, el porquerizo trujillano, se tallaba un imperio.

En la ciudad abarrocada anterior a los remozamientos de hoy, había ambiente con qué modelar un poeta de estirpe tradicional, sin dejar de ser el hombre con los nervios al aire de estos tiempos que nadie sabe hacia qué trayectoria se inclinan. Y sabe Dios si por carecer de un ambiente peculiar, una gran parte de la América está negada hasta ahora para la creación propia y, en consecuencia, condenada a la desorientación, pasando de un reflejo, de una moda, de una influencia inestimable a otra.

No era ese el caso de esa ciudad tibia, laboreada y andaluzante que primero fué cabeza de Virreinato; en que después se acuchilló el caudillismo postemancipador



y hasta la cual llegó un día la guerra en grande. Ahí, por consiguiente, podía aparecer algo fuertemente personal y que iría por el gran teatro del mundo llevando sus cantos y sus pasiones hasta la hora del enterratorio. Sólo lo formado por lo tradicional podrá producir algo propio y que no sea vidrio verde en vez de esmeralda de Muzo.

De 1530 a 1535 la villa embrionaria acampa tras un bastión plantado en el valle de Jauja y después pasa a consagrarse en Lima, tomando el alto nombre de ciudad de los Reyes. Y, en prueba de ello, estampó tres coronas en sus armas. Agréguese, en seguida, el séquito fastuoso y pintoresco: nobles de abolengo e hidalgos de gotera; oidores, alcabaleros, factores, arzobispos, obispos, canónigos; santos teólogos y santas inefables; universidades salmantinas; inquisición, inquisidores y quemadero; dominicos y franciscanos; monasterio de la Encarnación, fundado por doña Mencía de Sosa y monasterio de la Penitencia fundado por el marqués de Cañete. Además, puertas de cuarterones; estocadas de encrucijada y horca y picota en las plazoletas con Cristos de hornacina... Es Lima la virreina y fué tan vasto su Virreinato, que alcanzó para tres: el de Pizarro, el de Santa Fe y el de Buenos Aires. El primero era especialmente protegido de los Reyes y para no ser menos que Avila la teresiana, cercó su capital de una muralla de adobes; pero armada de treinta y cuatro baluartes.

He ahí el telar en que la tradición tejería su rico tapiz, en el cual no faltan las hilazas de oro.

Físicamente, a su vez, hasta Lima llegan los celajes del trópico; se trepa a las montañas y se alcanza la región de las nieves perpetuas; se avanza al interior del Continente y se arriba jadeando, a las «tierras mágicas», la región en estado de génesis en cuyas arterias fluviales viajan las garzas afirmando las patas de jade en la caparazón recamada de las tortugas. Lima es una portada de azulejos alicatados puesta en la cercanía del cromatismo tropical.

La tradición y el ambiente, formando un determinismo mental y material evidente, tenían que producir y produjeron el poeta continental de las «tierras mágicas» y del Virrey moceril que pasa mirando a la cartagenera con sus quevedos de carey. A ese poeta lo cogerían después la vida y la tempestad, reviviendo en él a los andariegos que partían de la Jácara picaresca para tallarse un imperio en lo desconocido.

Nació en Lima y en caso de haber nacido en tiempos de Indias, habría visto la luz en Extremadura, en Trujillo, en cuya plaza mayor hay ahora un Pizarro visionario representado en el momento de partir de sus berrocales cabalgando una bestia crispada, como él, y que se encabrita levantando verticalmente los remos delanteros. De ahí se partía con lo puesto y movido por dos fuerzas electromagnéticas: la fe y la codicia. Luego, se tramontaban las sierras vertebrales de Guadalupe, Montánchez, Pedrosa y se estaba a orillas del

Guadalquivir en cuyas aguas esperaban los galeones que partían hacia la tentación del Nuevo Mundo: traían a los extramuros del planeta lo más rico y movido de la Península y volvían con el quinto del rey, extraído de Jauja, Potosí o el Dorado...

### EL CAMPO SE FLORECE DE ADELNAS

Un día sobre el cual ha ido cayendo medio siglo de años, los montes que costean la capital y que no conocían más ruido que el de las olas eglógicas que llegaban en son de amorío hasta sus faldas de seda, parecen ahuecadas por los estampidos y en sus repechos se encienden las banderas, las bayonetas y las espadas y el arenal gris del Morro Solar y del San Cristóbal se florece de adelfas... Es la guerra; sigue avanzando; entra a sangre y fuego a Miraflores y después de combatir bravamente, la Virreyna cae en poder de su adversario de entonces. Se oyen tambores, redobles, rodar de cañones y tropel de caballería. Es el ejército vencedor...

He ahí una serie de impresiones lacerantes e indelebles que toman el alma transparente del muchacho que entonces corría azorado por soportarles, pórticos y altanos. Impresiones y escenas de gran dolor, que contraen prematuramente el ceño del niño, convirtiéndolo en hombre. Y como un desastre no queda nunca solo y sin consecuencias, tras la guerra exterior aparecieron las contiendas civiles. No tarda en combatirse en las cer-

canías y luego en las calles de la ciudad y «el tuerto Cáceres», soldado indomable, entra a bayonetazos a Lima. El suelo desgarrado sigue temblando. En el alma del niño, ya hombre, estalla la tormenta; aparece el poeta expugnatorio de «Iras Santas» y los versos del sagitario juvenil se estrellan sonoramente en pórticos y travesías haciendo saber que en la ciudad nobiliaria había aparecido un poeta amasado con la grandeza del pretérito y la pesadumbre del presente. Se apodera de él en forma ululante el espectáculo de las luchas y las miserias internas y se destaca desde el primer momento el combatiente marcado en lo más íntimo por los años terribles. No aparecía el poeta de «Alma América» ni veía aún la selva llena de gérmenes; ni los ríos aórticos enjoyados de orquídeas y víboras. Pasarían las «Iras», que siempre pasan aunque se auto califiquen de «Santas»; llegaría la plenitud lírica y sólo entonces vendría a ungirlo el panteísmo poderoso de las «Tierra Mágicas» en que reaparece el fausto de los Incas chapeados de oro; la fuerza y la rudeza de lo castellano y el encanto provincial de la Colonia.

#### AMERICA COSMICA

Estaban de moda a la sazón las madamerías decadentistas y empezaban a introducirse en lo indoespañol ninfas y sátiros efusivamente primaverales; hadas envueltas en el velo solar de la reina Mab y gnomos contrabandistas que escondían en la barba de

vellón los diamantes azules y las perlas negras... Darío, evadiéndose de lo americano, se sentía seducido por todas las formas de la imitación francesa: los retratos nacarados de Watteau o Fragonard; los sátiros amaestrados por Catulle Mendès; las frondas estivales en que, en vez de «llamas» y vicuñas, correteaban los centauros de caramillo al cinto persiguiendo ninfas de melenita al oxígeno o emperatrices chinas sustraídas de las colecciones de «L'Maison d'un artiste», de los hermanos Goncourt. (1)

Chocano admiraba a Darío, renovador incuestionable que arrancó lo español de su empolvado confinamiento en lo quintanillesco. Darío perforó los Pirineos, dejando pasar lo francés a la Península que prefería lo arcaico a la camelote de boulevard; pero el poeta de «Alma América» quería al ilustre nicaragüense sin dejar de buscar su camino, prometiendo arrogantemente abrí-

---

(1) «Les reminiscences que l'inspirent sont très nombreuses—dice Paul Groussac, citado por Erwin K. Mapes en su «Influence Française dans l'œuvre de Rubén Darío»—; tant de gens passent sur son chemin que les traces se confondent et comme disent les muletiers: «la piste est effacée»...

Darío—dice Antonio Aita en «Literatura y realidad americana», que aún no conozco sino en síntesis de prensa—, nada tiene que ver con nuestra América. Fué un poeta extraño en absoluto a las preocupaciones de nuestros pueblos. Por un accidente físico, el de su nacimiento, es por lo único que podemos considerarlo americano».

selo si no lo encontraba... Pondría, pues, música lírica a la fauna, la flora y la historia indoamericana y sería imposible meterlo en un Versailles de cartón piedra y dejarlo embobado ante las princesas tristes; los pavos reales; la marquesita Rosalinda; la hada armonía o el coloquio de los centauros... No quería ser fauno versallesco y contentarse con llevar entre los labios un racimo de uvas champañescas cogidas en las parras de Reims. Nada de ninfas, en una palabra, ni de marquesitas «muy siglo XVIII». El poetazo empezaba a ver otra cosa, inaudita e inédita: el trópico, denso y centelleante; el barroquismo virreinal, trasportado por él a lo permanente, amén de otros motivos que a Dios gracias no es posible transponer del Viejo al Nuevo Mundo.

Al salir de su tierra, el poeta se metería hasta la aorta en lo original; penetraría lira en mano en la zona nefasta de las convulsiones inocuas y sin fin; y en una de esas incursiones por lo inflamado, por poco lo fusilan, dejando sin troquelar los rimeros de oro que Atahualpa entregó estúpidamente a Pizarro. Recorre el gran anfiteatro recalentado por el trópico y la América cósmica empieza a centellear ante sus ojos. Es verdad que algo de eso ya había sido rimado y dicho por otros que llevaban un frac pasado de moda y una lira encordada en palo de hacer marquitos de salón... La América de Chocano sería otra cosa y desde sus primeros toques de trompeta pudo verse que sus versos serían el paisaje intocado en que hay perlas multicolores cogidas entre los

dientes por hombres de bronce y en que las tortugas de carey con que hacen relicarios o abanicos, parecen un topacio puesto al sol.

## ESPAÑA AL TRASLUZ

Después de su primera exploración por la parte meridional del Continente, Chocano vuelve a Lima, paladeando la ovación. Le habían nacido grandes bigotes, como los del capitán del velero empavezado que lleva la canción; lo había aclamado cálidamente todo el trópico y empezaba a sentirse capaz de sinfonizar el paisaje, emboscado en lo inédito, en que un día resonaron los hierros y los alaridos de la Conquista; en que después se labró la heráldica de la Colonia; en que crujió la seda floreada de las virreinas y en que pasaron las literas pintadas «con algo de tálamo y féretro a la vez».

Bien. Pero había que reexportar todo eso e ir a proyectarlo a modo de tapiz en los muros del Escorial; en las murallas de Avila; en las piedras doradas de Salamanca. La peregrinación a la Península que es una gigantesca acumulación de historia y de espíritu, era, pues, esencial para la estética chocanesca, la cual es fundamentalmente lo hispánico transportado a otro medio físico y diluyéndose por medio de proliferaciones sucesivas en otros elementos étnicos. He ahí la razón de su originalidad personalísima y la cual rechaza orgullosamente toda imitación porque va tras los valores, cada

vez más escasos, de la creación propia. Pero lo autóctono tiene que saturarse del pasado hispánico y sólo entonces en el caso concreto de Chocano, encontraría el cuño definitivo su oro de Indias. En efecto, el Nuevo Mundo hay que observarlo poniendo al trasluz la Península y ésta debe mirarse colocando a la América como culminación suprema de la trayectoria castellana en el universo y en la historia.

Allá fué, pues, Chocano. Allá nos divisamos en 1905 y como el Virreinato del Perú y la Capitanía general de Chile estaban entonces como el perro y el gato, nos miramos como beligerantes en territorio neutral. Entrábamos ambos en la vida y nos sumergimos ávidamente en la Península para oír el idioma auténtico y rastrear el espíritu traído al Nuevo Mundo por el país que nos incorporó a la vida universal. Y en cuanto a aquellos tiempos, llamados de la generación de 1900, primaban el pesimismo, la abulia, el «¡a mí qué!» de los pueblos y los individuos de vida muy llena. Peroraba Joaquín Costa y paradojeaba Unamuno; pero, a fin de que no todo fuera murria, posturas y pesadumbre, se salpicaba de sangre toruna la capa escarlata de «Bombita»; en el Salón de actualidades, sito en plena aorta madrileña, bailaba Pastora Imperio, empavesando de claveles sus diez y ocho años; Rosarito Pino imitaba a Leonora Duse en el Teatro de la Princesa; triunfaba, sobre todo en el teatro clásico, María Guerrero; teatralizaba Benavente; pintaba Sorolla con grandes pinceladas velazqueanas; repujaba Darío sus «Cantos de Vida y de Esperanza»



y Alfonso XIII, enamorado, estrenaba sus primeros automóviles.

Un día llegó uno de los González Blanco a participarme que Rubén Darío acababa de llegar de la playa donde había ido a refrescarse, mirando el Cantábrico. Corrimos a verlo y lo hallamos instalado en un colmado de la calle de las Hileras, en compañía de una botella de cognac y de uno de sus admiradores menores, llamado Fabra, si no recuerdo mal.

Otro día llegó Francisco Acebal, novelista, dramaturgo y editor de los Clásicos. Iba a invitarme a la velada fúnebre en honor de Navarro Ledesma, autor de un libro delicioso sobre la gloria y el hambre; la pasión y la muerte del pobre Cervantes, el cual, dicho sea de paso, suplicó, besando la mano o el pie al Consejo de Indias, que se le concediera la contaduría del Nuevo Reino de Granada; la de las galeras de Cartagena de Indias; la gobernación de Soconusco en Guatemala o el corregimiento de la ciudad de La Paz. —«Busque por acá en qué se le haga merced y vaya usted con Dios»— ladró la contestación de Núñez Morquecho.

Cambiamos la velada del Salón de actualidades por la celebrada en loor de Navarro Ledesma, al cual acababan de dar tierra en el pudridero de la Almudena, y nos sentamos con Acebal, enfocando de frente el escenario del Ateneo. Se levantó sigilosamente el telón y en vez de los grandes ojos de la gitanilla, aparecieron los grandes bigotes a la cera perdida de don Segismundo Moret, ex presidente del Consejo. Esa noche estaba

de turno en el Ateneo y tenía a su diestra otros grandes mostachos, los de Chocano. Habló don Segismundo, en forma indigna, del Segismundo de «La Vida es Sueño», y no sé con qué motivo trajo a cuentas las ya desplumadas golondrinas de Bécquer... Se sentó, por fortuna, el señor Moret y Prendergast, cogiéndose con ambas manos sus bigotes de conde-duque de Olivares, y avanzó Chocano hasta las candilejas, en medio de un silencio y unos murmullos escalofriantes... El público creía que iba a colocársele un trompeteo chimboracesco y se «escamaba» con tiempo. El poeta principió a hablar con la voz cantarina de los sudamericanos, y por mi parte no habría deseado estar en su epidermis; pero el silencio empezó a cambiarse en atención cada vez mayor, y muchos asistentes se acercaron al proscenio, agrandando las orejas con las manos, para no perder una sola sílaba de aquella sinfonía estupenda, que no era algo quintanillesco ni mucho menos, sino la «Alma América» vista a través de la España de los Austrias, la Conquista y la Colonia.

Chocano esparcía, a manos llenas, el oro de Indias; rescató a Atahualpa, porque aportaba algo inédito y extra peninsular, y el silencio hostil de esa velada se hizo primero atención anhelante y luego ovación mayor: Chocano había tomado magistralmente la «alternativa» y quedaba consagrado primer espada. Intensamente pálido, embutido en su levita negra y flanqueado por sus bigotes de mosquetero, agradecía, llevándose la mano al corazón emocionado, como el caballero del Greco.

Eché a un lado las pequeñeces de la beligerancia en que entonces vivíamos peruanos y chilenos y en Chocano aplaudí a «las Américas».

#### ATAVISMOS LEJANOS. ASUNCION DEL POETA

De España, donde acababa de acuñar los primeros cóndores de su oro de Indias, Chocano retornó trayendo un concepto integral de la Península y lo español.

Dió comienzo a su segunda y arriesgada campaña de América y se mezcló con los caudillos típicos—telúricos, diría Keyserling—, que quieren remodelar al indio, cayendo pistola en mano sobre las supervivencias, todavía patentes, de «encomiendas» y repartimientos y el hombre hosco y sin sonrisas que no jugó de niño, «se retorció entre hierros y erró por las prisiones»... Repuntaban los atavismos lejanos y reaparecía en él el tipo combativo y cesarista que en los años de la fundación habría estado—como si lo viera—, con Gonzalo Pizarro contra Carlos V y contra La Gasca, y en una de esas, faltó muy poco para que, a pesar de los kilates de su oro nativo, lo pusiera con la espada contra el muro uno de esos caudillejos que andan llenos de bordados y sentados en unos cuantos yataganes. El Nuevo Mundo en cuerpo se conmovió hondamente y el mismo Alfonso XIII, a cuya novia magnífica había ofrendado un soneto digno de Garcilaso de la Vega, intervino gentilmente para salvar la vida de su colega, el rey del verso indoespañol.

De regreso de la aventura, Chocano vuelve a entrar arrogantemente en «la vetusta casa colonial».

Gobernaba a la sazón el recio autoritarismo del último Virrey—Leguía—, y el gran dictador coronó al gran poeta en medio de una fiesta apologética:

La ciudad de los Reyes—dijo—, me ha mandado poner en vuestra frente un símbolo de apoteosis.

El laurel de oro virreinal abrazó la frente en que empezaba a caer la nevasca de los años y Chocano, trofeo de heridas y retablo de dolores, se irguió galvanizado por un escalofrío demoníaco y aceptó los atributos reales con gesto huguesco:

«El Perú debe ufanarse de la corona de laureles que ciñe a su poeta, tanto como se engríe de la de espinas que ajustara las sienas de su santa, pudiendo reposar sobre la seguridad de que la de espinas y la de laureles, la de Cristo y la de Apolo, son las únicas que no han caído ni caerán jamás».

He ahí el grito victorioso e inaudito prevaleciendo, durante un breve interregno de bienandanza, sobre tantos y tantos años de dolores sin cuento.

Pero la diatriba no perdonó ese triunfo reparador: atisbaba, se mordía la lengua y se retorció las manos mojadas por el sudor frío de la ira..... La sangre saltó de golpe a la aorta congestionada; cayó muerto el agresor; el drama cruzó otra vez el camino desolado del poeta, y, entre el fulgor de los laureles, apareció de nuevo el estigma de las espinas.

Comprobada la legítima defensa, el vate errante se alejó de la ciudad, tan vieja y noble como hermosa y apasionada.

### EN BUSCA DEL ORO EN TINAJAS

Sabía que estaba aquí y quería verlo; pero como Santiago del Nuevo Extremo se ha puesto a crecer para todos lados, desparramándose, no había dado con Chocano. Al fin lo divisé sin que me viera. No lo veía desde la velada aquella. . . Treinta años durante los cuales han desaparecido los bigotes que la noche ovacional se estremecían al paso solemne de la elegía del órgano . . . . . Constaté que el tranco ha perdido la allure mosqueteril; pero la cabeza retadora sigue erguida como para recibir una cuchillada o una nueva corona acuñada con oro de Indias. Cruzaba bajo los aleros gotosos de la Posada del Corregidor y parecía venir directamente de las primeras «Leyendas y Tradiciones» de Ricardo Palma. Tocaban en sus torres color sayal las campanas dominicas y el sol de anochecida doraba los últimos mojinetes de la barriada todavía indemne del cemento, las construcciones cubistas y los auto-parlantes.

El poeta se detuvo un instante y echó un mirotazo circular, mientras yo comprobaba la veracidad del símil con el albatros baudeleriano que acababa de hacerse en un hermoso entrefilet periodístico:

«Exilé sur le sol au milieu des huées,  
Ses ailes de géant l'empêchent de mar-  
[cher]».

Si y no; pero tal vez estaría más en carácter arribando a la «Posada de la sangre de Cristo», en que Cervantes fué a buscar a Galatea... Arribando cansadamente con calzón corto; capa con la cruz de Compostela; greguescos, chambergo con pluma flamenca y espada de cazoleta, templada en el Tajo, de las que sellan con el pomo y marcan o matan con la punta.

Hizo calderón en la plazoleta; avanzó hacia el río y, seguro de que nadie lo observaba, empezó a dar pasos de nigromante... Los contaba, luego golpeaba el suelo y, en seguida, escuchaba esperando que le respondiera el áureo endecasílabo de las tinajas llenas hasta la boca de onzas narigonas. Buscaba un entierro; empezó en grande la faena; se removieron subterra todas las leyendas del Santiago antiguo; en la plazoleta en claro-oscuro volaban a estrellones los trasgos, los duendes y las lechuzas, herencia de la Metrópoli y la Colonia; echaron chispas las picas y los chuzos en la excavación nocturna y los hampones y los vagos de la picaresca santiaguina, abrieron la tarasca, encendiendo en sus tarros la vela de ánimas en pena...

La faena duró muchos días, sin que nunca aparecieran las tinajas de la soñación, muy limeña y muy sevillana. Nunca... Chocano cruzó de nuevo la plazoleta a que hay que llevar de visita a la Quintrala y al

Señor de Mayo; no encontró ni encontrará el oro soterado en la tradición desde que, para huir de Osorio y San Bruno, se enterraban en una tinaja talagantina las onzas, la plata de cruz, los rosarios y las arracadas de perlas... Su entierro está más a la vista y es más rico: lo lleva él mismo y, cegado el hoyo junto al río en que escarbaba, el poeta se encerró a macha martillo y empezó a batir oro puro, es decir, del que en tiempos de Indias se acarreaba hasta la Casa de Contratación. Dios le dé tiempo para acuñarlo todo,—no sería más el que el pobre Atahualpa dió a Pizarro—, entregando a nuestros países un tesoro inestimable, porque se trata de valores estéticos sobre los cuales no hay modelos que copiar o trasponer.

Santiago, Setiembre de 1934.

Ricardo Dávila Silva

## “Portales”

(POR DON FRANCISCO A. ENCINA)

Ensayo escrito a indicación de la señora CAROLINA GUZMAN DE VERGARA, y en homenaje a su amplia cultura y refinado talento.

Vive la historia en continuo proceso de transformación. Nuevos documentos, noticias, anécdotas antes ignoradas, una más sistemática ordenación de todo ello, otros más avanzados puntos de vista, la natural experiencia que traen los años y que permite juzgar con mayor exactitud los fenómenos políticos y sociales, una más ahondada psicología de los personajes históricos que permite discernir los últimos motivos de las acciones humanas, la comparación con el desenvolvimiento de otros países: todo esto viene a influir poderosamente en la inteligencia y apreciación de la historia. Esta resulta ser una como tela de Penélope, deshecha cada noche para reanudarla a la siguiente mañana. Merced a esta constante renovación, el material histórico sufre una a manera de decantación y refinamiento que aspira como desiderátum supremo a presentar el desarrollo integral de la especie humana mirada en la totalidad de sus elementos constitutivos. Entre esos factores de la perpetua refacción histórica, de intento he dejado para considerarlo en especial, el que más íntimamente influencia y orienta y esclarece la historia: la concepción filosó-



fica y social que ella merece a los diversos observadores, les forma un criterio y les sugiere un juicio. No es la misma la historia vista por un optimista o un pesimista, por un filósofo, por un estadista, o por un sociólogo, por un conservador tradicionalista o por un radical avanzado, ni la historia escrita por cualquier partidario de estas doctrinas será la de quienes se limitan a narrar escuetamente los hechos externos sin inquirir sus causas remotas y recónditas.

En esta nación chilena, a la que no sin motivo han llamado pueblo de historiadores, tales fluctuaciones de criterio y de tratamiento se han observado como por doquiera. Hemos tenido historiadores de variadas índoles e ideologías, de los más diversos credos políticos, religiosos y filosóficos; cada uno de ellos ha contemplado desde distinto ángulo el fenómeno histórico, poniendo en su obra egregias cualidades de investigador, el máximo esfuerzo de imparcialidad y un método y sabia distribución de las materias que hacen de ella un valioso monumento histórico y literario.

Entre esas múltiples variedades de la historia faltaba—parece—una historia de Chile escrita amplia y plenamente con el criterio del sociólogo, del positivista que busca la razón de ser de ella en la consideración de los fenómenos sociales y en la repercusión de éstos en la psicología individual, una historia reflejo de la actividad mental, de las concepciones económicas y positivistas que hoy dominan el campo de las ciencias. Por debajo de los hechos públicos, exteriores, cuyos enlace y explicación no siempre se ven ostensibles, sentíase la necesidad de un relato que descubriese las fuerzas ocultas, los motivos secretos, las soberanas leyes que rigen aquellos fenómenos y que por su propia amplitud y universal penetración pasan inadvertidas del común de los observadores. En gran medida la historia se forja en el alma de algunos individuos privilegiados que, conociendo más o menos nítidamente esas leyes, saben aplicarlas y orientarlas hacia un determinado fin.

Sentíase, pues, la necesidad de una historia narrada con esta finalidad de análisis psicológico de los protagonistas y de explicación de su influencia social, historia en que acudieran a refundirse los anteriores relatos y a coronarse con una filosofía, una descripción sintética de nuestro desenvolvimiento histórico, a infundir, como si dijéramos, un alma en el cuerpo de nuestra existencia nacional.

La magna empresa, ardua, llena de escollos y dificultades, ha tentado a uno de nuestros más preclaros pensadores, espíritu de vasta cultura y alto patriotismo. Distinguido sociólogo, y financista a quien debe nuestra ciencia económica trabajos sólidos y de profunda erudición, de autoritativa experiencia, don Francisco A. Encina acaba de publicar, como prolegómenos a una historia de Chile, un extenso estudio acerca de don Diego Portales. La persona del inmortal Ministro aparece así en el medio de nuestra existencia nacional como simbolizándola entera en sus orígenes, culminación y decadencia. Cual geógrafo puesto a levantar el plano de un país y que se instala en la más alta cumbre cordillerana para desde ahí seguir el encadenamiento de las montañas, sus rumbos, elevaciones, y valles y gargantas que los separan, así el autor se sitúa en una de las cimas de nuestra historia para contemplar el pasado colonial de Chile, para descubrir los antecedentes y peripecias de la independencia que vienen a desenlazarse en la mano potente de Portales y analizar la obra genial y grandiosa del Ministro hasta que ella misma viene en 1891 a naufragar en la tempestad de la guerra civil. Es la evolución de esa historia, con las causas íntimas de psicología individual que la determinan, lo que el señor Encina ha querido describir, y a la vez coger el fruto de esa enseñanza, de esa experiencia incomparable. Lo ha hecho en el concepto de que Portales marca una enorme y transcendental desviación en el curso de ese proceso evolutivo, preconstituída, predeterminada por factores políticos, económicos, y, antes que éstos, por debajo de ellos, raciales. Entiende el señor Encina que sin cabal cono-

cimiento de Portales y su tentativa, unos sesenta años de historia patria—seguramente los más importantes y normativos—quedan inexplicables, faltos de base y de lógicos resultados. Para él, Portales, como un Jano bifronte, mira a la vez el pasado y el futuro a fin de preparar éste con la experiencia derivada de aquél. De ahí el esmero, la minuciosidad de este libro, que tanto tiene de prolija biografía como de vasto fresco histórico en cuyo centro se yergue, como inmoble estatua de granito, la figura imponente y misteriosa de Portales.

No es ésta una obra improvisada, escrita en súbito raptó de admiración y entusiasmo. El autor nos advierte que la tenía ya redactada en 1903. Así, pues, desde hace treinta y dos años la ha guardado en su taller, puliéndola, rectificándola, completándola; obra, por tanto, de una larga, sabia y concienzuda paciencia, concebida en todo el fecundo vigor de la juventud y publicada en la plena madurez de un vigoroso talento.

El libro es, en la realidad material, todo un monumento, dos gruesos volúmenes con 18 capítulos y cerca de 900 páginas. En su sintética obra el autor se ha trazado un plan sencillo, neto y metódico, gracias al cual puede abarcarse fácilmente el tema entero. Es indispensable exponerlo para apreciar y valorizar sus méritos y justificar algunos reparos que nos atreveremos a proponer.

Empieza el señor Encina trazando en breves páginas un cuadro del desconcierto y anarquía que se produjeron en América al inaugurarse la independencia, el florecimiento de los caudillos y tiranuelos militares, la falta absoluta de autoridad y de respeto, el desenfreno cruel de la soldadesca, el debilitamiento de todo resorte de moralidad por defecto de represión y castigo de los delitos.

Las mismas causas motivaron en Chile esa disolvente anarquía, confusión en las ideas de los jefes, criminales codicia y subversión en el pueblo y en las tropas. Con mucho pormenor indica y juzga el autor esas ideas, describe los varios ensayos de regíme-

nes imitados, sin criterio, de otros países, hasta que la revolución de 1829, con sus episodios de Lircay y Ochagavía, llevan al colmo la disgregación política y social. Parece perdida aún la noción misma de patria, el territorio está dividido y disputado como los jirones de la legendaria túnica, hundido el país financiera y socialmente, sin que se divise la autoridad ni de donde pueda surgir, cuando aparece en la escena don Diego Portales, y el panorama cambia como por obra de magia. Se vienen a la mente el bello verso virgiliano:

«Quos ego!.. sed motos præstat componere fluctus»;

el nuevo dios que llega se impone a la tempestad y la domina, calma las encrespadas ondas y con omnipotente *fiat*, al caos hace suceder el orden, robustecerse la autoridad y la confianza. Dos extensos y penetrantes capítulos, (4 y 5)—de seguro los más nuevos y originales del libro—consagra el autor a delinear la personalidad psicológica de Portales, su temperamento, carácter, costumbres y vida privada, y a describir en seguida la mentalidad y naturaleza de su inteligencia y facultades intelectivas, la formación y campo de sus ideologías, y por fin lo que llamaré su embriología política y social. En este capítulo dominante de la obra instituye el señor Encina comparaciones con otros maestros de la política y se empeña en descubrir cualidades étnicas y atávicas en el numen de Portales, cuyas deficiencias de estadista señala de paso. Descrito así, con esmero y proligidad incansables, el personaje que a esta hora toma en sus manos la suerte de la república, sigue el autor historiando en detalle los dos ministerios que encabezara su biografiado, las luchas intestinas y los preparativos de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Esta última nos vale un retrato muy amplio y completo del Protector Santa Cruz, a quien pone en muy imparcial paralelo con Portales. Esa campaña despierta los adormecidos fermentos de revueltas; se traman varias conspiraciones que el

gran Ministro sofoca y vence; sólo que, valeroso y confiado, no logra eludir la traición de Vidaurre, el motín de Quillota y su cruenta muerte en el Barón. El señor Encina, con la fuerza y la inflexible lógica de un juez del crimen, muestra cómo, por fatal tendencia de los ánimos, por las ambiciones que germinaban a espaldas del Ministro, llegó a concretarse la idea de asesinarlo, a convertirse aquel crimen en una necesidad política de los complotados; analiza a fondo el alevé homicidio, proyectando sobre él deslumbradora luz de testimonios, noticias e inferencias que fuerzan a aceptar todas sus conclusiones. Con lucidez y sobriedad dramática narra en impresionantes páginas la muerte del gran patriota y el castigo impuesto a sus victimarios. Los capítulos que siguen, cardinales también porque encierran el juicio del autor acerca de la obra portaliana, señalan con profundidad de concepto las bases sociales de ella, examinan esa propia creación política y estudian las circunstancias de toda índole que convirtieron en fecunda realidad las lucubraciones de Portales. El autor lo sigue en estas múltiples, abrumadoras tareas, comenta sus actos y propósitos, los explica y defiende. Y como el juicio acerca de un grande hombre lo empiezan en vida de él sus contemporáneos, el señor Encina complementa el suyo dedicando los dos últimos capítulos de su historia a recoger y glosar la tradición de respeto y prestigio que desde los primeros tiempos aureoló a Portales, forjador de un alma nacional con concepto de patria. Constituye esta noción la piedra angular de la República entre 1830 y 1891; y cuando ella es socavada y arrastrada lejos por el turbión de la corrompida política y las bastardas codicias, el país decae, se llega al abismo de la incoherencia y el desgobierno, se hace imposible una autoridad fuerte, honrada, fecunda y progresista como la soñara Portales. Que es la tesis que el señor Encina se propone demostrar.

Tales son, en breves líneas, el plan y contenido de este poderoso libro en que se aúnan las cualidades del historiador, el estadista y el sociólogo, en que las enseñanzas de la política

y la económica se añaden a las perspicaces intuiciones del psicólogo, a los rígidos y severos raciocinios del dialéctico y a las dilucidaciones de hechos del historiógrafo, escrupulosas, autoritativas y de magistral imperio.

Descrito así este gran cuadro histórico, y con todo el respeto y simpatía que merece el talento del autor, llega ya la hora de juzgar su obra, exponiendo algunos de sus muchos méritos y a la vez señalando algunas de las que pueden estimarse como deficiencias de su trabajo. Al efecto estudiaremos por su orden: a) las fuentes utilizadas en la obra; b) la narración histórica misma, con los nuevos hechos y apreciaciones traídos a la historia; c) las teorías y doctrinas propuestas y defendidas por el historiador; y finalmente; d) el valor de arte que en su libro ha infundido el señor Encina.



a).—Uno de los elementos que mejor caracteriza y define el espíritu de una historia es la índole de las fuentes usadas por quien la escribe. El modo cómo se sirve de ellas, la crítica a que las sujeta, la importancia que les concede, ponen sello indeleble a su construcción histórica. Son las fuentes las bases en que descansa todo relato fidedigno; de su naturaleza y valer, de su veracidad e imparcialidad, de su correcta hermenéutica depende el crédito que otorgamos al historiador y a su narración. Huelga decir que el señor Encina, penetrado como hombre de ciencia y de doctrina de esta absoluta necesidad, ha ocurrido a las más seguras y completas fuentes de información. Documentos públicos de todo género, actas oficiales, notas de la más varia especie, comentarios y noticias de prensa, relatos de los precedentes historiógrafos, correspondencias, dichos y anécdotas de particulares, actuaciones judiciales, testimonios de toda clase de individuos: nuestro autor todo lo ha puesto a contribución y lo ha fundido en su obra después de someterlo a severa crítica. Pero en este caso, y por in-

signe fortuna, existía a la mano del historiador la más incomparable fuente de noticias que pudiera desearse, la propia correspondencia de Portales, maravillosa de vida y espontaneidad, el más vívido, auténtico e impagable retrato de su alma compleja, violenta, llena de contrastes, apasionada a veces hasta la grosería, en ningún momento canon de refinamiento y decencia, voluble hasta lo novelesco cuando no estaban de por medio los intereses de la política o los supremos destinos de la patria. Estos centenares de cartas portalianas facilitaban enormemente la tarea de su biógrafo, no sólo para entrar hasta el fondo en el alma del enigmático personaje sino para conocer en los mínimos detalles sus actuaciones, propósitos e ideales. No ha necesitado el señor Encina discutir la fe y sinceridad de esa enorme correspondencia: está a la vista, se la siente de una espontaneidad incoercible, a veces despiadada y feroz. De modo que cuando el historiador se atiene exclusivamente a ella, a su literal tenor, el retrato que nos traza de Portales, resulta fiel y con toda la energía de una vida febril. Otra cosa es cuando saliéndose de la palabra misma de Portales, se preocupa de interpretarla, porque entonces, como adelante veremos, ya no es tan seguro intérprete del pensamiento portaliano, entonces el espíritu de sistema, el prejuicio político o científico deforma las concepciones del gran Ministro. A este respecto existe un punto que hubiera convenido esclarecer y dejar en meridiana claridad: el de la clase y profundidad de la ilustración de Portales, como pueden inferirse de sus cartas. Había un juicio crítico literario y psicológico que emitir; cumplía manifestar que esa cultura fué muy rudimentaria, fragmentaria, adquirida ocasionalmente y sin método. Portales aprendió mucho, casi todo, en la vida, y muy poco en los libros. Había que afirmarlo categóricamente, porque esto caracteriza mejor que nada al prócer.

Varias veces en el curso de su relato invoca el historiador el testimonio de oídas de su señor padre, don Pacífico Encinas (1846-1900) y el de su abuelo don Francisco; al final del libro les

consagra extensísima nota para presentarlos al público y dar noticias de sus preocupaciones históricas y del mérito y veracidad de los datos que por su conducto ha recibido. El hecho de que nuestro autor apele incondicionalmente al testimonio de ellos da a esas noticias grandísimo valor probatorio. Mas, para los lectores del porvenir, quizás no hubiera sido superfluo suministrar algunos detalles más acerca de ambos caballeros. Sabemos, no más, que don Francisco fué amigo y partidario de Portales. Pero, ¿fué plenamente imparcial, tuvo las condiciones de hombría moral necesarias para proclamar la verdad? ¿fué capaz de discernirla nítidamente? ¿hasta qué punto anduvo interiorizado en las actividades de Portales, y tuvo con éste la intimidad suficiente para penetrar a fondo los designios del Ministro? ¿Qué puestos públicos servía? Estas son las preguntas, plausibles en cierta medida, que se harán los investigadores futuros y a las que hubiera convenido anticipar respuesta, tanto más cuanto que los tópicos sobre que informan ambos señores Encina son de los más delicados e íntimos.

Pero son detalles éstos que no alcanzan a obscurecer el hecho de haber ido el historiador a buscar las informaciones para su historia en las autoridades de más peso. Cuando entre ellas ha descubierto discordancias, ha seguido a la más grave y respetable. En el relato de los hechos su libro aparece, pues, plenamente documentado, sobre todo en los puntos en que, por disentir de los anteriores historiógrafos, ha tenido que reforzar sus asertos y juicios. Modelo de una crítica fundamental, de lo que llaman los ingleses una *cross-examination*, es la que preside a la narración de la muerte de Portales. El autor pronuncia su veredicto sólo después de haber sopesado prolijamente todos los testimonios. Otro tanto ocurre con la documentación y crítica de los preparativos de la guerra contra Perú y Bolivia en 1837. Es un gran proceso en que nuestro historiador analiza y estudia esmerada, totalmente, las causas del conflicto y todas las piezas



y declaraciones de los testigos, proyectando ahí la luz de la evidencia.

A los numerosos elementos de información que dejo señalados, y como el más valioso e indispensable complemento que pudiera dárseles, el señor Encina agrega una cualidad que realza el mérito de este libro y forma su más saliente originalidad. Aludo a su don de observación psicológica, a su honda y lúcida visión de los personajes. Consumado maestro del análisis, sus retratos aparecen trazados con intensidad y fuerza, con multiplicidad de detalles y tan cabal comprensión del conjunto, que las figuras de sus protagonistas cobran enérgica vida; los vemos como al través del ultramicroscopio. Cuando el dicho del individuo, o su palabra escrita o los demás antecedentes materiales no le permiten dar al retrato la suprema pincelada, la poderosa intuición del historiador llega a suplirla con lógica y finura de psicólogo, con irresistible caudal de raciocinios. Uno tras otro esos pormenores que agrupa y organiza el autor, construyen la figura y le dan coherencia, parecido, verdad. Despréndese el personaje del marco, llega hasta nosotros, le vemos actuar. Y no sólo contemplamos sus actos y gestos sino que entramos en las razones que lo impelen y comprendemos la necesidad interna de sus resoluciones. Es una serie de motivos, rígida, estrechamente eslabonada, como los de un fallo, que, todos, concurren a diseñar la imagen plena, parlante, inequívoca del individuo en cuestión. Entra el señor Encina en el espíritu de éste, lo descompone y desmonta; inquiere sus motivos de obrar, sus propósitos, sentimientos y pasiones; estudia, gradúa y dosifica todos esos elementos, calcula su energía y eficacia, los exhibe adecuados, consecuentes y, por tanto, vívidos y reales. Cual minero que penetra a la caverna munido de potente linterna que la alumbra en sus más remotos rincones, ¡hay que ver con cuánta seguridad se adentra él en el alma de un Portales, un Prieto y un Santa Cruz, cómo escruta los designios vacilantes de un Vidaurre y descende hasta el antro anímico de un Florín! Y como resultado de tales explora-

ciones en que la mentalidad íntima de los personajes va apareciendo a la lumbre meridiana de la historia, formula el señor Encina, con magistral gravedad, su veredicto. Grandes y pequeños individuos de su historia, son sometidos al mismo proceso de química histórica, total y paciente, al conjuro de todos los antecedentes, razonables hipótesis y firmes raciocinios que le sugiere su vasta y segura erudición. Un epíteto, una breve frase le sobran para definir y caracterizar a un individuo por su rasgo más saliente. Así, (pág. 357, tomo II), nos muestra juzgados en cuatro palabras expresivas a los varios Presidentes de Chile, a Bulnes, «representante del buen sentido racial realzado por la elevación de alma y la sagacidad intuitiva», a Montt, «voluntad firme, fría y activa sostenida por un raro valor moral», a Pérez, «cuerdo, indolente y socarrón», a Errázuriz Zañartu, «vizcaíno, con todos los arrestos de la aristocracia criolla», a Santa María, «encarnación del conservador descreído, del aristócrata inquieto, autoritario y absorbente», etc., etc.

He dicho que el señor Encina muestra a sus personajes muy lógicos y coherentes, y que éste es para él signo inconfundible de realismo y verdad. No cabe dudar de que en general es así. Pero hay que cuidar de que tal exceso de lógica, esa impecable congruencia pueda encubrir un lazo. Porque no siempre son lógicos y consecuentes los caracteres y acciones humanos, ni es siempre la coherencia interna el distintivo de la verdad; se dan casos en que esa unidad mental es sólo artificial, creación del analista. ¡Cuántos sentimientos, afectos y pasiones, cuántas circunstancias de la vida externa, cuántos imprevistos sucesos llegan a veces a trastornar de raíz los caracteres y a despolarizarlos moralmente! Temo yo que el autor confíe demasiado en la infalibilidad geométrica de la inducción lógica aplicada a la psicología humana y olvide que en muchos espíritus lo accidental e imprevisto suele ser lo normal.

b).—Tenemos ya a nuestro autor en posesión de sus instrumentos de trabajo y de su talento de analista. Premunido de ellos, entra al relato de la historia chilena entre 1830 y 1837, haciéndola preceder, como dije, de un cuadro panorámico de la anarquía militar y el desconcierto político a partir de la independencia y hasta la aparición de Portales.

Como es de suponer tratándose de hechos relativamente próximos y de tanta notoriedad, de hechos que han solicitado la pluma de muchos historiadores y acerca de los cuales existe ingente caudal de noticias y detalles, no cabía esperar en este aspecto del trabajo del señor Encina muchas novedades, hechos desconocidos o revelaciones imprevistas. Por eso todo el esfuerzo de nuestro autor ha tendido a esclarecer y explicar más a fondo, más en sus causas íntimas y remotas los acontecimientos que describe. Aquí, sobre todo, ha hecho obra original: por el hondo estudio psicológico de los personajes, en particular de Portales, ha podido llegar a la génesis de esos hechos, darles su razón de ser, indicar y medir su evolución y resultados. Por ejemplo, un conocimiento casi adivinatorio de las mentalidades de Portales y del Protector Santa Cruz le permite mostrar en su raíz primera y fundamental el conflicto de Chile con Perú y Bolivia. Es un duelo de dos poderosas voluntades; en el espíritu de ambos contendores se juega la partida antes de resolverse en el campo de batalla la guerra cuyo premio será un imperio sudamericano. Toda esa campaña diplomática la observa, la contempla en germen en el alma de los dos estadistas, encadena razones, rastrea propósitos o intereses, pinta las circunstancias ambientes y las fuerzas en juego. Todo ello, en manos del historiador, se desenvuelve como un enorme silogismo en marcha, sin que falte un anillo en la cadena, con cierta fatalidad que le imprimen la ambición grandiosa de Santa Cruz y el genio lú-

cido, patriótico y avasallador de Portales. Esta misma voluntad, férrea, concedora de sus vías y atenta al punto de término, para la cual ningún obstáculo es insalvable, la señala el señor Encina en todos los demás momentos de la vida portaliana, en sus dos ministerios, en su Intendencia de Valparaíso. La inquebrantable unidad moral del personaje da homogeneidad y consistencia a su acción pública; las cualidades que un agudo examen le descubre en el alma del Ministro, las ve en pleno ejercicio, en todos los actos de su vida civil y oficial.

Con justicia insiste el señor Encina en aquéllas de las actividades portalianas que realmente han grabado su marca en nuestra vida republicana. Comenta, por ejemplo, la primera y más fundamental, la creación en la conciencia popular del sentimiento de patria. Cuando aun era la América del Sur todo un caos de gobiernos de hecho, sin fronteras ni títulos fijos, cuando la idea de patria flotaba nebulosa y vaga sobre todo este continente, cuando los pobladores de cada región ignoraban todavía la tierra nacional que debían defender, a cual jefe obedecer y aun la ciudad en que residía la autoridad soberana a quien acatar. Portales fija los deslindes de la comarca chilena, la concentra dentro de una línea inmutable y precisa, renunciando a lo inseguro y parásito a trueque de establecer fronteras al abrigo de todo ataque; estrecha, pero condensa y refuerza los linderos nacionales. Dentro de esos circunscritos límites instala, sobre un pueblo relativamente homogéneo, una autoridad autónoma, única, obedecida por secular tradición en todos los confines del territorio. En esa entidad formada por la tierra y la raza, infunde un alma, un sentimiento de solidaridad humana y de amor al suelo. Y desde aquel día saben los chilenos que hay una Patria a la cual amar, servir y defender, saben que los motines y asonadas son crímenes de lesa-patria, que Portales castigará con rigor inexorable. A la impunidad, a la responsabilidad nominal de antaño, al espíritu de aventura sucederá rápida, precisa e inape-

lable la sanción. Todo el mundo entra en vereda, y antes que nadie el ejército.

En efecto, el ejército que hasta esa época fuera elemento de revuelta y desorden, de corrupción y atraso, germen vitando de toda inmoralidad, pedía una urgente y radical reforma desde que su indisciplina y su apoyo a los caudillos engendrados por las circunstancias obstaban al nacimiento de una tranquila y progresista república. Ahí, si en parte alguna, fué próspera, atinada y eficaz la intervención del Ministro; sus rápidas y enérgicas medidas, su irresistible ascendiente personal rayano en fascinación, llevan el respeto y la disciplina a las revolucionadas y turbulentas tropas, se restablece la obediencia y queda consagrada con firmeza de acero la regla constitucional de que «la fuerza armada es esencialmente obediente y le está prohibido deliberar». Pero el genial estadista hubo de pagar con su sangre esa victoria sobre el militarismo. En páginas excelentes muestra el señor Encina como el holocausto de Portales, igual que la sangre de otro mártir memorable, fué prenda de salud y redención. La monstruosidad y alevosía del crimen trajo, por universal e incontenible reacción de las conciencias en todo el país, la sumisión y disciplina, el patriótico sentido de la fuerza que inspirara a Portales.

No eran menores la corrupción y desgobierno en las demás ramas de la administración pública y en la magistratura. El señor Encina suministra al respecto muy ilustrativos y elocuentes datos. También ahí llevó Portales su cauterio, aplicándolo con un vigor, rigidez y falta de misericordia inalterables. Había que decretar e imponer la moralidad y honradez por la fuerza si no por el convencimiento; y la energía del Ministro estuvo a la altura de las circunstancias. Presente, por doquiera, visitando las oficinas, conferenciando con los empleados, comprobaba todo yerro o atropello, corregía todo abuso, y sin tardanza aplicaba la rígida sanción. Con medidas despiadadas, con absoluto sacrificio de sus más caros afectos, creó Portales la morali-

dad administrativa, convirtió la competencia profesional en el obligado requisito para el ascenso de los funcionarios, organizó en suma, una tradición de buen servicio público, la misma que por más de medio siglo formó ley en el país; entonces «la costumbre constituyó derecho», como reza el Código Civil.

Pero hay más: aun los delicados y complejos problemas económicos, las arduas cuestiones mercantiles e industriales, de tanta repercusión y transcendencia, requerían asimismo la infatigable actividad de Portales. De ello encontramos ilustrativos comentarios en estas páginas, (tomo II, p. 282). Se ve ahí cómo sin mayor cultura, sin conocimiento especial y ahondado de aquellos asuntos, y sus normas, el Ministro, guiado por una segura y feliz conciencia de las verdaderas necesidades e intereses del país, discurrió acertadas y eficientes medidas, sin basarse en principios especulativos sino en un empirismo que le inspiraban su amor patrio o sus consejeros.

En lo que a los hechos materiales se refiere esta obra viene, pues, a robustecer y confirmar la historia de aquel período, y a confirmarla en parte con razones de índole íntima, derivadas de los caracteres de los personajes que la forman. Con evidenciar el autor el juego de las desenfrenadas codicias, pequeñas o grandes pasiones, nobles o menguados intereses que actuaban en aquella época y su repercusión en el alma de Portales, nos da la clave, la suprema explicación de aquel período histórico en que el genio del gran ciudadano debía hacer planear su patriótica y previsorá voluntad sobre la de los individuos con quienes tuvo que entender.

Huelga manifestar que el punto de vista elegido por el autor a impulso de sus ideas políticas y sociales lo coloca en franco antagonismo con los precedentes historiadores de la misma época. Encina acentúa esa radical antinomia de concepciones y no trepida en calificar dura y despectivamente a dichos historiadores, Barros Arana, Amunátegui, Lastarria, Sotomayor, Vicuña

M., etc, etc., etc. (1). Todos ellos, a su juicio, han desconocido fundamentalmente el carácter de la época, la personalidad de Portales, la transcendencia de su ideología y designios; sugestionados por prejuicios políticos o librescos, por obsesiones de casta, no comprendieron el alcance de la reforma portaliana y su inconmensurable importancia para el progreso de Chile. Pero como esto dice ya relación con el sistema y teorías propias de nuestro autor, que forman el tercer punto de examen señalado a este ensayo, pasemos a exponerlas y discutir las.



c).—Imagino que todo el mundo estará más o menos conforme en apreciar la obra de Portales en los términos en que el señor Encina la describe en su historia y he procurado yo esbozarla en el precedente capítulo. La grandeza del preclaro estadista la reconocen aun sus adversarios. Los pocos hechos, o dudosos o controvertibles, de su genial personalidad se han esclarecido considerablemente merced a la perspicacia de nuestro autor. No caben ya muchas discrepancias al apreciar los grandes beneficios que la actividad de Portales trajo a la organización y solidez de la República.

Pero si en este campo existe una cierta uniformidad de juicios entre los historiadores, se ve que, al contrario, ellos están en completo desacuerdo con la interpretación que aquí reciben esos hechos, con el sistema que a la historia aplica el señor Encina, y las diversas doctrinas científicas, históricas y sociales sobre que intenta edificar su narración. Para fundar la tesis política en que basa la biografía portaliana insituye todo un nuevo procedi-

---

(1) El tomo II, pág. 188 trae estas líneas: «Los intelectuales chilenos que en la intoxicación doctrinaria, conservaron un resto de sentido común», etc., etc. En el mismo tomo (p. 249) se lee: «El cieno con que salpicaron (al monumento de Portales), la mentecatez y su gemela la ideología».

miento crítico dirigido—así lo anticipa el propio autor—contra el común sentir de los especialistas en la materia. Naturalmente aquí encontramos la parte más novedosa y personal de la obra en estudio; es también, por desgracia, la que en mi concepto provoca más reparos. Voy a formularlos con todo el respeto que se merece el distinguido autor.

Las discrepancias con los demás historiadores se producen desde el punto de partida. Tiene el señor Encina de la historia una idea que es la negación misma de la historia, y hasta implicaría la imposibilidad de su existencia y de su sistemática constitución. El mismo se encarga de exponerla en su libro; y como sus palabras son precisas y expresivas, ningún comentario valdrá lo que la transcripción literal de ellas. Según él, (pág. 8) los historiadores sólo presentan «una caricatura del pasado. Y como si esto no bastara para falsear la corriente de existencia que animó el pasado, la mayor parte (de los historiadores)... han intentado encerrar en fórmulas forjadas por el intelecto o someter a leyes esa corriente». Poco después, (pág. 10) agrega: que, sin embargo, se puede avanzar más que los historiadores, «siempre que se procure contemplar la historia como una corriente de existencia, renunciando a encerrarla en fórmulas y en leyes que carecen de toda realidad». Así, para el señor Encina «desaparecería de la historia la pesada majadería de juzgar el pasado desde el punto de vista pequeño y transitorio del presente». Siempre adverso a la inteligencia como organizadora de la historia, escribe el señor Encina, (pág. 12): «en su incesante transformación, el pensamiento occidental pasará por una fase en que conciba la historia como la contemplación de una corriente de existencia que no es susceptible de ser vaciada en moldes fabricados por el intelecto». (¡No se pierda de vista que esa corriente es formada por hombres, por la serie de las generaciones humanas!). Y tratando ya en particular de esta historia que analizamos, e indicando el criterio con que debemos leerla, agrega (pág. 15): «su inteligencia exige una clara distinción entre la corriente cósmica



que realiza la historia y las abstracciones o conceptos intelectuales con que se la representa el espíritu libresco; entre el estado, el gobierno y la política como realidad, y las construcciones sociológicas basadas en los conceptos de derecho, de justicia, de libertad, de democracia y de igualdad». La obra remata con este categórico aserto (II p. 354): «La historia es una simple corriente de existencia, una de las múltiples manifestaciones de la vida, imposible de ser encerrada en leyes ni encuadrada en sistemas filosóficos, sociológicos o políticos».

Los textos transcritos, y varios otros que pudieran acotarse ponen la teoría del señor Encina en perfecto relieve. Según él, existe un fenómeno que se realiza en el tiempo y de que es sujeto el hombre, proceso biológico a que en su desarrollo está cósmicamente sujeta la humanidad, proceso de índole natural que escapa a los análisis y comprobaciones de la inteligencia, sobre el que no tiene asidero la razón, que escapa a su jurisdicción, de modo que ella no puede usar respecto de él sus habituales procedimientos cognitivos, exámenes, inferencias, inducciones, síntesis, formulación de leyes, anticipaciones e hipótesis.

Entiendo que el error básico de semejante doctrina está a la vista. Si toda ciencia es elaboración de la razón, sistematización lógica de un determinado orden de fenómenos, aquí se nos presenta una serie de hechos puestos al margen de un conocimiento racional, científico. ¿Y cuáles hechos? pues precisamente los más inmediatos a nosotros, los que nos son más personales e íntimos, los que forman la trama de la vida de hombres y pueblos. Podemos fijar normas infalibles al curso de astros que ruedan a fantásticos millones de leguas de nosotros y predecir sus retornos y eclipses; podemos seguir punto por punto la evolución de la materia zoológica desde la amiba al más encumbrado de los simios antropoides; pero no lograremos conocer con verdad y plenitud científica lo que han hecho nuestros antepasados, lo que están realizando a nuestra presencia. Y digo *conocer* entendiéndolo en su sentido amplio, científico, es decir, posesio-

nándonos de las causas últimas de los hechos humanos y de su lógico nexa. No: esto que sería la historia de la humanidad, la razón no lo alcanza; en llegando al *genus homo*, fallan los criterios, abdica la inteligencia racionante y observadora; la mente no puede forzar esa hermética puerta. Se pregunta uno el por qué de tal imposibilidad: ¿son nuestros hechos materiales imperceptibles en sí mismos, no hay manera de adquirir de ellos noticias más o menos cabales? ¿son de tal modo complejos e implicados que una poderosa inteligencia no pueda desenredarlos, clasificarlos, ordenarlos por series, en jerarquías de materias e importancias? Se trata, no lo olvidemos, de actos humanos, de actividades que el hombre, solo o en agrupaciones, realiza o ha realizado a la vista de sus congéneres. Y vuelve la pregunta: ¿cuál es la acción, por compleja, extraordinaria o sublime que la supongamos, que no alcance a comprenderla total, plenamente y en toda su trascendencia, bajo todos sus imaginables aspectos, otro intelecto humano? El señor Encina no podrá citar ninguno; siempre existirá un genio de razón, alguna inteligencia soberana que, apoderándose de tal hecho, lo someta al juicio de la inteligencia y lo encasille en el archivo infinito de las ideas y experiencias de la humanidad. No hay consideración de ninguna índole, o propia de los hechos o inherente a nuestro organismo intelectual, que obste a una clara y adecuada comprensión del fenómeno histórico. Si alguna duda cupiera al respecto, el mismo señor Encina se encarga de disiparla, él que, por pura razón dialéctica, nos ha descifrado o se ha aplicado a descifrar en lo posible, desentrañándola de entre sus más recónditas células, el alma de Portales, compleja, misteriosa, extraordinaria, *cósmica*, para servirme de la palabra del autor.

El señor Encina que niega la existencia de leyes de la historia y la posibilidad de conocerlas, por extraña y providencial inconsecuencia, ha escrito precisamente para establecer, por lo menos, una de esas leyes, la del racismo y señalar su papel en el desarrollo de la historia. Y no solamente la ha convertido en

eje de su relato, sino que la aplica con el esmero y acuciosidad de un químico en su laboratorio; él separa, analiza, gradúa y dosifica esas influencias, las mide por avas partes y nos habla de las sangres humanas como el otro lo haría de los ácidos y sales. ¿Queda palmaria la deslumbrante contradicción?

Por otra parte, si no ha de ser la historia objeto y materia de la razón, ¿para qué se la escribiría? Si no ha de entrañar una racional experiencia, ¿para qué se la enseñaría? Pero son preguntas éstas de antemano contestadas por voz de la humanidad entera. Pues, ¿qué otra cosa importan las legislaciones y sistemas educativos, qué otra cosa indica la existencia de ciencias sociales, filosóficas, políticas sino la concreción de aquellas experiencias, la racionalización y reducción a normas universales de dichas experiencias? ¿No son ellas la constatación del elemento común a todos los fenómenos producidos por la actividad humana y ordenados en sistemáticas categorías? Sin un conocimiento racional, metódico de la historia, ¿existirían sociología, derecho, psicología, ética y política, todas las cuales derivan su existencia de las múltiples actividades humanas y captan las varias ondas del «torrente de existencia»?

La refutación de tesis tan paradójal acaba de repetirla, después de veinte otros, un sabio insigne, en verbo mucho más prestigioso y autorizado que mi palabra. En conferencia dada el 17 de Julio de este año (1), el Profesor Alejandro Lipschütz, se expresaba en estos términos de grave importancia científica: «Algunos afirman que la historia humana es a este respecto fundamentalmente diversa de las ciencias naturales. Según ese criterio, éstas últimas van en busca de leyes, y la historia sólo quiere y debe describir los hechos. Las primeras son nomotéticas y la segunda ideográfica. Hay aquí un malentendido porque la historia no sólo describe los hechos sino que además enseña los fe-

---

(1) Publicada en «El Mercurio» del día 20 de Julio. La conferencia se dictó en la Universidad de Chile el 19 del mismo mes.

nómenos sociológicos y tiene como fin establecer las leyes que rigen la vida social, lo que le permite preconstruir para el futuro... Toda obra científica comienza por ser ideográfica y toda historia aspira a formular leyes... Todo sistema sociológico o histórico que se funda sólo en la biología, fracasa; se necesita una acción conjunta en el campo dinámico celular. No se sobreponen unas a otras las leyes biológicas y las sociológicas sino que obran en armonía. La reconstrucción de casos históricos da la materia para formular leyes, y así podemos evitar andar a tientas».

Bastarían estos fundamentales conceptos para disipar la extraña tesis del señor Encina. Pero él mismo se ha encargado de refutarla con la publicación de esta documentada y fidedigna historia de un determinado período. En ella, salvo la exposición de sus doctrinas historiográficas y una más completa biografía de Portales, su relato no discuerda capitalmente de la manera de nuestros demás historiadores.

Ligado a este substancial error de teoría y de método está el yerro, la deficiencia psicológica de convertir a Portales en un genio intuitivo y por tal razón colocarlo en esfera superior a los hombres puramente racionales, a los pensadores. A título de intuitivo Portales ocupa una jerarquía intelectual superior a la de Montesquieu, Stuart Mill, Spencer, Tocqueville o Adam Smith, aun cuando éstos últimos hayan influenciado al mundo entero con sus enseñanzas vaciadas en centenares de constituciones y leyes. Este postulado me parece desbordar los límites de la más hiperbólica paradoja. A lo menos hubiera debido el señor Encina explicar y en lo posible definir con precisión lo que por intuición entiende él y comprobar si, así definida, se aplica a Portales. Claro está que no es cosa fácil de definir la tal intuición, porque si todos, cual más cual menos, tenemos intuiciones, lo que en este caso interesaba era precisamente discernir en qué la intuición de un Portales difiere de la de cualquier otro ciudadano. ¿Es acaso la intuición fenómeno irreductible a las categorías de la psicología, fenómeno indescomponible, primario? ¿escapan,

por ventura, sus componentes a todo análisis? Me atrevo a pensar que no, que llamamos intuición a una exaltación de las facultades mentales, que ella es una forma de la conciencia menos precisa que la otra y en la que influyen muchos factores que penetran en la conciencia sin ésta advertirlo. Múltiples son las variedades de la intuición: hay la del matemático, a base de puro raciocinio; hay la del físico o naturalista basada en datos de observación empírica. Y existe, sobre todo, la del hombre público, del estadista, inspirada en el conocimiento de los individuos, de su historia y del ambiente en que viven y actúan; de esta índole sería la de Portales. Hay en ésta última una mayor receptividad de ideas y sensaciones que, si bien vagamente aprehendidas por la conciencia, llegan en cierto momento a revestir forma y a traducirse en vistas, resoluciones y actos. Un espíritu intuitivo no es, como parece creerlo el señor Encina, una especie de monolito moral, impenetrable a toda acción interna o exterior sino un individuo sobre quien el mundo externo o las ideas influyen con más fuerza e instantaneidad, con violentas abreviaciones de los procesos intelectuales. Y, por ejemplo, Portales, ya que él es quien motiva estas reflexiones, ha sido inspirado por el ambiente, aun cuando más no fuera como una reacción en contra de él. A menos de aceptar el milagro como explicación histórica y de admitir que en un momento dado cayeron sobre él las legendarias lenguas de fuego, forzoso es convenir en que existieron las influencias a que debió las ideas, orientaciones y experiencias que no le suministraba su muy mediocre cultura escolar y social. No se diga, entonces, que por intuición, cual si dijéramos por arte de magia, un individuo, aun cuando sea el más excelso de la humanidad, intuye el derecho y la economía, industrias y comercio, pedagogía y artes, se apropia la historia, penetra las honduras de la sociología y se adentra en los repliegues de la administración, cual lo hiciera Portales. Eso sería salirse de la esfera de los hechos humanos.

Menos aun se pretenda convencernos de que, viviendo en

el comercio de Bello, «el más poderoso cerebro que haya existido en el mundo después de Leibniz» (1), ese pedagogo nato, formidable y genial enciclopedista, encarnación suprema del humanismo, éste no haya influído en el Ministro que lo consultaba, no le haya dado claras nociones de las veinte materias en que fué maestro, él, recién llegado del país más culto y libre de la tierra, donde había adquirido una experiencia jurídica y política sin igual en el continente americano. Y cuenta que no era Bello el único en el círculo de Portales: existía una pléyade de hombres de estudio, leídos, preparadísimos, capaces de abordar los más difíciles problemas y las más delicadas situaciones. ¿No vivía en aquellos tiempos don Mariano Egaña, por no recordar otra docena de nombres?

No se cometa, sobre todo, el crimen contra el espíritu de depreciar a los pensadores, sacrificándolos a ésos que llaman intuitivos. Porque ¿con cuál criterio, si no es el de la razón, juzgamos y avaloramos los actos de éstos últimos? ¿quién decide en último término acerca de la bondad o maldad, la licitud o injusticia, la corrección jurídica o la inmoralidad de las acciones humanas si del debate se aparta a la razón? La unidad y universalidad del juicio que dichas cuestiones demandan, sólo en la razón puede hallarse, no en la intuición, intermitente, arbitraria, fluctuante y que varía de individuo a individuo. ¿Y la razón podría verse supeditada por voluntades extrarracionales que bien pudieran ser, y en muchos casos resultan, irracionales? El mundo, la sociedad, las ciencias, artes e industrias viven de razón; y si todo eso ha de perdurar, no erijamos en norma lo que no quiere someterse a la razón.

Hombre de ciencia y estudio, el señor Encina, sin embargo, no desperdicia oportunidad para denigrar a los hombres de prin-

---

(1) En estos términos lo juzga Mr. W. L. Newman, profesor en Oxford, el más insigne de los modernos helenistas británicos, en carta privada al autor.

cipios, a los que desdeñosamente llama pensadores, forjadores de abstracciones. Una y veinte veces en el curso de estas páginas halla ocasión de manifestarles su menosprecio, el ningún influjo que les reconoce en la marcha y progreso de la sociedad. Poco más, y los culparía de cuantos males padece ésta y que él atribuye a los susodichos funestos principios. El ideal político del señor Encina sería, por lo visto, que los hombres de Estado llegaran al Gobierno como la *tabula rasa* del filósofo, sin nociones ni normas de nada, viviendo como quien dice al día en punto a ideas, planes y resoluciones, oportunistas, empíricos y casuístas; vería en esta ignorancia y falta de rumbos en toda materia una infalible garantía de acierto. Así, en esta bendita incuria es facilísimo dictar constituciones y códigos, resolver problemas, orientar la educación y poner en movimiento la máquina administrativa entera. Las soluciones llegan por arte de brujería, los reglamentos se promulgan al azar de las circunstancias, sin nada que se parezca a la realización de un orden, de un plan basado en normas preestablecidas, por intuición o al tanteo. Con este criterio, ¿cómo puede existir legislación o siquiera discutirse leyes, sobre cuál base de común entendimiento? El señor Encina, hombre de ciencia y, mal que le pese, hombre de doctrinas, es perito en finanzas, en sociología y económica. Al discurrir acerca de estas materias, cuando aconseja, cuando escribe o informa al respecto. ¿procede al capricho, a la buena ventura, contra los principios que los demás individuos creen discernir en esos asuntos? ¿Es indiferente pronunciarse por el proteccionismo o el libre cambio, por la grande o la pequeña industria, por el comunismo o la propiedad privada, por el parlamentarismo o por la autocracia... portaliana? ¿Y qué son, cómo llama el señor Encina las razones generales y de fondo que inspiran sus juicios? Y cuando esas razones le son discutidas, ¿sobre qué base universal de raciocinio las defiende contra sus impugnadores? Su misoneísmo absoluto, sin reservas, lo lleva a tratar con injusto desdén a los grandes tratadistas de la política y la sociología. El

prefiere a los hombres prácticos, a los que ejecutan lo que los otros estudian y comentan. Cualquier intuitivo tiene mejor, más agudo y seguro juicio que esos cultores de la inteligencia. La condena de éstos últimos es sin atenuantes; van a parar a la última categoría de seres intelectuales. Y no sin emoción vemos al señor Encina colocar a esos maestros insignes en plano muy inferior al de un Napoleón, un Bismarck, un Portales y—así lo impone la lógica—a un general don Andrés Santa Cruz!

Empero, el señor Encina cree poder prescindir de los elementos mismos constitutivos de la intuición, y presume de explicar el genio de un Portales que, sin plenas noticias de nada, todo lo resuelve con acierto. Y en efecto, en vez de la razón discursiva y dialéctica, iluminadora de las inteligencias, fantasea en el gran Ministro una que llama *corriente cósmica* que, humildemente, confesamos no conocer ni entender, aun cuando más de una vez la hayamos encontrado en las admirables páginas de Bergson. Este factor incógnito, exterior a la razón y que la supera, es una pura entidad metafísica traída sin necesidad a la historia; lo que no deja de extrañar en un libro cuya primera palabra es el nombre de Augusto Comte. Porque—supongo yo—ese elemento cósmico no ha de referirse a la noción del Cosmos conocida del mundo entero y según la cual todo cuanto existe en la tierra, incluso el género humano, es cósmico, es una de las manifestaciones de la fuerza universal de vida infundida en el universo. Y en tal caso, es obvio que la explicación del señor Encina no pasaría de ser un truismo, indigno de consagrarle siquiera una línea. Que si, apartándose del sentido etimológico de la palabra, el autor entiende por *cósmico* otra cosa que no describe y define, habría caído en el vicio de raciocinio que los antiguos llamaban *obscurus per obscurior*.

Más tarde el señor Encina modifica su fórmula, y al «torrente cósmico» substituye una *corriente de existencia*, sin esclarecer mucho más la dificultad, y siempre con reminiscencias del «impulso vital» bergsoniano. Porque uno se pregunta: si ese to-



rrente de vitalidad circula también en cada uno de los seres vivos, en cada hombre, ¿en qué diferencia ella a Portales del común de los hombres? ¿cuál virtud secreta hace que la vida vulgar y adocenada de todos nosotros se torne para aquél en actividad devoradora y formidable, en don de comando, en firmeza soberana de la voluntad y en patriotismo llevado hasta la inmolación del propio ser? Alguien un tanto positivista o escéptico se haría tal vez una pregunta más: ¿se necesita de todas estas oscuras, ambiguas y remotísimas hipótesis biológicas y metafísicas para explicar el genio y las exaltadas facultades anímicas de un individuo?

En su ferviente bergsonismo no le basta al señor Encina haber pospuesto la razón a la intuición, en la que todavía subsisten elementos racionales. Avanzando en su ataque, va a buscar algo todavía más distante de la inteligencia que superponerle. Y descubre el instinto. En la página 213 del tomo II, osa escribir estas líneas de inverosímil, de increíble y agresiva audacia: «Todo lo grande, todo lo útil, todo lo duradero en la historia lo creó el instinto. Todas las destrucciones y todos los desastres los engendró la teoría racional». Bueno: por obra de esta filosofía de la historia ya tenemos a la humanidad a la altura de los brutos, abejas, hormigas y castores. Pero ¿es exacta esta desconcertante afirmación que así descorona al hombre de su más sublime atributo? Evidentemente no. Y aun hay que esforzarse para concebir que nuestro autor haya podido escribir esto en serio. Porque la verdad de las cosas es la totalmente inversa. Si las razones que aduje contra el predominio de la intuición en el desarrollo de la historia alguna fuerza tienen, esa fuerza se multiplica al infinito tratándose del instinto. Falsísimo que todo lo grande y útil de la historia sea hijo del instinto y que sólo males haya traído a la humanidad la inteligencia. Salvo que no se quiera ver creaciones históricas en la ciencia y el arte... Pero si por un instante atendemos sólo a las industrias, ¿cómo nacen ellas, se desenvuelven y prosperan si no es cuando las fecunda e incuba la razón?

Aun las más rutinarias proceden del examen de los hechos y de la inducción que discierne y codifica sus leyes. Todas esas industrias obran por un impulso, por un acto en que la razón interviene en mayor o menor medida. No existe una invención instintiva; son términos que se contradicen; desde que el uno existe, el otro desaparece; porque el instinto es facultad de ejecución, no de concepción. Pero volviendo a las ciencias y artes, puras concepciones de la inteligencia,—¿lo negará el señor Encina?—¿es que ellas no forman parte en realidad de lo grande, útil y duradero que ofrece la historia? No sé yo que exista en el mundo quien ose discutirlo... salvo Rousseau. Y si es así, el aserto del señor Encina se derrumba desde la base, ya que, bajo formas de saber y de hermosura, el intelecto ha engrandecido y servido a la humanidad y a la historia. ¿Es por inteligencia o bien por instinto como se planean templos y palacios, o se esculpen las estatuas de Fidias, como se pintan los frescos de Miguel Angel, como se coordinan los axiomas euclidianos, se elaboran las observaciones clínicas de Hipócrates y como se organiza la biología aristotélica? ¿Es por intelecto o por instinto como del fondo de fórmulas matemáticas surge la moderna astronomía y adquiere el hombre el conocimiento del universo? ¿Por instinto se escribió la *Gramática Comparada* de Bopp? ¿Por instinto se formó y organizó el Derecho Romano, «la razón escrita», como se le llama, y fué el instinto de cualquier gañán el que reemplazó al genio de Bello en la elaboración de nuestro Código Civil? ¿Es por virtud de la inteligencia o del instinto como ruedan las locomotoras, vuelan los aviones y navegan bajo las aguas los submarinos, como vibran telégrafos y teléfonos y como la química y la física renuevan la obra del Creador? No puede el autor eludir estas preguntas; y contestarlas en favor de su tesis fuera vulnerar el más elemental buen juicio, la más rudimentaria honradez crítica. En cuanto a mis lectores, no les haré el agravio de pedirles respuestas que son forzadas aun para hombres de mediana cultura. Sí: quiéralo o no el señor Encina, todavía y por siempre resplandecerá

sobre esta humanidad, para alumbrarla y guiarla, la antorcha inmortal que en el fuego del Cielo encendiera un día Prometeo.

A la vez de mostrarnos en Portales a un intuitivo, el señor Encina descubre en él caracteres atávicos que lo vinculan con César Borgia. Es rastrear un poco lejos, tres siglos atrás, los antecedentes del prócer chileno. Y todavía, ¿son bien definidos y análogos esos rasgos ancestrales, justifican o explican ellos en alguna medida el genio portaliano? ¿cabe establecer entre el bastardo de Alejandro VI y nuestro egregio Ministro alguna relación de causa a efecto que defina al uno por el otro? Me atrevo a negarlo; ¡salvo que se trate de instituir la comparación por los contrastes! Porque véase: frente al Borgia soldado de fortuna, cuya desenfrenada ambición mantiene a su patria en constante inquietud, frente al inescrupuloso asesino para quien no existieron leyes divinas ni humanas que respetar, aventurero audaz que ponía su espada a precio de los monarcas, falto de toda grandeza moral y perdido en mil orgías, con raptos de frenesí feroz, frío e implacable en la perpetración de sus crímenes, ávido de populachería y exhibicionismo, Portales encarna las cualidades contrarias: hombre honrado, fiel a su palabra y compromisos, leal en sus tratos, varón de orden y respeto, patriota hasta el sacrificio, no alienta en su vida otro ideal que la gloria y engrandecimiento de Chile, imponiendo a las actividades públicas de los demás el mismo inflexible rigor con que llevaba la suya, abominando de todo atropello o abuso y listo para sancionarlo con implacable dureza. Imposible una mayor contrariedad de caracteres. Y si no hay tal atavismo y relación, ¿a qué traer a cuento al condottiero del siglo XVI y vincularlo con el grande estadista americano? Con ello se consigue únicamente confundir las ideas y hacer de la historia una heterogénea amalgama de personajes y sucesos. No están las leyes biológicas de la herencia suficientemente estudiadas todavía como para erigirlas en cánones de la historia. Veamos a Portales, sólo al individuo Portales, actuar en

el ambiente que lo ha incubado y moldeado y en el que el Ministro se entrega a las sugerencias de su genio personal.

Una observación más a este propósito: Uno de los defectos que, como a fervoroso cultor de las letras clásicas, ha debido impresionarme en esta obra es cierta falla en el sentido de las proporciones, una especie de atropello de las jerarquías en que se clasifican y agrupan los genios. Por ejemplo, es motivo de estupefacción para mí que el autor haya invocado en algún pasaje, (pág. 199, vol. I) poco menos que equiparándolo al de Portales, el nombre de Julio César. ¡Esto, en verdad, es demasiado! Ningún entusiasmo puede justificarlo. Y resulta muchísimo más imperdonable aún si se observa que en otra página (II p. 430), el señor Encina da en ciertos respectos la primacía del genio sobre Portales...; nada menos que al protector Santa Cruz! De modo que ahí tenemos al caudillejo mestizo e ignaro parangonado también con «el hombre más grande que jamás haya vivido en el mundo», (1). con el genio de quien plenamente puede afirmarse que «tanto nomine nullum par elogio». Tales comparaciones, en que faltan todos los puntos de semejanza, sirven únicamente para convertir lo absurdo en intolerable. Gracias a ellas, don Diego Portales o aparece rebajado al nivel de un Borgia homicida o ensalzado a la altura de un César, sin que sepamos donde está su verdadero puesto.

Hay en el señor Encina marcada tendencia a este género de explicaciones étnicas y biológicas. Cualquiera advierte en este libro la confianza y seguridad con que en él se invoca la etnología del pueblo chileno a la época de ocurrir los hechos objeto de su historia. En repetidas páginas el autor nos habla de la raza castellano-vasca, señalándola como causa de una determinada concepción política, de un carácter básico de la población colonial y de todo un régimen de gobierno más o menos severo y

---

(1) Así lo califica la primera autoridad mundial de hoy día en la materia. (T. W. Rice Holmes = *Caesar's Conquest of Gaul*, p. XI—Oxford 1911).

tradicionalista. Es, en cierta medida, la famosa tesis del Dr. Palacios, pero mitigada, racionalizada por un criterio de historiador y de sociólogo. Entiendo yo que es atribuir a la influencia racial excesiva e injustificada transcendencia. Desde luego, se sabe ya cuán controvertido es el concepto mismo de raza. Pero aun admitiéndolo, y con todas las necesarias reservas, dicho concepto no implica en modo alguno la permanencia e inmutabilidad de los rasgos étnicos asignados a cada raza particular. Nos enseña la historia cómo las características que parecen más firmes y hon- das varían, evolucionan y se modifican a impulsos de las circuns- tancias internas y exteriores en que se encuentran los sujetos étnicos. No existe en ningún pueblo, jamás lo ha habido, el fata- lismo racial que imagina el historiador y que predeterminaría su marcha ulterior sino, al revés, la ley de evolución ha predominado en todo instante, cambiando a pueblos e individuos, subvirtiendo sus más arraigados y fundamentales instintos. De cuantos fac- tores concurren a la formación y desarrollo de un pueblo, ninguno más inestable, más sujeto a todo género de influencias de toda índole. Fenómeno que se acentúa a medida que nos acercamos a nuestros tiempos y los pueblos se hallan en más inmediatos comercio y contacto. Por obra de esa mutabilidad, los héroes inmortales de las Termópilas, libérrimos en su constitución, in- superados en imaginación e intelecto, degeneraron en la aplas- tada servidumbre y mediocridad bizantina; por obra de ella los romanos, severos y adustos, sin imaginación, positivos y faltos de capacidades especulativas, conocieron todos los concebibles regímenes políticos, fueron maestros supremos durante el Re- nacimiento, adquiriendo caracteres que antaño les faltaran, el vigor filosófico, el excelso espíritu científico que centellea en Leonardo y Galileo; por esa propia virtud de cambio que provo- can las circunstancias externas, las feroces e incultas tribus be- duinas, enclaustradas en unos cuantos embrionarios e instinti- vos hábitos y sentimientos, ásperas y belicosas, sin más horizon- te que la infinita sábana de arenas de sus desiertos, enemiga de

artes, ciencias y comodidades, llegan en un instante, por la súbita e imprevisible aparición de un hombre, a ser la nación que en la Edad Media conserva el tesoro del saber, es alcázar del lujo, de todo refinamiento y sensualidad, pueblo comprensivo, dúctil, de no vulgar fantasía y que forma hoy día una formidable civilización de 300 millones de individuos. ¿Queremos, todavía, ejemplo más a mano, más tangible de esa perpetua variabilidad de las familias humanas que impide considerarlas como un caudal eternamente fijo de tales o cuales determinados atributos? Pues ahí está un pueblo ignorado hace tres siglos, sin industrias, artes ni alta ciencia, el más distante de nuestros conceptos de occidentales, y que en pasos de gigante, con vitalidad y pujanza milagrosas, se ha puesto a la cabeza de la cultura moderna entre los cinco o seis mayores imperios del mundo; es nombrar al Japón. En presencia de tales hechos, ¿cabe fijar como base de estudio y apreciación histórica y como inconcuso punto de partida caracteres tan móviles y que fluctúan al capricho de cien factores accidentales e imprevisibles? Evidentemente no; la explicación única del fenómeno histórico no está ahí; hay que buscarla en la concomitancia de otros factores.

Por lo demás, esos rasgos distintivos que anotan los etnólogos tampoco son innumerables; se les cuenta en los dedos de la mano y los hallamos, con más o menos relieve, en toda agrupación de individuos; no constituyen un elemento de diferenciación que por sí solo permita distinguir a un pueblo de otro. El señor Encina define a los vascos como gentes serias, adustas, sin imaginación, faltas de iniciativa y, por tanto, tradicionalistas y conservadores. Ahora bien, ¿son los vascos los únicos en presentarnos esas características? ¿no acuden a nuestra memoria los nombres de una docena de familias humanas de análoga fisonomía? ¿Y no se advierte que media colosal distancia entre el hecho étnico y la actual persona histórica para explicar ésta por aquél, olvidando las incontables metamorfosis que entre ambos ha introducido el complejísimo proceso de la historia?

Esto es sin hacer caudal de la absoluta relatividad de esos propios signos étnicos. ¿Cabe hallar conceptos más indeterminados y vagos que la adustez, la seriedad, el espíritu positivo, el don de iniciativa, la severidad, la falta o sobra de imaginación? ¿Dónde están los límites de todo eso, quién los fija, cuál es el arquetipo con el cual comparar los tipos particulares? Honradamente, nadie puede indicarlo porque todo ello es por excelencia variable, convencional y arbitrario; y dentro de cada familia en que brillan estas cualidades no es raro hallar las radicalmente opuestas. Tan a la vista están los ejemplos, que me abstengo de citarlos.

Estas consideraciones que fuera fácil ilustrar y desarrollar con veinte ejemplos más, me hacen considerar exagerada, más aún, inoficiosa la apelación al carácter racial chileno en la explicación de nuestra historia. Fuera de que nadie, absolutamente nadie será capaz de discernir en esos castellanos-vascos que vinieron de conquista a Chile hasta qué punto eran a la sazón una raza pura, o hasta qué punto los habían contaminado las diversas invasiones del suelo hispano por el extranjero, y las continuadas relaciones, o pacíficas o bélicas, que en época de Carlos V y Felipe II llevaron a los españoles por todos los ámbitos de Europa. Me parece, en consecuencia, que de una vez por todas convendría eliminar de la historia ese prejuicio de las razas que no es una realidad biológica, social ni histórica, por el cual no se explican las historias de Francia e Italia, las de Grecia antigua y Roma clásica y que no se requiere para entender bien la de Chile.

Porque si atendemos a lo que el autor escribe a este respecto, (II págs. 189 y sigts.) vemos que ya desde el curso del siglo XVIII habitaban Chile familias de las provincias castellana, vasca, asturiana y andaluza. El señor Encina detalla con minucia sus características mentales; todas ellas concurrían a formar la población chilena, y sus peculiaridades se resolvían, tenían que resolverse y fundirse en la vida privada y ciudadana por el for-

zoso comercio recíproco que se les imponía. El autor concede sus preferencias y simpatía a la sangre castellana y vasca, a la que mira como cimiento de la grandeza y solidez de la república. Parece infundada tal preferencia y enaltecimiento de castellanos y vascos ya que para la completa y amplia vida histórica de un pueblo tan necesarias son las calidades de esa familia como la de los andaluces y demás meridionales. Seguramente no sería Chile lo que es sin aquel germen de «mayor agilidad intelectual, optimista... que más tarde (después de Portales), hizo suyos el periodismo, la instrucción, las profesiones liberales, y todo lo que da el dominio espiritual», (p. 199, tomo II). En este caso el yerro ha consistido, a mi juicio, en establecer categorías rígidas, especies de estanques aislados, entre esas diversas familias a las que separan sólo rasgos secundarios, no fundamentales, y que han actuado en conjunto en la evolución de nuestra historia. Prodújose ahí una combinación absolutamente ineludible y que una análisis imparcial y severa no logra descomponer en sus elementos primordiales y constitutivos. Prueba de ello, de que la mentalidad andaluza, imaginativa y voluble, *primesautiere*, fué algo necesario a nuestra civilización es que—lo reconoce el señor Encina,—Portales mismo simpatizaba con él «*por temperamento*», (nótese bien: *por temperamento!*) Entonces, ¿por qué venir a hablarnos de antinomias radicales entre esos factores étnicos, por qué no admitir que, reunidas las calidades que a cada uno de ellos asigna nuestro autor, se tiene la suma de las capacidades que hacen a los pueblos grandes y prósperos, y que la fusión de todos esos elementos contribuyó a dar su peculiar fisonomía a la república chilena? ¿Y no se contradice palmariamente el autor cuando escribe (II p. 195): «Cualquiera que fuera su procedencia regional, los conquistadores formaron en Chile un pueblo uniforme, sin grandes variantes regionales»?

En este punto, como en tantos otros, el señor Encina incurre en una palmaria contradicción. Ya hemos visto con que dogmatismo excluye a la razón de toda intromisión en la historia;



escuchamos en este instante las categóricas palabras con que proclama la subyugadora, condicionante y fundamental influencia racial en la marcha de la historia. Sin embargo, en la página 358 (tomo II) no vacila en escribir estas líneas que socavan todas sus tesis: «El período histórico 1830-1891 está informado por fuerzas casi exclusivamente espirituales. Los elementos físicos, los procesos raciales (!!)

!!) y las mismas vicisitudes históricas carecen en él de importancia. En ningún momento son factores sociológicos activos». ¿En qué quedamos, entonces? ¿Prevalece sobre todo la raza? ¿se excluye o no a la razón de la historia y de su organización y relato?

A este respecto, una consideración todavía: En la España misma de los siglos XVI y siguientes, ¿estaban las provincias de tal modo diversificadas, tan aisladas unas de otras, tan sin comercio de ninguna índole entre ellas que cada región conservaba una característica y peculiar fisonomía no transmitida a las demás familias peninsulares? ¿Cómo puede el señor Encina afirmar algo que pugna con la naturaleza misma de las cosas y sostener que a Chile llegaron vascos puros, andaluces incontaminados, castellanos sin mezcla? ¿Antes de venir a América no se habían producido cruzamientos entre los pobladores de esas comarcas? Es, verdaderamente, abusar demasiado de la buena voluntad del lector proponerle estos asertos.

La consecuencia que fluye de este debate es que no hacía falta traer a discusión el problema étnico español para describir el curso de nuestra historia. Ese problema racial sólo existe respecto de la raza aborígen, desde que el araucano como tal no ha entrado en nuestra civilización ni influido en ella sino indirectamente en la época de su resistencia armada.

En el señor Encina el desdén por los principios y por quienes los profesan corre a parejas con su desprecio por la libertad. ¡Hay que ver la ironía con que la nombra! ¿quién no siente vibrar el sarcasmo en estas palabras, por ejemplo? (tomo II, pág. 185): «Lo esencial es la libertad: a la larga hace bueno al criminal, la-

borioso al flojo, hábil al torpe, y da juicio político al que no lo tiene. Todo lo que la limita es tiranía... La libertad y la instrucción llevan en sí el remedio del mal. La enseñanza de nociones de civismo y de moral, añadidas a la influencia que las luces del espíritu tienen sobre el corazón y la conducta, purgarán al pueblo chileno de los vicios que le infiltró el régimen colonial... Cada ciudadano inconsciente, alumbrado por la libertad, elegirá los mandatarios más capaces, más morales y más abnegados».

Consecuencia que sacará cualquier aprendiz de lógica: puesto que instrucción y libertad no pueden operar milagros, cambiar las cosas del no ser al ser, del mal al bien, ni convertir instantáneamente a todo el mundo en un Sócrates, un Marco Aurelio o un Wáshington, ni en cinco minutos hacer de un fueguino un émulo de Goethe, hay que abolir toda enseñanza. Suprimamos el estudio de las nociones cívicas, no volvamos a hablar de moralidad, alejemos a los hombres de la administración pública y aun de manifestar interés por ella; apaguemos los focos que alumbran a los espíritus, hagamos sobre éstos, no la luz, las tinieblas; acerquémonos a presenciar la génesis encantadora, inefable, llena de dulces promesas de las tribus *yahous* que describiera el agudo turista Gulliver; ellas son el modelo sin par que debemos proponer a la humanidad. Y para prescindir de la rutinaria ceremonia de elegir magistrados públicos, y dado que la lotería o la rifa serían procedimientos todavía demasiado liberales y democráticos, dispongamos que en el futuro sólo tengan opción a puestos oficiales aquellos ciudadanos que lleguen al mundo con los 30 signos inequívocos en que los devotos hindúes reconocen a su Buda. Dejemos a don Andrés Bello, su gramática y silogismos tan coriáceos; y utilicemos el látigo o el garrote, la mordaza o aun el rifle, eficaces, miríficos instrumentos pedagógicos para imbuir a las gentes en las nociones económicas y constitucionales, para inyectar a altas dosis la moralidad en los espíritus a fin de que, en defecto del convencimiento, proceder demoroso, la coerción, los golpes, la violencia, el *compelle intrare*

incubén la ciencia el patriotismo y la moral. Borremos con solícita mano aun el recuerdo de aquel hecho funesto de que mientras más instruídos, más felices son los pueblos, mayor su civilización. Cuando los países han sido libres como la Roma de los Escipiones, la Inglaterra de Victoria o la Suiza de los últimos cuatro siglos, afirmemos que han caído a los abismos de la miseria intelectual y moral, y que también ahí la sabiduría ha sido «pura aflicción de espíritu».

Pero demos tregua a ironías y sarcasmos. Sin necesidad de ellos, porque sabemos la historia y la vemos producirse a nuestra vista, porque la seguimos en sus líneas más salientes, persistimos en creer a la libertad el más noble atributo del hombre, la más digna solución de todo problema social, mágica varilla que abre todas las puertas, descubre todo tesoro y suprime el mal en cuanto en la tierra es dable abolirlo. Mientras el señor Encina preconiza lo contrario de la libertad, el despotismo, subsiste incólume nuestra fe y convicción de que, bien entendida y practicada, la libertad puede producir, produce mayores beneficios que la dictadura, aun mitigada, sin ninguno de sus inconvenientes, sin parálisis ni mutilaciones del intelecto y voluntad humanos. Seguimos creyendo que es útil, que es indispensable, que es de sana y confortante higiene política y social que el hombre nazca, viva y se eduque en la escuela de la libertad, única que puede entrenarlo, fortalecerlo, dar vuelo y empleo a sus facultades. Sin esa experiencia personalmente instituída, experimentada en el propio ser, ninguna iniciativa fecunda alentará en el individuo ni beneficiará a la sociedad en que actúe. ¿Y a qué otro resultado tiende esa instrucción que el señor Encina envuelve en una misma ironía que la libertad? En cambio, con todas las cortapisas y reservas que nuestro autor quiera poner al régimen que eufemísticamente llama *gobierno fuerte*, todo gobierno portaliano entraña, más o menos encubierto, un despotismo en que la voluntad de un individuo se impone a la masa popular. Y no eternamente han de andar las naciones con muletas y anteojos-

ras. Hay aquí, en último análisis, un dilema: autocracia o libertad. Esta cuestión—ocioso es declararlo—, nosotros los liberales la resolvemos—por razón, por principio y por experiencia histórica—en pro de la libertad. Es decir que, por relevantes e incontestables méritos de administrador que nos muestre don Diego Portales, no entregaríamos a otro de sus émulos y sucesores el destino ulterior de la República. Nos basta ya con la enseñanza de las recientes dictaduras. Y eso que damos por sentado lo que sería tema de larga discusión, a saber: si la reforma portaliana ha cambiado el caucè de la vida histórica del país durante setenta años! ¿Quién puede afirmarlo, con qué pruebas, por cuáles razones? ¿y es posible, siquiera en hipótesis, suponer y aseverar lo que hubiera sido cualquier país falto de un hombre, Chile sin Portales, Francia sin Napoleón? ¡Frágiles conjeturas, especiosas cavilaciones indemostrables, absoluta y totalmente indemostrables!

Pero el señor Encina ha escrito su libro precisamente para justificar la tesis de que un gobierno *fuerte* es preferible a todo otro, más aún, es necesario a la consecución de la finalidad propia de los Estados. Y nos cita y expone como ejemplo *ad hoc* el gobierno de Portales. He de repetir a este propósito lo que dije más arriba: los fines eran laudables, patrióticos, algunos de los resultados excelentes, otros perduran satisfactorios hasta hoy. Pero los medios no fueron adecuados ni mucho menos inocuos; sirvieron maquiavélicamente para justificar en apariencia fines útiles, pero en sí no eran intachables. Gobierno fuerte, dice el señor Encina; pero ¿cuál era esa fuerza? era la voluntad imperiosa de un dictador legal que—sin mayor efusión de sangre, justo es decirlo—pero en un ambiente de inquietud y temor, como el que hemos conocido en épocas recientes, mantenía al país en constante sobresalto, reglamentado como en vida de cuartel y en una vaga y angustiosa expectación. No olvidemos que Portales hizo la Constitución para sí; menos aun olvidemos que había pedido que en ella un artículo transitorio concediera al primer manda-

tario la facultad de reformarla sin mayores solemnidades. Era presumir demasiado de la competencia e infalibilidad políticas de dichos mandatarios. Los negocios públicos, variados, complejos, imprevistos y a menudo imprevisibles, exigen más, infinitamente más que una mentalidad y un criterio y un concepto de la vida privada y oficial orientada invenciblemente en un solo sentido. En el gobierno de la república reveló Portales la misma unilateralidad imperiosa, aplastante, que en su vida doméstica; sólo que una nación no es un hogar. La justa admiración que a un espíritu liberal inspira Portales no está exenta de reservas y distingos, y va más al administrador que al político. Alguien, a mi lado, lo define: un genial gendarme de la república. Ciertamente fué eso; pero fué también algo más: un gran patriota desvelado por el progreso del país, que lo sirvió heroicamente y que se propuso a Chile como ejemplo memorable de un funcionario sin tacha.

Bien ha hecho el señor Encina en aplaudir la honradez, el celo e inteligencia, la seriedad impuestos por el gran Ministro a los funcionarios públicos. Todo el mundo estará con él cuando recuerda los casos de espartana austeridad que cita del propio Portales, de Montt y Varas, de Pinto y Santa María. Pero cuando de esas virtudes hace el patrimonio de un determinado régimen de gobierno, cuando lo constituye en característica del solo despotismo o semi-dictadura portaliana, entonces la conciencia pública se subleva, y no hay hombre con un átomo de dignidad que no alce una exasperada protesta. No: la honradez, la decencia, el patriotismo no son materia de monopolio, no son privilegio de una casta o de un partido. Y si Portales dictador de hecho fué integérrimo en su honestidad administrativa, como lo fueron asimismo los Presidentes mencionados, debe agregarse que lo fueron no en nombre de tal o cual concepto político sino en nombre de un principio mucho más alto, su conciencia de honrados patriotas. Aun fuera del mitigado despotismo que describe y preciniza nuestro autor, caben esas virtudes que, antes que del fun-

cionario, son del hombre y del ciudadano. A Dios gracias no se necesita abdicar de la conciencia y la libertad para exigir y hallar honradez y firme cumplimiento del deber en los mandatarios de la nación. ¿Acaso no vemos en todos nuestros partidos políticos a hombres que son crisol de virtudes cívicas y que, en la completa divergencia de sus ideales políticos, sabrían, sin embargo, llevar a la administración pública todos los méritos de honestidad y eficiencia que a sus subalternos imponía Portales? Y si es así, convengamos en que el entusiasmo por su héroe ha perturbado el criterio del historiador y lo ha hecho empequeñecer la cuestión entrando en comentarios de esta índole.

Séame permitida por ahora una última objeción a esta historia. El señor Encina ha escrito 900 páginas casi para pregonar las excelsas virtudes de un gobierno fuerte, en aras del cual sacrifica la libertad y la instrucción. Mas, para probar su tesis le era necesario previamente demostrar la absoluta incongruencia de la libertad con un gobierno eficiente. Ni siquiera lo ha intentado. Al revés, no ha mostrado que antes de Portales hubiera un gobierno *libre* y por tanto ruinoso para Chile sino que nos ha hecho ver la anarquía, la falta de todo gobierno y administración, la licencia e inmoralidad que precisamente forman la antítesis de la libertad. No es probante, pues, su argumentación y nada arguye contra la libertad. Esos caudillos, esas diarias revueltas, ese militarismo en perpetua efervescencia, eso no es, nunca fué la libertad. El señor Encina se ha forjado un fantástico monstruo para darse el placer de abatirlo y ultimarle. Pero bajo sus golpes lo que ha sucumbido no es una libertad que no existía sino el desgobierno, la universal corrupción política de aquel tiempo. La falta de una voluntad intrépida tendida hacia el progreso del país fué lo que subsanó Portales. No se confunda con ello la libertad, cuya esencia es la medida, el orden, la autolimitación, el respeto de cada derecho como garantía del respeto a todos los derechos y como vital requisito para la existencia de la sociedad política. Y mientras el autor no pruebe que con estos

requisitos de orden, medida, respeto y limitación de facultades no puede existir gobierno eficaz, su argumentación fallará por la base y será nulo, quedará estéril su ejemplo portaliano. Cualquiera, con la Carta de 1833 a la vista, podrá demostrar que ella bastaba, en manos de un espíritu enérgico y patriota, para traer los caudillejos a la obediencia, sofocar motines y devolver orden y paz a la república. Cuestión de orden psicológico, de carácter, no constitucional. Y si ésta es la mejor apología que de la libertad pueda formularse, es también el más grave reparo que pueda oponerse a la tesis que propicia y defiende el señor Encina. Fuera de que siempre es ominoso exponerse a que se diga: repudia la libertad, luego busca la esclavitud.

Algunas otras objeciones pudieran hacerse a este meritorio trabajo; pero como esta crítica se ha alargado sobremanera, las reservaremos para mejor oportunidad. Por el momento, resta decir algunas palabras del aspecto literario de la obra.



d) El propio señor Encina describe el modo cómo escribió su libro. Redactado fragmentariamente, en forma de notas trazadas al azar de las lecturas y cavilaciones de largos años, agrupadas en seguida para otros fines, un buen día, a impulsos y en fuerza de circunstancias exteriores, dichas notas se organizaron y cristalizaron paulatinamente alrededor del nombre de Portales, asumieron carácter de biografía suya y como a tal se resolvió por último constituir la en piedra angular de una historia de Chile.

Pudo temerse que esta inorgánica, desorientada composición hubiera restado unidad histórica y artística a la redacción definitiva del libro. Por suerte no fué así: éste no se resiente, si no es en mínimo grado, de tan caprichosa y accidentada gestación. Ya indiqué el plan de la obra, tan lógico, tan estrictamente eslabonado; él se desenvuelve como una gran tragedia clásica, con su prólogo, intriga, episodios y dramático desenlace. Es la

vigorosa personalidad del protagonista lo que imprime unidad a su biografía. Como arquitectura general la obra no deja, pues, mucho que desear; quizás los capítulos XIII y siguientes hubieran requerido algo de más rigurosa coherencia porque algunas materias aparecen vaciadas en el texto sin desarrollo y en cierta confusión.

El autor, que piensa vigorosamente, escribe como piensa. De ordinario castiza y correcta (1), su frase adquiere por momentos fuerza y brevedad magistrales; en ocasiones alcanza a una sobria elocuencia, como al referir los últimos instantes de Portales, bien que en este último caso algo entibie el efecto dramático la intromisión en el relato de comentarios y citas que debieron quedar confinados al pie de la página. A pesar de sus relevantes méritos, el estilo del señor Encina resulta algo difícil; su construcción es algo compleja, quizás demasiado densa; estas frases carecen de aire y dejan a veces la impresión de estar traducidas del alemán.

El vocabulario muy extenso y en que abundan los términos técnicos, permite al autor expresar con precisión las más sutiles ideas, pintar los más leves matices de sentimientos y caracteres. En la gravedad habitual de esta prosa, unas cuantas imágenes, oportunas y gráficas, dan realce al concepto y distienden el ánimo del esfuerzo y contracción que le impone este lenguaje constantemente severo y dogmático. Nos viene entonces al recuerdo lo que el escoliasta decía de un gran historiador antiguo: «aquí el león ha sonreído».

Para terminar este largo estudio con una impresión de serenidad y arte, voy a transcribir dos o tres de esas figuras, que revelan la convivencia en el señor Encina de un agudo pensador y de un hombre de gusto. Escribe él, (p. 231, tomo II): «Los genios políticos no luchan contra los sentimientos. Se embarcan

---

(1) No faltan, empero, algunas locuciones y giros incorrectos, concordanancias inexactas, cacofonías y repeticiones desagradables.



en ellos y los gobiernan. Su misión es abrirles cauce y desviarlos en un sentido útil al devenir histórico; no atravesarse en el torrente desbordado para ser arrastrados por él». En otra página (tomo II, p. 241) leemos: «Mas ¿cuál es el origen inconsciente de esta institución? ¿Es, como se ha insinuado, una reminiscencia del concepto cesariano, en que se transformó la primitiva idea romana del estado? No es probable. Mas, si así fuera, sería un cesarismo impersonal austero y seco, colocado en la infancia de un pueblo, como rodrión para guiar su desarrollo, y no en la senectud para sostener el desmoronamiento y la disolución final » (1).

Se detienen, por último, nuestros ojos en estas líneas elocuentes, epigráficas: (p. 264) «El estadista de carne y hueso podía entrar en el más allá. Su espíritu se había incrustado en la conciencia nacional y su alma reencarnada quedaba esperando alerta el momento en que fuera necesario empuñar de nuevo el timón. Una tradición se había fundado». Palabras dignas de grabarse en el bronce eterno desde el cual, con actitud y gesto de imperio, Portales parece presidir y orientar todavía la marcha de la república.

(LEO PAR).

Julio 30 de 1934.

---

(1) En el tomo II, p. 350 brilla una magnífica imagen, de alta poesía descriptiva: su amplitud nos impide reproducirla aquí.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

**Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933.**

*(Continuación)*

### MEMORIA DE LA ESCUELA DE MEDICINA

#### FUNCIONAMIENTO.

Durante el curso de este año se habilitó el nuevo edificio para Anatomía Descriptiva, Histología, Anatomía Patológica y Cirugía, quedando estas reparticiones casi completamente instaladas, con todos sus servicios.

El Profesor de Histología, Dr. K. O. Henckel se ausentó a Europa, desde el mes de Octubre, en viaje de estudio.

El antiguo edificio de Anatomía, se transformó, para instalar en él al Instituto de Bacteriología, alcanzándose a hacerlo funcionar en su nuevo local, con mucho más comodidades que en su ubicación en la Escuela de Farmacia.

Anexo a la Clínica Médica, en el Hospital, se hizo un pequeño Laboratorio para las necesidades de la enseñanza.

Igualmente, se arregló el anfiteatro para la clase de Patología Quirúrgica.

## MOVIMIENTO DE ALUMNOS.

Fué el siguiente:

Cursos	Matric. Gral.	Retirados	Matric. efectiva
Año I.....	68	7	61
Año II .....	48	1	47
Año III .....	39	..	39
Año IV.....	22	..	22
Totales.....	177	8	169

## EXÁMENES.

El nuevo reglamento de exámenes reemplazó la promoción general, por exámenes separados de cada asignatura, estableciendo que, para ser promovidos al curso superior, deben haber rendido satisfactoriamente todos los exámenes del curso anterior, excepto para el tercer año, los cuales pueden ingresar al cuarto año con ramos atrasados, siempre que hayan obtenido los pases respectivos.

El resultado de los exámenes fué el siguiente:

AÑOS DE ESTUDIO	N.º de alumnos	Presentados a exámenes de Diciembre	Aprobados	Presentados a exámenes de Marzo	Aprobados	% Promovidos
<i>Primer Año.</i>						
Química Gral...	68	51	41	10	6	69%
Física .....	68	49	30	23	10	58%
Biología .....	68	44	10	37	17	39%
Botánica .....	68	59	50	6	4	79%
<i>Segundo Año.</i>						
Anatomía.....	48	45	19	12	4	45%
Histología.....	48	42	23	15	9	66%
Fisiología.....	48	43	21	17	6	56%
Parasitología...	48	47	13	22	16	60%
<i>Tercer Año.</i>						
Patología Gral..	39	36	24	10	6	76%
Bacteriología...	39	23	19	9	6	61%
Cirugía.....	39	37	27	6	3	76%
Química Biológ.	39	31	22	7	6	71%
<i>Cuarto Año.</i>						
Anatomía Patol.	22	22	18	4	3	95%
Patología Inter.	22	22	20	2	1	95%
Patología Exter.	22	21	16	5	4	90%
Terapéutica....	22	20	20	2	2	100%

LABORATORIOS CENTRALES.

Funcionaron normalmente durante este año y algunos en sus nuevos locales, como se ha dicho.

Los trabajos realizados, fuera de atender las labores propias de los cursos respectivos, han sido los siguientes en las reparticiones que se indican:

INSTITUTO PATOLÓGICO.

Desde Septiembre del año 1933, este Instituto se halla funcionando en su nuevo edificio (segundo piso del Instituto de Anatomías), en donde cuenta con casi todas las comodidades modernas, como los institutos similares europeos.

En efecto, cuenta ahora con una biblioteca muy completa del ramo, la que está ubicada en la oficina del Director, y, anexa a ésta hay un laboratorio particular del Director. Además, cuenta con las siguientes instalaciones: Laboratorio del Cáncer, tres laboratorios para el Jefe de Trabajos y Ayudantes, un laboratorio para memorias, una sala chica para operaciones en animales, un museo macroscópico, una sala de microscopia (Sala Rudolf Virchow), una sala de demostraciones microscópicas (Sala Puelma Tupper), una sala de demostraciones del material autopsiado (Sala Aureliano Oyarzún), una sala de autopsia (Sala Max Westenhoefer), un laboratorio para las preparaciones del museo, un servicio completo de fotografía, una instalación de baño, una gran sala de clases con 100 butacas y con aparatos de proyección y microproyección, un ascensor que trae los cadáveres del subterráneo en donde se encuentra instalado un gran frigorífico eléctrico para seis cadáveres y por último con una bodega para material y algunos boxes en el subterráneo.

Durante los años 1932 y 33, el museo de preparaciones macroscópicas en colores naturales se aumentó bastante, de modo que podemos contar hoy día con más de 400 preparaciones que

representan una valiosa ayuda pedagógica para la enseñanza del ramo. Estas preparaciones se hallan colocadas en frascos especiales y tiene una sala amplia con estantes apropiados en donde están colocadas, de modo que puedan ser vistas con facilidad y en su totalidad.

Las investigaciones microscópicas, es decir, las biopsias, mantienen más o menos el mismo número que los años anteriores, o sea, alrededor de 500 casos anuales. Durante estos dos últimos años hemos conseguido que, desde Chillán a Magallanes, los médicos nos manden el material para investigación a nuestro laboratorio del cáncer. En cuanto a las autopsias practicadas en el Instituto, el total de los años 32 y 33 ascienden a 680.

Por el aumento progresivo del trabajo y además por la extensión del nuevo local que ocupamos, el personal anterior ha tenido que aumentarse. Este personal lo componen las siguientes personas:

Dr. Ernesto Herzog, Profesor-Director.

Dr. Manuel Sanhueza, Jefe de Trabajos.

Dr. Arnoldo Holtheuer, Ayudante.

Dr. Alberto Brieva, Ayudante.

Elisabeth Welker, Laboratorista.

Elba Kremke, Secretaria.

Cecilio Arancibia, Preparador Técnico y

Camilo Riquelme, Auxiliar.

*Enseñanza.*—Aparte de las clases teóricas sobre Anatomía Patológica, han funcionado cursos prácticos de autopsias y demostraciones en la sala de autopsias para los alumnos y además cursos de microscopia.

*Investigación científica.*—Durante los años continuaron las investigaciones sobre la Anatomía Patológica regional y se comenzaron investigaciones especiales sobre el tifus exantemático, cirrosis hepática, arterioesclerosis, tuberculosis pulmonar, cáncer,

aparte de numerosos estudios que se refieren a los diferentes capítulos del ramo, como se verá más adelante.

*Conferencias.*—Se dictaron por el Director del Instituto varias conferencias científicas en la Sociedad de Biología y de Odontología de Concepción, en la Sociedad Médica de Valparaíso y en el Hospital Naval de Talcahuano.

*Relaciones nacionales e internacionales.*—Se mantuvieron reuniones periódicas con los prosectores de Santiago y Valparaíso.

A fines del año pasado fué invitado el Dr. E. Heegewaldt, distinguido radiólogo del Instituto Médico Técnico Sanitas de Santiago, quien vino a hacer durante una semana, un curso de perfeccionamiento para médicos, de su especialidad.

El Instituto sostuvo relaciones científicas y canje de publicaciones científicas, con numerosos institutos universitarios de la América del Sur y de Europa. Entre otros, enviamos nosotros, un estudio estadístico sobre la cirrosis hepática y arterioesclerosis al Segundo Congreso de la Sociedad Internacional de Patología Geográfica, en Holanda, trabajo que tiene una importancia especial, porque es el primer trabajo que se ha hecho basado en datos anátomo-patológicos regionales de nuestro país, en colaboración con varios médicos de toda la República.

*Distinción.*—El Director del Instituto fué invitado al Segundo Congreso de la Sociedad Internacional de Patología Geográfica, en Holanda, y, además, al Congreso de los Anátomo-Patólogos, en Alemania.

PUBLICACIONES CIENTÍFICAS 1932-33:

1) *E. Herzog.*—Sobre el estado actual de la Anatomía Patológica de la tuberculosis pulmonar. Rev. d. Instit. Bacteriol. d. Chile. Vol. III. N.º 3. 1932.

2) *E. Herzog.*—Erster Halbjahresbericht über die Tätigkeit am Pathologischen Institut der Universität Concepción. Zentralbl. f. Pathol. Bd. 52. 1931.

3) *E. Herzog*.—Ideas actuales sobre los tumores, especialmente sobre el desarrollo del cáncer. Rev. Méd. d. Chile. Año LX. N.º 12. 1932.

4) *E. Herzog*.—Anatomía Patológica de los granulomas radiculares de origen dentáreo. Rev. Dental d. Chile. Año XIX. N.º 11-12. 1932.

5) *E. Herzog*.—Estudios experimentales sobre la influencia de la nicotina y otros venenos sobre los ganglios simpáticos periféricos. Bol. d. 1. Soc. d. Biol. de Concepción. Tom. V. 1931-32.

6) *E. Herzog*.—Experimentelle Studien über die Einwirkung des Nikotins und einiger anderer Gifte auf die peripherischen, sympathischen Ganglien. Z. Neurol. 145, 1933.

7) *H. Alvarez*.—Observaciones clínicas y anátomo-Patológicas sobre los épulis según conceptos modernos. Memoria para optar el título de Cirujano-Dentista. Santiago. 1933.

8) *E. Larraguibel*.—Observaciones anátomo-patológicas de cuatro casos de tumores mixtos de las glándulas salivales. Memoria para optar el título de Cirujano-Dentista. Santiago, 1933.

#### INSTITUTO DE HISTOLOGÍA.

En Septiembre de 1933 dejó el local que ocupaba en la Escuela de Farmacia para trasladarse a su local propio en el Instituto de Anatomía.

*Investigación científica*.—A más de los temas de Histología y Embriología se continuaron con especial interés las investigaciones sobre la Antropología de Chile.

*Relaciones internacionales*.—Durante el año, de que doy cuenta, el Instituto ha seguido ocupándose en ampliar sus relaciones científicas, estableciendo nuevos cambios de publicaciones, con entidades análogas de Chile y del extranjero.

*Distinciones*.—El Director del Instituto de Histología fué invitado al Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, que se celebrará en Londres, del 30 de Julio al 4 de Agosto de 1934. También, ha sido nombrado miembro corres-



pondiente de la Sociedad Chilena de Historia Natural y de la Academia Chilena de Historia Natural de Santiago.

*Viaje del Director a Europa.*—El Directorio concedió al Director del Instituto una licencia para dirigirse a Europa, desde principios de Octubre hasta la iniciación del año escolar de 1934. Con motivo de este viaje el Ministerio de Educación Pública, le confirió una comisión ad-honórem para conocer los últimos progresos de la Histología y de la Embriología. El Profesor Henckel tuvo ocasión de visitar varios Institutos de Anatomía y de Zoología, entre otros los de Berlín, Munich, Tubingen y Jena, Basilea, Berna y Zurich. En España visitó la Facultad de Medicina de Madrid, en la cual dió una conferencia sobre «Las estructuras funcionales de los tejidos de sostén». Asimismo tuvo la oportunidad de establecer relaciones científicas con el *Instituto de Cajal* y con el *Instituto del Cáncer*.

PUBLICACIONES CIENTÍFICAS, 1932-33:

1) K. O. Henckel.—«Ueber die funktionelle Structur des Hyalinknorpels». Die Naturwissenschaften. 20.

2) K. O. Henckel.—«Los trabajos de Goethe sobre morfología animal y las investigaciones modernas». Atenea 86.

3) K. O. Henckel.—«Los fundamentos histológicos de la doctrina del sistema retículo-endotelial». Rev. Méd. de Chile. 61.

4) K. O. Henckel.—«Beiträge zur Anthropologie Chiles: I. Ueber die Papillarlinienmuster der Fingerbeeren bei der Bevölkerung der Provinz Concepción». Z. Morphol. Anthropol. 31.

5) K. O. Henckel.—«Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: I. La disposición de las crestas papilares de las falangitas en la población de la provincia de Concepción». Bol. Soc. Biol. Concepción. 5-6.

6) K. O. Henckel.—«Beiträge zur Anthropologie Chiles: II. Ueber Schädel aus Conchal Darroin in Talcahuano». Z. Morphol. Anthropol. 31.

7) K. O. Henckel.—«Zum funktionellen Bau der Kehlkopfknorpel». Vorläufige Mitteilung. Anat. Anz. 76.

8) K. O. Henckel.—«Sobre un nuevo procedimiento de coloración histológica de la grasa». Rev. Hist. Nat. año XXXVII.

9) K. O. Henckel.—«Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: II. Sobre cráneos encontrados en el Conchal Darwin de Talcahuano». Bo. Soc. Biol. Concepción (en prensa).

10) K. O. Henckel.—«Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: III. La disposición de las crestas papilares de los indígenas de la provincia de Cautín». Bol. Soc. Biol. Concepción (en prensa).

11) K. O. Henckel.—«Beiträge zur Anthropologie Chiles: III. Ueber die Papillarlienmuster der Fingerbeeren bei Indianern der Provinz Cautín». Z. Morphol. Anthropol (en prensa).

#### INSTITUTO DE ANATOMÍA.

El Director y Profesor del Instituto, Dr. Enrique Soler-vicens, ha dictado durante el año 1933, las siguientes conferencias en la Sociedad Odontológica:

1) Causas de error en las anestésias dentarias. Importancia de la aponeurosis inter-pterigoidea en la anestesia troncular del nervio maxilar inferior.

2) Antro de Higmoro y su relación con las piezas dentarias.

3) Localizaciones corticales en su concepto actual.

Se ha proseguido en los trabajos de la organización definitiva del Instituto, desarrollando más la labor científica; se han confeccionado alrededor de veinte láminas especiales de miología; se han recolectado numerosos órganos normales para colecciones de museo, y se ha trabajado en la preparación de un texto de anatomía general para dentistas.

El Instituto ha procurado extender sus relaciones con profesores de otras Universidades y mantienen comunicaciones con:

Prof. G. Jirón, de la Universidad de Chile;  
Prof. Stefko, de Moscou;  
Prof. Loth, de Varsovia;  
Profs. López Prieto, García Urdiales y otros, de España;  
Prof. Von Ture Petren, de Estocolmo, y  
Prof. Julius Zandler de Viena, etc., etc.

INSTITUTO DE BACTERIOLOGÍA.

Durante este año se hicieron las siguientes memorias con los resultados que se indican:

*Ana Palma.*—«Rol antiséptico y antitóxico de los jabones. Aprobada con distinción media.

*Francisco Núñez.*—«Tipos serológicos de los streptococcus de la boca». Aprobada con distinción media.

*Anacleto Muñoz.*—Investigaciones bacteriológicas en las caries de segundo grado». Aprobada con distinción media.

*Sibilina Sanhueza.*—«El bacilo fusiformis en la cavidad lineal». Aprobada con distinción media.

*Luis A. Penroz.*—«La diatermia y sus aplicaciones en la antisepsia dental». Aprobada con distinción mínima.

El Profesor y Director del Instituto, Dr. Moraga Bello, ha dictado las siguientes conferencias:

1) «La Orientación científica de Pasteur». Charla dada en el salón de honor de nuestra Universidad.

2) «El problema del tifus exantemático». Conferencia dada en la Clínica Médica del Prof. Grant Benavente y repetida en el Hospital Naval de Talcahuano.

3) «El Tifus Exantemático». Charla dada en el Liceo de Niñas de Concepción.

4) «Orientación de los estudios microbiológicos hacia su aplicación en Odontología». Conferencia dictada en el Congreso de Odontología, en ésta.

5) «Los antiguos microbianos». Charla dada en la Sociedad de Odontología.

#### INSTITUTO DE BIOLOGÍA.

En el curso del presente año se han hecho investigaciones parasitológicas referentes a la Anquilostomiasis y Helmitiasis intestinales.

El Profesor y Director del Instituto. Dr. Ottmar Wilhelm presentó en la Sección de Biología de las Jornadas Médicas celebradas en Santiago, en conmemoración del primer centenario de la Escuela Médica Chilena, sus trabajos titulados: «Los primeros casos de Sodoku». (*Sipiroechacto* o *spirilla morsus Muris*).

Publicó, además, en la Revista de Sanidad Naval: «El Sodoku en Talcahuano y Lota».

Se han iniciado, además, trabajos acerca de la *Rickezia Provoazeki* del tifus exantemático, especialmente en relación al ciclo en el *Pediculus vestimenti* y otros posibles agentes transmisores, aprovechando el abundante material de la actual epidemia.

Aparte de otros trabajos de parasitología se han continuado, entre los trabajos de biología general «Las explicaciones acerca de la vejez».

Durante este año (1933) no ha sido posible dar término a muchos trabajos, debido a que la mayor parte de las actividades de su Director se han traducido en trabajos de organización para el nuevo Instituto, cuyo edificio se construye actualmente, y para el cual, los numerosos detalles para las especificaciones de la obra, han absorbido gran parte del tiempo útil que se podría haber aprovechado en la investigación científica.

#### CLÍNICAS MÉDICA Y QUIRÚRGICA.

Estas clínicas a cargo de los Profesores Doctores Guillermo Grant Benavente y René Ríos, respectivamente, han continuado

con su labor docente en forma eficiente. Como en años anteriores, periódicamente han celebrado reuniones clínicas que han sido muy concurridas por Profesionales y alumnos de los distintos cursos.

## INVENTARIOS.

Los inventarios practicados han arrojado las siguientes cifras:

Instituto Patológico .....	\$ 164,149.05
Instituto de Biología .....	55,080.36
Instituto de Histología .....	99,121.07
Instituto de Anatomía .....	71,764.38
Instituto de Bacteriología .....	46,014.20
Cirugía.....	23,343.48
Clínica Médica.....	30,809.91
Clínica Quirúrgica .....	33,551.29
Patología Quirúrgica.....	8,221.08
Institutos de Anatomías (varios) .....	113,631.45
Total .....	<u>\$ 645,686.27</u>

## SEÑALES

### La hora de las visitas

□ Cuando la costumbre del visiteo va desapareciendo, poco a poco, entre las gentes que no tienen ninguna representación, los personajes se dedican a cumplimentarse mutuamente. Todavía duran algunos residuos de esa costumbre de relación social, farsa pura, en la que dos personas se corresponden presentándose de vez en cuando la una en casa de la otra.

«Hace mucho tiempo que no vamos por casa de Fulana», murmura un día cualquiera la que se nota en falta. Aquella tarde se arregla y compone y se presenta en el domicilio ajeno, tributando frases de excusa y vertiendo flores cultivadas en la ausencia. Es recibida en el salón, charla sobre los enredos del vecino; si el vecino no tiene enredos, los inventa y se larga satisfecha de haber cumplido con un «deber social».

Va desapareciendo esta costumbre, entre la gente de poco más o menos. Pero se inicia su cultivo entre la gente de mucho más. En las últimas semanas el visiteo internacional ha mostrado una actividad desconcertante. Barthou se lanza en expreso y llega a Bucarest, donde saluda a Tataresco, a quien no tiene el gusto de conocer personalmente. Vuelve hacia Francia y, de camino, se da cuenta de que pasa ante la casa de Dollfus y sube un momento, para aprovechar la ocasión. (El pobre; quien iba a decir que unos días después...) Dollfus estaba muy ocupado, recibe con impaciencia y apenas el francés ha traspuesto los umbrales vieneses, toma sombrero y bastón y se encamina a

ver a Mussolini. El Duce recibe galantemente y le cuenta que un poco después llegará el señor Hitler. Dollfus no tiene ganas de encontrarse con el bello Adolfo y se va antes de lo que pensaba. Adolfo llega a Venecia y es recibido con todos los honores. Pero a la mitad de la conversación surge una breve pelea y abandona la mansión, prometiendo no volver en mucho tiempo. «Habrá grosero, recibirme así en su casa!» Y se entera más tarde que el señor Vladimir Potemkin, embajador de la U. R. S. S. en Roma, ha charlado durante más tiempo que él con Mussolini. La verdad, no merecía la pena haber tomado un taxi...

Mientras tanto, en las cocinas, se preparan menjurjes explosivos, pólvoras sordas, granadas en dulce, por si acaso se les ocurriera tomar el té...

Va a ser necesario reponer la costumbre de las tarjetas, dobladas por donde se antoje.

#### Tristán Bernard, deportivo

□ En la última carrera ciclista de la vuelta a Francia, el viejo y jocosos escritor ha sido uno de los jueces de ruta. Con su cuantiosa humanidad a cuestas, sin importarle un pimiento las andanzas y caminatas, ni el sol ni el descanso, Tristán Bernard ha ido de un lado a otro para establecerse por cortos lapsos en las revueltas de una carretera y tomar nota de la marcha correcta de la prueba ciclista.

Siempre ha sido el autor de «Petit Café» un aficionado al aire libre. Agil, a pesar de sus años, alegre siempre, optimista bajo el sol amarillo, da una prueba simpática frente a los ratones de biblioteca y los incansables y prolíficos trabajadores en cuarto cerrado. Ni su vida en contacto con el deporte le ha impedido una obra considerable, ni quizás hubiera conservado esa juvenil energía, sin estar en sus ratos de ocio en contacto con la fuerza y la destreza de los gimnastas y velocipedistas.

Muchas anécdotas sabrosas se han contado de Bernard du-

rante su reciente actuación de juez deportivo. Una de ellas: Entra en una taberna del camino y, sediento, pide una cerveza. «¿Para tomarla o para llevarla?», pregunta la dueña del establecimiento. «Para las dos cosas», responde Tristán Bernard seriamente.

¿No es un ejemplo para tanto escritor, metido entre papeles y plúteos polvorientos, esta sensación aireada y optimista del escritor francés?

Bergson, pensativo

□ Incansable, ahora se luce con dos palabras titulares que condensan su inquietud constante. «La Pensée et le Mouvant». Vuelve la cara hacia su obra anterior, la juzga, elimina lo que le parece superfluo, corrige lo que se le antoja equivocado y mantiene lo que cree necesario conservar.

Hay en este libro una revelación sensacional para los bergsonianos: La desaparición del pragmatismo como base científica y la evolución hacia caminos analizadores. Separa el filósofo, con un procedimiento minucioso, la intuición de la inteligencia.

Más clara es la primera que la segunda; más fácil de analizar y más útil de tomar como punto de partida. Porque siendo la intuición una salida hacia la materia, obra por extensión y se amplía al obrar, al revés que la inteligencia, que se repliega sobre sí misma para conocer. El pragmatismo no tiene aquí, en esta última publicación del filósofo, la importancia que alcanzaba en libros anteriores.

Hay siempre en Bergson una filosofía que burla, burlando deja margen a aceptar ciertos principios, sin que el que los expone se arriesgue a considerarlos como suyos, sino como una insinuación o una posibilidad. Un gran poeta español, en un momento de consonancias baratas, decía:

«Este Bergson es un tuno;  
¿verdad, señor Unamuno?...»



Se puede observar que los buenos poetas, hasta en los momentos de hacer aleluyas, tienen razón.

#### Unamuno, festejado

□ Y a propósito del señor Unamuno, sabemos que ha llegado a la edad de jubilación y que en España se ha realizado, solemnemente la ceremonia de su cumpleaños decisivo en las actividades docentes. Una jubilación muy especial ésta, en la que don Miguel, siempre joven, seguirá explicando su cátedra de griego, además de ser, desde hace unos días, rector perpetuo y honorario de la Universidad de Salamanca.

«Mi pluma no me la jubila nadie», ha dicho don Miguel con ocasión de estas celebraciones. Aquí hay una doble afirmación: la primera, más sencilla, quiere decir, naturalmente, que seguirá escribiendo mientras le queden fuerzas. La segunda, que, a pesar de recibir estos festejos solemnemente y con participación oficial, no queda fuera del escalafón de los escritores, ni sometido a la lista de los viejos catedráticos, ni bajo la férula de un ministerio de instrucción pública, para dejar de decir lo que le dé la gana cuando lo tenga por conveniente.

Don Miguel de Unamuno, el escritor universal de España, el maestro incansable de la rebeldía sana, el joven eterno, se ha permitido aconsejar a los jóvenes estudiantes que se dejen de revoluciones y zarandajas de pasión política. ¡El!... Cuando él lo dice, sus razones tendrá. Unamuno siente a España intensamente y sabe lo que aconsejar en cada momento. Su vieja figura, firme y engallada, se destaca sobre los figurones y fantoches de un lado y otro, de la derecha y de la izquierda. Y sobre la de esos indecisos judas de feria que no saben si caer hacia este costado o hacia el opuesto y se mantienen, aunque asistan a los festejos de la jubilación, en una tesitura inestable. Absurdo lingüístico y realidad política.

## Documentos

□ La importancia del documento vivo, de la realidad efectiva adquiere día por día más auge. Colecciones enteras se dedican a exponer, acumular o resumir todas esas realidades aliterarias y vivientes que constituyen la base de la vida, el interés primario de toda obra considerable.

«Le Crapouillot» inició hace algún tiempo esos florilegios de humanidad en estado puro y sin adornos. Sus colecciones de cartas de la guerra, sus cuadernos dedicados a la fotografía callejera, tuvieron un éxito extraordinario.

Ahora, la «Société Anonyme les Illustrés Français», ha iniciado una nueva serie gráfica de testimonios de nuestro tiempo. Predomina lo visual en estas entregas y la escritura queda como al margen y sólo a manera de auxiliar del documento gráfico. Primero se publicaron dos cuadernos sobre la Guerra. Fotografías desconocidas que habían sido censuradas y que ahora dejan una impresión profunda y desconsoladora. Y una enseñanza para los enaltecedores de ese «almácigo de virtudes heroicas», que debían mirar y remirar estas fotografías antes de volver a las andadas.

Siguieron libros sobre los escándalos del último siglo, sobre la trata de blancas y la prostitución y sobre la caída de las monarquías. Otro muy interesante, sobre los judíos.

En Norteamérica se ha publicado un volumen más grueso que estos cuadernos franceses, titulado «The American Procession». La vida americana desde 1860, en fotografías, recogidas por Agnes Rogers, con unos comentarios de Lewis Allen y editados por Harper. Un desfile de los acontecimientos más importantes de la vida en los Estados Unidos, durante los últimos setenta años. Algunas instantáneas son curiosísimas, verdaderas revelaciones y casualidades de la oportunidad.

Los ojos, sin necesidad de eliminar comentarios excesivos, se penetran de muchas realidades y adquieren, con una celeridad

insospechada, un concepto más claro de la historia contemporánea.

### Y ahora, ¿qué?

□ El éxito de esta novela de Hans Fallada, titulada en alemán «Kleiner Mann, was nun?» y en su versión francesa «Et puis après?» ha extendido el nombre del autor a todo el mundo. Para remate de la fama, ha sido puesta en cinema por Douglas Montgomery y Margaret Sullavan. La película, excelentemente interpretada, difiere a ratos, incidentalmente, de la novela, pero conserva su esencia angustiosa y la vitalidad de los personajes.

No hay una tesis, ni siquiera una doctrina, afortunadamente. Ni el autor se inclina, en materia social, a dar dictámenes ni a formular soluciones, ni adopta una postura de cátedra ni de propaganda. Es, sencillamente, la narración de las propias aventuras del hombre sin trabajo, contada de un modo escueto y realista, tal como dichas penalidades fueron pasadas por el autor. Un muchacho que es azotado por los embates de la crisis y de la miseria, sostenido en un optimismo final y elevado en los ratos de desesperación por el amor de una muchacha que ejerce de guía y de apoyo y que sonrío en los peores momentos de la desventura.

Lenguaje sencillo, sin aridez. Caracteres perfectamente dibujados, sin complicaciones premeditadas de psicoanálisis barato, ni zarandajas a la moda de la literatura. Una obra excelente, llena de vida y que, sin pretenderlo, como es más de admirar, aporta enseñanzas y somete al lector a una prueba de preocupación y le hace pensar sin alejarle de la vida.

Sería de desear que las gentes que no pasan por tales calamidades, no viesan esta historia—como suelen ver otras por el estilo—como un cuento que no sucede, como algo inventado, bien escrito.

Que se empaparan del argumento y no se dedicaran a

guardar el libro y a razonar como de hechos remotos o imposibles.

La tragedia del protagonista de «Y ahora, qué?» (preciosa novela), es de una realidad avasalladora. Sin predisponerse a elaborar un alegato, Hans Fallada ha producido un magnífico documento de actualidad, cuajado de importantísimas sugerencias para todo el mundo,

Es un retrato de la pimpante (para el extranjero), Alemania de hoy. Y tiene este libro la simpatía agradable, tan poco cultivada en estos días, de un amor sencillo y grandioso, sosteniendo la vida en medio de mil complicaciones desagradables.

#### La Literatura de Mae West

□ La impresión de Mae West, actriz cinematográfica, fué la hallarse con la quinta esencia de la ordinariez, ensalzada y puesta en un trono. El que señala ha visto trescientas Mae West detrás de los mostradores de muchas tabernas españolas, junto a las mesas de zinc de los bares de la Chappelle y en algún cabaret barato de Colón de Panamá. Jamás se le ocurrió pensar en el éxito cinematográfico de ninguna de aquellas mujeres. Los andares, el tono de voz, todo denuncia en Mae West una calidad muy apta para entusiasmar cocheros andaluces y señoritos anémicos de cualquier capital de provincia. Y lo curioso es que la presencia de la jamona en la pantalla ha producido una sensación de triunfo. Los comentarios posteriores a la exhibición del film fueron contradictorios, pero muchos encontraron en la protagonista de «I'm not an angel» una gran actriz, un tipo de suma realidad y de soberano caudal psicológico.

Los que entendían el slang se refocilaban en las conversaciones de la rubia pomposa. Los pseudogringos daban carcajadas de admiración. El que señala sentía nostalgias de Catherine Hepburn, Margaret Sullavan y hasta de esa mediana actriz y espléndida mujer denominada Joan Crawford.

Y ahora llegan algunos libros de Mae West a confirmar en parte y a corregir en otra, la opinión pristina de la vista cinematográfica. «Diamond Lil», «Sex», «The Constant Sinner».

Este último es el más interesante y el que tipifica la escritura de esta señora. Como documento de la vida baja de una ciudad cualquiera de Norteamérica, puede pasar. Nada nuevo, puesto que ya estaban circulando por ahí los espléndidos reportajes de Joseph Kessel, Maurice Van-Moppes y Claude Blanchard y toda la producción gansteriana y boxeril de Jack Bilbo y Charles Burns, para dar una idea exacta y profunda de aquellos fondos complicados.

Pero como novela (tal vez autobiográfica), encierra más de un momento interesante y curioso. Siempre la conversación corriente, la descripción usual, tienden a producir un cansancio difícilmente eludible. Pero las escenas desarrolladas, si no adolecieran de una repetición monótona, serían buenas muestras de un realismo dibujado a trozos pequeños, de estampa de aleluya o fotografía de feria, con cierto sabor picaresco y nativo.

«The Constant Sinner», que ha logrado repetidas ediciones, se llamó en su primera publicación «Babe Gordon», nombre de la protagonista. Para esta reciente edición, deseando Mae West elegir un título sugestivo, propuso a encuesta y concurso entre sus numerosos admiradores desconocidos, un nombre que pudiese figurar en la portada. Entre cuarenta mil respuestas recibidas, el triunfo fué otorgado a «The Constant Sinner». No había mucho que pensar.

En el prólogo dice la autora: «Babe Gordon pertenece a ese raro (?) tipo de mujer que usa su belleza y su atracción sexual como un soldado usa sus armas».

Depende—pensamos al leer—de la cantidad de municiones disponibles y de la mayor capacidad combatiente de los enemigos. Babe Gordon no es ni más ni menos que lo que Don Francisco de Quevedo llamaba a una mujer, para aconsonantar su

terceto con la palabra «astuta». En este sentido, el retrato está perfectamente tomado.

#### Algunos libros

□ «C», por Maurice Baring, (Albatross), es la vida de un muchacho que, de no haber muerto en edad temprana, hubiera llegado a ser un gran poeta. Marginal, tímido, solitario, sensible, sus primeros contactos con la humanidad están maravillosamente descritos por este minucioso novelista, que usa del «ralentir» para exponer, con un acierto psicológico admirable.

□ «Encore un instant de bonheur», de Montherlant, (Grasset): Poesía variada, en verso y prosa. Todo el libro de una pasión contenida, brillante; de construcción sugestiva; una influencia oriental, mejor dicho, africana, líbica, hace de algunos poemas de este libro una resurrección de notas líricas que parecían olvidadas. Y junto a esto, un son deportivo, gimnástico y aireado del mejor gusto y del más delicioso optimismo.

□ Henri de Monfreid, viajero en un bergantín vagabundo, reúne unas novelas cortas de latitudes lejanas y misteriosa intriga, en su libro «Le Naufrage de la Marietta». (Grasset). buen observador y con una sensibilidad de poeta vibrante, Monfreid ha conseguido en algunas de estas narraciones el exacto sentido de la novela corta y pueden calificarse de obras maestras en su género, «L'Histoire de l'homme maigre» y «La Croix de fer forgé».

□ El autor de «L'Ordre», una de las novelas más valiosas de toda la literatura francesa contemporánea, Marcel Arland, publica en la N. R. F. un libro de cuadros novelescos, escenas breves y certeras de la vida cotidiana, elevadas por una observación finísima y patética a la categoría de una excelente obra de arte. Como indica el título de este nuevo volumen

—«Les Vivants—sus diez o doce historias son pinturas de lo humano, de lo vivo, destellando con tanta realidad que se salen de las páginas y empiezan a rodear, con todo su paisaje, el embebido lector. Pocos escritores actuales tienen, como Arland, la capacidad de dar vida a sus personajes. Es un acierto el rótulo de este conjunto de escenas, que no pueden llamarse novelas, ni cuentos, sino esa difícilmente traducible palabra, que se nos antoja la más apta para denominarlos: *récits*. Tal vez la traducción más próxima se exprese con la palabra «relato».

## Septiembre

□ Un mico danza y se mece por las ramas. Despierta la primavera y no hay pájaro que no se sienta afinado y con aptitudes cantoras. Los poetas *ad usum delphini* (léase vulgo), inician sus versopeas evanescentes. Lo raro de todos los años, por esta época, es que la primavera, al encontrarse con tantas quintillas y endechas, no dé media vuelta, se envuelva en un nublado y se largue con viento fresco.

Hay un revuelo de harapos bajo la brisa y las muchachas miran de frente al sol, como dicen que hacía Napoleón Bonaparte. (Cuidado con la pintura. No vayamos a ingresar en la cofradía de los rimadores). Late un no se sabe qué por todos los rincones del campo y las praderas esperan ser apisonadas por rodar de cuerpos bajo la siesta luminosa. Sin embargo, las praderas se quedan tan tranquilas y en los salones de té y en los zaguanes de los grandes hoteles, las butacas de todo el invierno siguen siendo ocupadas por las mismas gentes de ayer, sin abrigos ahora.

Bueno sería poner carteles por las calles, advirtiendo: Ha llegado la primavera. Déense cuenta, todo es gratis.

Y si la última palabra estuviese con letras un poco mayores, quizá el nuevo sol tendría la satisfacción de no desperdiciar la mitad de sus rayos. Pero de otra manera.—JOAN DE SELVAS.

# LOS LIBROS

## EL ALMA ITALIANA

Un libro del Conde Sforza es siempre un libro interesante. Porque el ex Ministro de Relaciones de Italia, en tiempos del liberalismo, es además de político, un escritor. En este volumen «L'Ame Italiane», (1) resume, en capítulos magistrales, el sentido del alma italiana, en sus corrientes filosóficas y artísticas. El Conde Sforza no necesita hacer el análisis del fascismo, que, por otra parte, lo ha desterrado de la tierra de sus antepasados, puesto que ya lo hizo en su libro «Les Bâtisseurs de l'Europe Moderne», con singular maestría. Apenas si alude a esa forma accidental de la vida italiana. Para el Conde Sforza, son otros los puntos fundamentales de su examen. El espíritu italiano no es el fascismo; es para él la supervivencia de sus dones universales, la fuerza de la tradición, el sabor de la tierra, el significado de la familia, el sentimiento de la naturaleza, sus grandes escritores, sus grandes hombres de pensamiento, el amplio concepto de la tolerancia. Con un fervor filial pasea su amor de desterrado por la historia y por la tierra italiana. Nunca un acento destemplado, en ningún momento una acritud. Está haciendo el análisis de su patria en el sentido menos accidentalmente político. Es una breve y penetrante historia de las épocas del desenvolvimiento histórico y

---

(1) Ernest Flammarion, Editeur,—Paris.



artístico. El exilado vuelve, en espíritu, a la tierra de los mayores, sintiéndola y haciéndola sentir. «De una sola cosa estoy seguro— afirma el Conde Sforza—, y es de que me he cuidado de todo ditirambo. Italiano, pero italiano que ha visto, con frecuencia, a sus compatriotas en el extranjero, sé demasiado bien que *«tutto il mondo e paese»*, como dice la sabiduría de un viejo proverbio toscano. Mi amor profundo por mi país—mayor en sus desgracias que en sus glorias—, no me ha trastornado. «Para entender es preciso amar, ha dicho el menos apasionado de los italianos, Leonardo de Vinci».

Y su entendimiento, que es amor, recorre todas las etapas del proceso italiano, desde los días de Dante a Benedetto Croce. Para los italianos, los clásicos—Dante, Petrarca, Boccaccio—, fueron más que los creadores de grandes obras, los verdaderos fundamentos de la patria ideal, por encima de las divisiones y de las luchas internas, fomentadas por los condottieri y por los invasores extranjeros. Ellos animaron la conciencia unitaria, y ese sentido profundo del alma italiana, que reconocía en los creadores a los verdaderos intérpretes de sus propias esperanzas. Todos los italianos, comenta el Conde Sforza, han sido educados en la religión dantesca; para ellos es cien veces más profundo que Shakespeare para los ingleses, y Goethe para los alemanes. El menos culto de los italianos ha sido alguna vez conmovido por los célebres *endecasílabos*, en los cuales el pensamiento y la imagen son más rápidos y precisos que en cualquier otro poema. Sforza cita el caso sugestivo que oyó contar a unas enfermeras norteamericanas. Los movilizados de origen italiano, en 1917, pedían antes que nada, en la convalecencia, el poema de Dante, y fué necesario adquirir por centenares, los volúmenes de La Divina Comedia.

No es fácil resumir en un artículo la serie de sugerencias interesantísimas que suscita el autor con este hermoso libro. Habrá que volver en alguna nueva nota sobre algunos aspectos particulares. Pero conviene glosar en el capítulo final, titulado

«Porvenir», ciertas declaraciones que se refieren a los tiempos presentes. «Mientras más se remonta el curso de la historia italiana, observa, tan humana por sus luces y sus sombras, con mayor concreción se constata que los italianos conservan, a lo largo de los siglos, las mismas características. El pueblo italiano presenta, en la actualidad, aspectos que, desde el pobrecito de Asis, no han variado; es hoy, como ayer, un pueblo estremecido de humanidad, de sencillez, de comprensión profunda. Ni los regímenes—anécdotas efímeras—ni las crisis morales y sociales más agudas han logrado modificar jamás lo esencial de su psicología, es decir, de esa voluntad de dignidad en las relaciones individuales, que excluye todo servilismo y toda desigualdad real. El pueblo italiano siente, en lo más profundo de su espíritu, que son los nacionalismos los que han llevado a Europa al borde del abismo, y que no será, por lo tanto, la recrudesencia de los nacionalismos lo que podrá salvar al Viejo Mundo. El Conde Sforza continúa siendo fiel a su doctrina política, de fina estirpe liberal. La tradición italiana habla en él y no podía este desterrado ilustre, consignar de otro modo su esperanza en una reanudación del ritmo de la conciencia italiana. Su libro último es una demostración. Lo dice claramente, de su particular punto de vista: «Es probable que la crisis actual sea de larga duración, quizá si tan larga que nuestra vida no alcance a ver su término. Pero, a los que como nosotros no tenemos ni ambiciones, ni odios, nos basta la satisfacción de que el porvenir dará la razón a esos ideales, a los cuales siempre hemos permanecido fieles».—D. MELFI.

LA VIDA DE SAINT-JUST, de *Emmanuel Aegerter*.

Los que hacen de la historia una mera exposición fría e imparcial de documentos, no pueden mirar con agrado esas biografías noveladas en que se presentan a las personajes con todo el estremecimiento humano que tuvieron en vida, con sus rasgos

íntimos en actitudes domésticas. Serios reparos se les han hecho a esos novelistas-historiadores, porque no han trepidado en deformar la verdad histórica con el objeto de darle a su personaje el relieve y la vibración íntima que se requiere para perfilar un héroe de novela y suscitar en el lector el interés apasionante que provoca la narración de aventuras. Algo de esto creemos que ha acontecido con esta vida de Saint-Just escrita por Emmanuel Aegerter (1). En la imposibilidad de comprobar los hechos historiados por Aegerter, sólo seremos categóricos al referirnos al aspecto novelesco y artístico de esta obra; y sobre el particular, podemos afirmar que entretiene como la mejor novela y que los elementos literarios se dan generosa y brillantemente en todo el curso del relato biográfico.

A pesar de que Saint-Just aparece en el escenario de la Revolución francesa ocupando un lugar detrás de Robespierre, Dantón y Marat, creemos, por lo que se desprende de esta biografía, que su figura debe colocarse junto a la de estos grandes revolucionarios, y aun en un sitio más destacado, pues la solidez de su cultura y el brillo de su inteligencia le dan a Saint-Just un mayor relieve intelectual. «Su palabra fuerte, escribe Aegerter—clara, nutrida de pensamiento, de una madurez que contrastaba con la juventud del orador, destacaba vigorosamente por su helada gravedad sobre las violencias sanguíneas de Dantón y las biliosas recriminaciones de Marat». Hay, pues, en Saint-Just una mayor ponderación y un más sereno equilibrio de facultades que en los revolucionarios mencionados; cierta frialdad que lo acerca a Robespierre; pero en Saint-Just esta frialdad es hija de una cultura que le permite ver con claridad los más engorrosos problemas de política; en cambio, en Robespierre ésa su incommovible rigidez parece tener su origen, según von Hentig, en ciertas anormalidades de su sexualidad. La cultura de Saint-Just es la del siglo XVIII, pero su espíritu está magnífica-

---

(1) Biblioteca Ercilla, Santiago de Chile, (Volumen V).

mente vuelto hacia el siglo XIX. Quiso él materializar las elucubraciones de Juan Jacobo y de los enciclopedistas, y sus palabras han sobrevivido a su nombre. Suya es la Declaración de los Derechos del Hombre, que ha tenido para la democracia liberal la virtud de los Evangelios. Como Robespierre, pretende ser implacable en sus aspiraciones de hacer justicia y de repartir la felicidad. Suyas son estas admirables palabras: «Que Europa sepa que no queréis que exista ningún desgraciado ni opresor en el territorio francés, que este ejemplo fructifique en la tierra: Que propague en ella el amor de las virtudes y la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa». Mediante estas palabras podemos explicarnos muchas actitudes suyas de una extrema dureza, pues se ve que tenía de la justicia un sentido místico, más allá de lo racional. ¿Por ello acaso es por lo que lo emparenta Aegerter con Lenín?

Saint-Just hace el retrato de un revolucionario con palabras tales que le cuadran perfectamente a él «Sabe—dijo—que para que la Revolución se afirme, hay que ser tan bueno como malo se era antaño. La probidad no es una delicadeza del espíritu, sino una cualidad del corazón, y una cosa bien entendida. Marat es dulce en su hogar y no espantaba sino a los traidores. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario y sin duda no era insolente. De lo cual concluyo que un hombre revolucionario es un héroe de buen sentido y de la probidad» Y así lo vemos en su vida pública y privada a través de esta evocación de Aegerter, quien no ha escatimado simpatía y generosidad en la apreciación de los hechos que constituyeron la existencia de este implacable revolucionario.

Con esta frase lapidaria de Aegerter podemos sistetizar la vida de Saint-Just: «Fué Saint-Just una inexorable voluntad al servicio de la justicia». A través de la historia aparece hermanado con Robespierre en la vida y en la muerte.—MILTON ROSSEL.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVIQUE.

La Paz, 24 de Agosto de 1934.

Señor don Enrique Molina.—Concepción.

Mi distinguido amigo:

Leo con singular placer su obra «La Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista».

A pesar de la frondosa literatura sobre la Rusa revolucionaria y del casi agotamiento de los testimonios individuales, en sus páginas hay muchas bellas y nobles enseñanzas. Comparto sus juicios finales: Sócrates, conciencia moral del hombre, atento a la ley y a la libertad del individuo, es, ciertamente, mejor camino para la humanidad, que el retroceso bolchevista a la barbarie de las masas sacrificadas por la dictadura.

Una vez más me sorprende el hondo idealismo de sus libros. Quiero creer que esas generaciones de almas juveniles que educa Ud. en la Universidad de Concepción, cosecharán provechosos frutos junto a la voz protectora del maestro, que los conduce con seguro instinto por el filo del equilibrio moral, sin dejarlos caer en el caos que se abre a los pies de las juventudes contemporáneas.

Por Radio «Illimani» transmitiré algunos párrafos de su obra, tan interesante en el contenido como generosa en la intención.

Creo que en nuestra América criolla, antes de acrecentar la cultura, debemos despertar la conciencia del individuo; toda la obra de Ud., querido maestro y amigo, está consagrada a este fin. He aquí la clave de mi profunda simpatía hacia sus libros.

Lo abraza de todo corazón.—(Firmado).—*F. Diez de Medina.*

SANTIAGO: CALLES VIEJAS, por *Sady Zañartu*. Nascimento.

Una de esas tardes en que es tan grato vagabundear por las calles del centro, le preguntamos a Mariano Latorre, que iba en nuestra compañía:

—¿Cómo se le ocurre a Ud. Mariano, que sería esta calle Ahumada en los tiempos de la colonia?

Mariano, pestañea breves instantes, se afirma bajo el brazo su cartera de cuero repleta de libros, y con el cigarrillo humeante en una mano, ayudado por su conocimiento de viejos infolios y más que nada por su fantasía de escritor, nos hace en unos cuantos minutos una descripción, de como él se imaginó que fuera aquella vía, en los lejanos tiempos en que dominaba en estas tierras la autoridad de S. M. el Rey de todas las Españas.

Muchas veces leyendo este interesante libro de Zañartu, obra de paciencia, de investigación y de arte de la mejor estirpe, he recordado este incidente. Porque es indudable que cada hombre siente siempre una curiosa simpatía hacia el pasado, y, seguramente, así como le interesa saber de que color tenía los ojos su abuela, o si era alta o baja, le es grato conocer los detalles de la calle en donde vive, que es el escenario de aquel jirón de humanidad que en el recuerdo, revive con dulce y recóndito encanto, exornado por el influjo del sentimiento.

El libro de Zañartu, a más de su inapreciable valor documental, tiene el mérito de ser una obra artística realizada con amor, tomando por base un detalle verídico, que el autor ha hermosado poniendo un soplo de vida sobre cada incidente, que diera origen al nombre de cada calle, animándolo, acercándolo, a nuestra sensibilidad, con ese perfume de evocación, que hace creer que en aquellos tiempos la vida era más buena, más cordial y más piadosa.

Muchas veces habíamos pensado en cuál sería el motivo para que la calle Ahumada se llamara así, por tratarse de la principal arteria de nuestra ciudad y porque aquel nombre nada nos

sugería ni se relacionaba en forma ostensible con ningún acontecimiento de nuestra historia. Sólo aquí en el libro de Zañartu, hemos venido a saber que allí estuvo el solar donde se alzaba la casona del hidalgo don Juan de Ahumada, regidor de la ciudad, quien antes se había destacado en las campañas de Arauco, junto a don Francisco de Villagra, don Rodrigo de Quiroga y otros capitanes de la conquista.

Como se ve la calle Ahumada, tiene su abolengo, pues nació, en una noble mansión. En el libro de Zañartu su leyenda está llena de sabrosas e interesantes incidencias. Hay otras que tomaron su nombre de un convento, como las de Agustinas, algunas de un árbol como las del Peumo y del Chirimoyo, otras como la de Bandera de la ocurrencia de un señor a quien se le ocurrió izar una bandera a la puerta de su negocio. Como se ve el motivo que dió origen a cada uno de los nombres de las calles de nuestra ciudad, es casi siempre de mínima cuantía, pero creemos que dentro de estas leyendas cada uno de estos motivos se agranda porque el autor con un concepto certero de lo que correspondía hacer para poner de relieve el interés de cada leyenda, buscó con gran acierto, dentro de la época, a algún personaje que allí viviera, para de este modo poner una vibración humana, una huella de simpatía, que se desprende como una fruta sazónada, de todos los rincones de esta ciudad, en donde ya no existe nada que evoque el pasado.

En la historia de estas calles viejas, se hace un paseo romántico por ese Santiago Antiquo, que se dormía temprano para madrugar mucho a oír la primera misa del alba. Es esta la historia sentimental de una ciudad, escrita con emoción verdadera en un bello y noble lenguaje, en donde el estilo corre como un hilo de agua clara en el cual se reflejan con nítidos y limpios relieves todos los panoramas de la ciudad que duerme para siempre, bajo esta otra trepidante, esquiva y quien sabe si ingrata para quien como Zañartu le rinde en este libro, el homenaje de lo mejor de su espíritu.—L. D.

ALAS SOBRE EL MAR. Edit. Documentos, por *Juan Marín*.

El campo, la montaña y el mar chilenos, ya han encontrado sus cantores, entre los hombres que sintieron la inquietud de transmitir la belleza a los demás. El alma de la ciudad chilena, tampoco se puede decir que esté inédito en nuestra literatura, aunque en este aspecto, apenas si ha sido desflorado este tema por el escritor. Pero este acelerado ritmo de la vida moderna, no puede ajustarse a seguir el camino normal, o por mejor decir la ruta que los temas en una gradación ascendente aconsejaban. La existencia en este siglo da la impresión inverosímil de un atleta que diera saltos de asombro, y a quien ni siquiera la línea del horizonte pudiera detener. Vivimos en el siglo de la hechicería, en el cual estos hombres que antaño se llamaban magos, y transportaban a Aladino o a otro príncipe de la leyenda por regiones de maravilla y de ensueño, hoy se llaman sencillamente sabios u hombres de ciencia que, si bien no nos hacen conocer a los profanos el complicado misterio de sus creaciones, por lo menos nos hacen sentir la realidad milagrosa de ellas.

Y Juan Marín, empujado por ese soplo vertiginoso y sorprendente de la civilización actual, en vez de ponerse a contar-nos lo que sus ojos vieron en estas rutas de la tierra y del mar, da un salto hacia arriba para hablarnos en una prosa ágil y flúida, de toda la infinita poesía que hay en la canción de los motores, que laten como un corazón jubiloso, en el cuerpo ingrávido de los aviones que cruzan las rutas sin fin del cielo.

Juan Marín es el adelantado, en estas regiones donde hasta hoy habitaban los pájaros, y los sueños de los hombres que en sus momentos de inspiración echaban a volar hacia el cielo las mariposas de su fantasía. Como un señor opulento que pudiera darse el lujo de satisfacer los más raros caprichos, ha dejado la tierra, para ir a pasear por estos caminos transparentes la inquieta curiosidad de su alma de artista. Ha conocido las más raras y caprichosas sensaciones que puede experimentar un ser



humano. Volar más ligero que los pájaros; sentirse hoja que cae lentamente, quien sabe si como un alma que viene hacia la tierra sin tener otra cosa en que apoyarse, que el viento azul, que como una espiral de sueños le acaricia dulcemente. Su alma de artista debe también más de una noche, haber experimentado esa fantástica sensación de leyenda oriental, de creer que con alzar las manos ellas se iban a empapar en la humedad fresca del cielo, y sentir además la tibia suavidad de una de esas estrellas que hacen soñar a los niños. Y es por eso que Juan Marín, no se preocupa de la realidad al tejer sus ficciones. Forja sus creaciones, más que nada, a base de lo que su fantasía le sugiere, y sólo se apoya en la realidad, para no desbordarse en ficciones absurdas y disparatadas. Se le podrá hacer el reparo de que la mayoría de sus cuentos son inverosímiles. Mas eso ¿qué mérito resta a la calidad de su obra literaria, si en ella hay belleza y emoción?

Un seguro instinto lo va guiando a través de sus relatos como un hilo de claridad, para conseguir los efectos que desea producir en el lector, que siente el llamado del misterio y de lo maravilloso que le hace doblar una página tras otra, hasta llegar al final de cada cuento, que le deja la impresión de la obra artística, ampliamente lograda.

Hay en Juan Marín, una rica fantasía, una fantasía fuerte e intrépida, que en ningún momento se debilita ni hace languidecer el relato. Sabe pintar ambientes extraños, mujeres interesantes que desconciertan, porque a más del prestigio de la belleza con que las presenta, hay en ellas algo de misterioso y recóndito. Y están siempre bien ubicadas, porque el escenario de los relatos de Juan Marín es amplísimo. Su mente creadora, no se resigna a arrinconarse para escarmenar las realidades más o menos vulgares de la vida diaria, en que lo interesante es más difícil de encontrar, para ponerlo de relieve. Marín es un hombre inquieto como artista. Sólo pone como límite de sus creaciones, lo infinito del Universo.

Un reproche quisiéramos hacerle, y es el de que todos sus

relatos terminan trágicamente. Tal vez lo ha hecho sin advertirlo. Porque él, que es un amante de la vida, sabe que en ella también es bello dominar los elementos, y sobreponerse a los acontecimientos, es decir: triunfar. Y Juan Marín como todo hombre que tiene adentro el pájaro azul de la inquietud por lo bello, seguramente no es un despiadado que crea que la vida sólo tiene por toda finalidad, un destino trágico.—L. DURAND.

#### OBRAS DESCONOCIDAS DE RUBÉN DARÍO (1)

Un libro de erudición previene como un libro de cocina. Se teme a la indigestión, sobre todo si es de grandes infolios. Se dispone uno a leer a salto de mata y con un poco de miedo de verse aplastado. Hay que tener temperamento de bibliógrafo para llegar con placer a su lectura.

Pero a veces se encuentra el lector con algo que le interesa y entonces se perdona el tufo bibliotecario que la obra tributó al llegar. Una de las ocasiones en que el descubrimiento hace llevadera la impresión de la libra y media de papel impreso, es cuando se trata de poesía. Y en el caso de referirse a un auténtico poeta, por supuesto.

Ahora bien: ¿añade algo a la gloria de Rubén Darío este libro de sus producciones escritas en Chile y recopiladas hoy por el señor Silva Castro? A mi modo de ver, nada. En la gloria de todos los poetas, y más aún en los de obra cuantiosa como ocurre con Rubén, el ideal sería no aumentar. No sería flaco servicio el que le prestara a la cultura poética universal, todo poeta que dejara por su propia mano, o por mano de alguien que le comprendiera exactamente, lo esquemático, excelente y depurado de sus obras. Desde un Dante, (que me parece,

---

(1) Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros. Edición recogida por Raúl Silva Castro y precedida de un estudio. Prensas de la Universidad de Chile. 1934.

como a Emerson le parecía, una curiosidad como el mastodonte: un hombre bueno para ponerle en un museo, pero no en nuestra casa), hasta un Rubén Darío. Por muchas razones es peligroso ampliar y, casi siempre, lo que el poeta no amó después, cuando tuvo ocasión y tiempo de seleccionar la obra de su juventud y no la incluyó en libros posteriores, es que lo abandonó en el desván de la memoria, como trastos de innecesario aislamiento.

La obra de Rubén Darío recopilada por el señor Silva Castro hubiera, seguramente, indignado a Rubén Darío si éste viviera. Me atrevo a decirlo. El grandísimo y genial poeta de «El canto errante» y «El poema del otoño», hubiera perseguido al señor Silva hasta hacerle destruir la edición. Se me antoja así, con todo el respeto excepcional que me merece la obra de Rubén Darío y precisamente por eso.

Claro está que voy viendo la obra recopilada por el señor Silva Castro desde un punto de vista poético, que es el que importa al tratarse de Rubén Darío. Desde otros puntos de vista, (histórico, bibliográfico) puede ser que esta obra tenga un indudable interés, sobre todo para los chilenos. Tal vez este aspecto de la cuestión excuse los otros, hasta cierto punto nada más.

Aparte de las observaciones anteriores y de las ya hechas por el señor Silva Castro en su pacienzudo y minucioso prólogo, varias otras se me han puesto ante los ojos al pasar las páginas de este volumen.

Curiosa de todo punto me parece la oda titulada «Zoilo». Allí usa Rubén Darío palabras que recuerdan las empleadas en el siglo dieciocho español por don Nicasio Alvarez de Cienfuegos: Tremulenta, armipotente, hondisonante. Resabios de un indudable conocimiento anterior. Puede ser que estas palabras estén de antemano, en Herrera el Divino o en el Príncipe de Esquilache. Brindo el trabajo al señor Silva Castro.

Otra curiosidad es la oda mística titulada «La Plegaria», en estrofas como las usadas por los místicos españoles del Siglo

de Oro (las *liras*) y cuajadas de un intencionado aire arcaico bien conseguido. Tal vez la única poesía de este género que escribió Rubén. Byron escribió, también muy joven su única oda mística: «*The Prayer of Nature*».

Hay entre las prosas de las crónicas periodísticas rotuladas «*La Semana*», una abundancia de versos perfectos que establece las ganas de ir espigándolos, desde el momento en que el oído notó el primero en ese misterioso silencio sonoro que adquieren ciertas lecturas sin necesidad de leer en voz alta.

Había un orto dulce y bello esta mañana...

De los monstruos pasemos a los ángeles...

El siniestro cólera morbo no apaga las llamas vivaces...

Esa nariz audaz, ese ojo vivo...

Guillermo el fuerte, Wilhelm el querido,  
ha pasado las puertas de la tumba...

Y así, una gran cantidad de hemistiquios perfectos entre la prosa corriente de una información periodística. Estas crónicas son lo mejor de la recopilación, para mi gusto. En ellas se anuncian las espléndidas galeradas de «*La Caravana Pasa*».

El libro del señor Silva Castro denuncia un trabajo intenso, una buena intención admirable, una paciencia de portero de convento. Pero Rubén Darío, —que es un clásico ya, ciertamente— no adquiere ni un ápice de gloria ni de triunfo sobre lo que ya tenía, cuantioso y justo, con esta nueva presentación. Puede ser que al señor Silva Castro piense lo contrario, y yo me felicitaría de que tuviera razón.—J. M. S.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVISTA, por *Enrique Molina*; PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CH., SANTIAGO.

Un libro claro y agradable sobre un tema complicado y desagradable.

Desagradable; pero interesante. Necesariamente interesante. Desde las primeras páginas del libro, el autor lo va desarrollando, va desarrollando con docente claridad y con un interés que llega ininterrumpidamente hasta el lector, la fenomenología política y sociológica de la nación rusa. A grandes rasgos de historiador, al principio, y después, con la rigurosa medida de un filósofo. Y no solamente las manifestaciones externas del alma rusa ha observado el autor de este libro: también ahonda de paso en la psicología enrevesada de esa raza, de esa raza que,—parece—ha saltado por sobre siglos, sin evolución continua, desde un brumoso pasado hasta las épocas modernas. Leyéndole, se pueden comprender más claramente las complejidades de la literatura de ese complejo país, y justipreciarla y apreciarla al mismo tiempo.

Todas esas condiciones mudables y contradictorias, negativas y positivas de la psicología rusa, que don Enrique Molina ha sabido valorar aquí con tanta precisión, son la chispa del fenómeno colectivo moscovita, la fuerza que ha llevado a la Rusia de un extremo a otro, que la ha hecho caer del autocratismo de los zares al absolutismo de Lenín, de la llama a las brasas. «Ignorando—dice el autor—las prácticas de la ciudadanía, no siendo posible su desarrollo bajo la opresión del depotismo de los zares, el pueblo ruso, en busca de la satisfacción para las necesidades de su alma, experimentó la desviación de las fuerzas de su idealismo y tuvo que dar en soñador quimérico, tuvo que entregarse a las tentativas de revoluciones histéricas y a los azares del terrorismo». (Pág. 50).

Así como condena al principio, por los aportes de la historia, los excesos y crueldades del pasado régimen de los empe-

radores, así juzga también severamente, probatoriamente, los excesos y barbarie del actual imperio terrorista. Sí; barbarie es la palabra, Una barbarie apocalíptica y comprobada. Con semejantes procedimientos (no digamos métodos) como los usados por el régimen de Lenín o de Stalín, en que se ha hecho caso omiso de la vida de millones de personas, no se puede tener mucha fe y esperanzas en los resultados mesiánicos de semejante régimen. Es indudable que el gigante ruso ha dado en el progreso un salto de gigante; pero un salto que, al caer, ha trizado con su violencia los cimientos morales de la civilización. ¿De qué sirven las ventajas materiales (muy discutidas por otra parte) del estado proletario, si no hay libertad ni seguridad para disfrutarlas?

Dada la imparcialidad, y dados los elementos de juicio de que ha abundado el autor, podemos considerar este libro, sino como cosa definitiva en el asunto, como lo más aproximado y fidedigno a la realidad rusa que entre nosotros se haya escrito. Bien se ve que el autor ha examinado y discriminado cuidadosamente los datos y noticias que desde un lado y otro lado, se propagan tendenciosamente sobre los Soviets. Y además, un hombre de las condiciones morales e intelectuales como las de don Enrique Molina, no se equivoca así no más, ni por qué sí... Nosotros nos remitimos casi por entero, en el fondo de la cuestión, a la fe de sus juicios: cuanto a la forma, no se advierten en este libro pretensiones de estilo, sino, como apuntamos más arriba, una claridad expositiva y sencilla, lo que a veces es más difícil que hacer arabescos retóricos.

Editado correcta y sencillamente por la Universidad de Chile, este libro es una oportuna y utilísima brújula que apunta hacia el tormentoso polo Norte.—G. KOEHNENKAMFF.

## ASTERISCOS

Con *La Flecha en el Cielo*, Garrido Merino ha mostrado otro aspecto de su estilo de narrador. Con «*El Hombre en la Montaña*» obtuvo varios premios. Con esta flecha ha dado no en el cielo sino en el blanco. El aire del estilo se siente. Sencillez de milagro, en un bordado rico y suntuoso. Una edad media captada sin alardes de vana erudición. Una simbología humana, un amor por todo lo pasado que es al propio tiempo amor al arte. Seriedad para vibrar y hacer vibrar. En historias breves todo un contenido magnífico de sensibilidad. Cada vocablo en su sitio justo. Cada vocablo con el alma interna, en juego, con el alma de las otras palabras. Porque las palabras tienen un espíritu, una ardiente y misteriosa existencia que se revela, sólo por el sortilegio del evocador que las llama a cumplir su destino.

\* \* \*

*Jesuítas, Gobernantes, militares y escritores*. Tal es el título del libro de Don Domingo Amunátegui Solar, publicado hace poco. El título parece desde luego, el resumen de la historia entera de Chile. Esta historia ha fluctuado entre jesuítas, militares y escritores. Los escritores han tenido menos figuración como escritores, porque dieron en dedicarse a la política. Claro es que los de antaño. Los de hoy no entienden la política y no saben ser gobernantes. Tanto mejor. Este libro

del incansable investigador, es la revelación de un período muy interesante de la historia chilena. Cuando Don Domingo Amunátegui, deja la literatura y se dedica a la historia, lo hace muy bien. Lo decimos por aquél libro «Las Letras Chilenas» de mala fortuna.

\* \* \*

Las Calles Viejas de Sady Zañartu, ha constituido una revelación. Es la historia íntima, casi familiar de los nombres de las calles de Santiago. Pero en los nombres más que en la fisonomía misma de la calle, se encuentra a veces un profundo sentido para comprender. Es lo que ha hecho este escritor que en cada libro nuevo avanza y avanza. De los libros primeros de Zañartu, a este último tan bellamente ilustrado por Bontá, media una apreciable distancia. El progreso está patente y la manera de hacer y de estilizar, completamente diversos a esa cosa más o menos pesada que fueron sus primeros libros. Lo decimos con toda sinceridad.

\* \* \*

Se han publicado numerosos libros de versos. Como en los buenos tiempos en que todavía quedaba un poco de sugestión romántica. Los poetas no escarmientan. Pueden sus volúmenes quedar en las vitrinas para decorar entre libros sesudos la inmensa balumba de publicaciones que día a día arrojan las prensas de las editoriales. Pero ellos continuarán reduciendo la emoción a medida métrica. ¿Qué hacerle? No se dirá más tarde que fué ésta, época de materialismo y de avidez monetaria. Se dirá quizá, por investigadores muy concienzudos: «Hubo un tiempo en Chile, allá por el primer cuarto del siglo veinte, de gran actividad lírica. Se publicaron innumerables volúmenes de versos, la crisis no amedrentó a los poetas y a



pesar de que las niñas del tiempo sólo se preocupaban de héroes de cine, los poetas recogieron sus versos y se decidieron a darlos a luz. Los burgueses sonreían. Qué locos, dijeron. Pero, ¿es que todavía hay poetas en el mundo? «Y añadirán»: todavía hay poetas y de ellos se dirá siempre lo mismo. No temieron al tiempo ni a la crisis ni a la sonrisa de los burgueses. En medio de las revoluciones se encerraban a hacer versos. Fueron los únicos héroes de ese tiempo. Los héroes desconocidos.—Oberon.

## Libros recibidos

ALBERTO M. CANDIOTTI.—*El cofrecillo esmaltado*, (poemas bizantinos en prosa).—Edición Albor. Buenos Aires. 1934.

LAMARTINE F. MÉNDES.—*Aguas Passadas*, (versos).—Sao Paulo. Brasil. 1934.

P. PRUDENCIO DE SALVATIERRA.—*Por los Senderos del Buen Amor*.—Editorial Nascimento. 1934. Santiago de Chile.

FRANCISCO DONOSO.—*Espirales*.—(Poemas). Editorial Nascimento, 1934.

GEORGES CLEMANCEAU.—*Demóstenes*.—(Traducción de F. Sussana). Editorial Osiris. 1934. Santiago de Chile.

ANDRÉS MAUROIS.—*El instinto de la dicha*.—(Traducción de P. Madaune. Editorial Osiris. 1934. Santiago de Chile.

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas  
daremos cuenta en notas bibliográ-  
ficas y críticas



Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA  
ARMADA Y EL EJERCITO.

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

**Distribuidores:**

**EDITORIAL NASCIMENTO**  
**SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION**  
**Ahumada 125                      Barros Arana 800**









VCD-2018